

¿LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ?

¿LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ?

José Guillermo Vallarta Plata

PRÓLOGO

*Aquí las cosas pasan lentamente...
Un joven muerto es un obelisco
y el aire es el sueño de una muchacha bonita
«Cuba 65», Jaime Sabines*

D.R. © 2012 José Guillermo Vallarta Plata

Editorial Página Seis, S.A. de C.V.
Morelos 1742, Col. Americana
44160, Guadalajara, Jalisco
Tel. (33) 3657 3786 y 3657 5045
www.edicionesarlequin.com.mx
p6@pagina6.com.mx

ISBN: 978-607-7768-43-2

Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial del contenido de la presente obra mediante cualquier método, sea electrónico o mecánico (incluyendo el fotocopiado, la grabación o cualquier sistema de recuperación o almacenamiento de información) sin el consentimiento por escrito de los autores.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Son las dos de la tarde. En el restaurante Tokororo —ubicado en el antiguo barrio de Miramar, en La Habana—, tres hombres comparten una mesa: José Guillermo, político y catedrático mexicano; Jesús, embajador de carrera; y Reinaldo, lugarteniente del Comandante Castro. La conversación, un columpio: la Universidad Tres Villas, el último libro-entrevista del líder cubano, el municipalismo, la revolución cubana, claro, la de México también... No se han dado cuenta del paso de los minutos. No reparan tampoco en una mujer que, como una nube, se acerca a ellos. Apenas esta mujer toca con su mano el brazo izquierdo del embajador cuando ¡zas!, un golpe de karate con precisión de cirugía cambia la relación de fuerzas. La mujer está ahora en el piso del Tokororo, también en el piso, una mueca de dolor. ¿Un atentado? (*Flash-ahead*)

El extraño episodio anterior no figura en la novela ¿*La historia me absolverá?* Pero podría. Las inagotables novedades van tejiendo, una a una, el nudo y el desenlace de la intensa historia de este

libro. También una a una nos dibujan, de manera casi tangible, los escenarios de las más diversas políticas: la política diplomática, la geografía política y la política política.

Corte a:

Interior. Paraninfo. Presentación del libro Derecho Constitucional Comparado. Prologa Manuel Gutiérrez de Velasco. Mucho público no obstante la pesadísima lluvia. (Flash-ahead)

PRÓLOGO

Es imposible recorrer un libro como este sin asombrarse de la variedad de problemas que la novela de José Guillermo promueve. Problemas de orden literario, moral, poético, psicológico, incluso los biográficos. Pero esta riqueza de problemas es precisamente lo que hace al lector permanecer dentro del texto, seguir la pista para descifrar la intriga y el misterio; asombrarse ante la descripción, casi idéntica, de sitios y lugares donde se va tejiendo, urdiendo, la trama novelesca, el nudo. Esa riqueza de problemas que hace cómplice al lector para que sonría con Damaris al unísono, para que pinte impunemente su diminuta falda de otro color, el color que quiera, al fin y al cabo el lector es el personaje principal y, paradójicamente, el más anónimo de la obra.

Corte a:

Interior: Oficina de la Notaría. Un busto enorme del poeta Pedro Garfias. Música en el aire: Brahms.

El asalto emocional en algunos pasajes de la novela es exquisito. De la Cumbre de Bilbao al Palacio de la Moncloa; de los avatares en el Parlamento Europeo al problema de Kosovo y los Balcanes; de las posibilidades del euro a la «política del neoliberalismo asfixiante»; en todos estos pasos, el autor nos brinda escrupulosamente la posibilidad de nadar en las exigentes aguas de la recreación literaria y, sin llevarnos de la mano, nos deja reconocer ideas y personajes. ¿*La historia me absolverá?* podría ser también una especie de evaluación de conocimientos de cultura general y cultura política.

Disolvencia a:

Estudio de televisión. Entrevista al autor. Tiempo al aire: 12 minutos.

Es cierto que más importante que lo que el escritor quiere decir, es lo que dice sin querer. Hay novelistas cuyo texto nos da la impresión de abarcar y hasta agotar cuanto se imaginan; José Guillermo, en cambio, parece tener más conocimientos que los que registra en esta novela. Tiene materia para otras novelas. ¿*La historia me absolverá?* —aunque sea final— es también el prólogo de nuevos viajes literarios por el mundo de la política-ficción; y José Guillermo podrá zambullirse nuevamente en los viajes, en la crónica, en la aventura, y recoger una cosecha de sucesos, de emociones vividas para nutrir sus páginas narrativas —aunque a veces veamos que la realidad supera la ficción.

Fade out

Xavier Garabito

CAPÍTULO I LA CARTA

En memoria de mis queridos padres,
Tte. Coronel Juan N. Vallarta Salazar,
y María del Carmen Plata,
y de mis hermanos Juan Ignacio
y María Dolores Vallarta Plata

A mi esposa Alma.

A mis queridas hijas Patricia, Pilar y Karla.
A mis nietos Rafael, Sofía, Markel, Ainara,
Marcelo y Regina.

El viejo edificio de la embajada, clasificado como uno de los más bellos de su estilo en la isla, reminiscencia del esplendor de la Colonia, se encuentra ubicado en La Habana Vieja, justo frente al Morro, entrada del puerto comercial. Sus paredes, acariciadas por la brisa y el sol del Caribe, han adquirido la pátina y el señorío de los edificios con solera de la isla. La bandera de España, en lo alto del edificio, muestra orgullosa el pedazo de suelo español, único reducto de su posesión más querida en América, que hacía soñar a los españoles con la gloria del otrora poderoso imperio.

Cuán lejos estaba Carlos I de España y V de Austria de imaginar que con el paso del tiempo su poderoso imperio, en donde nunca se ocultaba el sol, iba a verse totalmente desmembrado a causa de las guerras mal encaminadas de sus descendientes.

En esas remembranzas se encontraba el embajador Juan Luis de Oceguera y Ramos, asturiano de nacimiento y diplomático de carrera, a quien, casi en la despedida de su larga trayectoria como miembro del cuerpo consular español, el destino ubicaba en el lugar estratégico para formar parte, si la suerte lo favorecía, de la historia que se estaba construyendo en la hermosa isla caribeña.

Juan Luis, hombre robusto, de tez blanca y profundos ojos azules, pelo escaso y de color castaño claro, y de cara redonda como la luna plena que noche a noche le gustaba contemplar en su refugio de playa, a sus 62 años nada parecía preocuparle demasiado. Hombre inquieto, extrovertido y parlanchín, conocedor en demasía de las intrigas de la vida de la diplomacia, mantenía el curso de la embajada, y sus relaciones con el cuerpo consular en Cuba, al mejor nivel. Hombre acostumbrado a adular y a ser adulado, organizaba con cierta frecuencia fiestas oficiales y privadas para satisfacer, en las primeras, a miembros de las diversas embajadas acreditadas con quienes compartía responsabilidades de representación, habiéndose ganado a pulso, en sus cinco años de estancia en la isla, el liderazgo moral del cuerpo consular; las segundas, las que se llevaban a cabo en forma por demás discreta en su preciosa casa de playa, las dedicaba para agasajar a miembros importantes del gobierno cubano y a personajes provenientes de España, quienes llegaban a la isla atraídos por el sol, el licor y las mujeres ardientes y obsequiosas del Caribe.

Juan Luis atendía con especial solicitud esos deseos no expresados de sus invitados, en un ambiente de aparente inocencia y total relajamiento. Casi dejado al azar, conjugaba con maestría los elementos y disponía de los mejores vinos, de una vista extraordinaria y de las mujeres más hermosas para que sus invitados pasaran una velada inolvidable. La música del trópico y el ron sabor a caña se encargaban de completar los improvisados *affaires* caribeños, como los llamaba jocosamente su excelencia el embajador.

Ambas clases de reuniones lo habían consolidado y, en consecuencia, se había convertido en el embajador predilecto del ministro español del Exterior.

La puerta de la oficina del embajador se abrió y a través de ella accedió Jesús Abarca, secretario de la embajada y jefe de protocolo, quien, como el embajador, era diplomático de carrera, con muchos años de experiencia. Solícito, Jesús comentó al oído del embajador, como no queriéndolo perturbar en sus meditaciones: «Perdón, señor embajador, le traigo la valija diplomática que acabo de recoger del vuelo de Iberia procedente de Madrid, y destaca una carta del señor ministro del Exterior, con el sello de urgente y confidencial».

Juan Luis se sobresaltó, y perdiendo compostura, casi arrebató de las manos la misiva a su secretario; tomó un fino cuchillo marroquí de marfil con incrustaciones de pedrería preciosa y con él procedió a romper el sobre de la carta, no sin antes retirar el lacre con el sello de la oficina del ministro del Exterior.

Con avidez leyó para sí:

Madrid, España, a 24 de agosto de 1998.

Correspondencia personal
del ministro del Exterior de España.

Excelentísimo Sr. don Juan Luis de Ocegüera y Ramos,
embajador de España en Cuba.

Respetado embajador:

En reunión privada con el excelentísimo presidente de España, Sr. don José María del Vall, me instruyó para dirigirme a usted con el objeto de solicitar a Va. excelencia sus muy apreciables oficios, a fin de conciliar en el próximo mes de diciembre una reunión privada en ese país con el Excmo. presidente de Cuba don Félix Cruz Ruiz, con el fin de puntualizar el im-

portantísimo protocolo de acuerdo que firmarán, en la próxima Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos, el Excmo. presidente de España don José María del Vall y el Comandante don Félix Cruz Ruiz, documento que será avalado por su excelencia el Rey de España Don Juan Felipe de Borbón, y en su momento deberá ser remitido a las Cortes de España para su ratificación.

Por tratarse de un tema sumamente reservado, el cual hemos mantenido en el más absoluto rango de confidencialidad, ruego a Va. excelencia que tome las precauciones debidas para mantenerlo estrictamente en ese carácter.

No debemos olvidar que el mencionado protocolo deberá ser remitido al Congreso Nacional Revolucionario de Cuba para su aprobación, vía referéndum nacional, por lo que instruyo a Ud. para que promueva el apoyo al más alto nivel de este acuerdo.

Esta misiva deberá ser archivada de inmediato en los documentos clasificados de Seguridad Nacional en el secreto de la embajada, bajo su responsabilidad.

*El excelentísimo ministro del Exterior de España
Don José Antonio Cabezas y Argote*

La lectura de la carta dejó estupefacto al embajador; por su ágilmente empezaron a brotar como un manantial las ideas y las ilusiones de un hombre que ambicionaba la fama y la trascendencia.

De inmediato, al percatarse de la presencia de su indispensable secretario, lo instruyó para que preparase una reunión con su gabinete, sin mencionar el asunto que lo acuciaba.

—Os ruego preparéis para hoy una reunión con el personal de la embajada.

—¿Algo grave, señor embajador? —contestó sorprendido Jesús.

Juan Luis se irguió, y frunciendo el ceño, hizo con las manos un ademán de interrogación.

—Los asuntos de Estado, Jesús, siempre son graves, y más cuando nosotros estamos en el vértice de la decisión; así que venga, preparad la reunión y dejadme a solas por un buen rato. Ya os llamaré.

En cuanto Jesús abandonó el amplio recinto, el embajador hizo un llamado por el timbre de su secreter y se apresuró a servirse hielo en un vaso, el cual rellenó con un perfumado ginebra inglés, bebida de su predilección.

No había concluido de dar el primer sorbo a su ginebra cuando entró al salón, por una discreta puerta disimulada en el librero, Damaris, la secretaria privada del embajador.

—¿Se le ofrece algo, señor? —dijo con un tono de voz melódico y típico del español caribeño, altamente influenciado por el hablar corto e impreciso de los negros.

—Sí, Damaris —dijo el embajador— asuntos importantes tenemos entre manos.

No pudo dejar de admirar la belleza mulata de Damaris, joven de apenas veintiún años, pero ya toda una mujer. Ardiente e intensa, como la mayoría de las mujeres de la isla, Damaris reflejaba la historia de su país, producto de mezclas de las culturas dominantes de su Cuba natal. Nieta, por vía paterna, de un gallego que llegó a probar fortuna y se casó con una hermosa negra, heredó, en consecuencia, el cuerpo y el color de su abuela, y los rasgos delicados, y unos hermosos ojos verdes, de su abuelo.

Hacía dos años que el embajador la había contratado para su servicio particular, y en el último le había confesado su amor, el cual se manifestaba en un vehemente deseo de sexo que, no obstante su edad avanzada, con ella no tenía dificultad alguna en realizar.

Damaris había correspondido al embajador en gran parte por agradecimiento al trato preferencial concedido, lo cual le permitía ciertos lujos, vedados a la mayoría de los habitantes de su país.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor embajador? —contestó respetuosa, consciente de que la menor indiscreción podría ocasionarle problemas con el personal de la embajada, que ya sospechaba la relación entre ellos.

—Sí, Damaris, necesito archivar un documento secreto que acabo de recibir de Madrid, así que anota la clave en el libro de registros y procede a abrir la caja del secreto de la embajada.

Al decir esto, Juan Luis tomó el sobre y leyó con cuidado la clave de la misiva: MEE2713/98 EC.¹

—He anotado la clave, señor; ahora procedo a abrir el secreto —la caja de caudales, como la llamaban pomposamente, era una preciosa caja de seguridad inglesa del siglo XVII empotrada en el área de biblioteca y disimulada con una hermosa pintura del siglo XIX atribuida a un pintor español admirador de Velázquez.

El embajador se dirigió a la caja y con agilidad incorporó el documento en un legajo de pastas de piel a la española que, bajo las palabras «Embajada de España en Cuba, confidencial», protegía varios documentos.

—No tengo que ocultarte nada, Damaris —apostó Juan Luis, dirigiéndose a la bella mulata—. Tú eres más que mi secretaria

1 Ministerio del Exterior de España (MEE). Expediente confidencial (EC).

privada y lo sabes bien. Este documento significa el triunfo de mi carrera como diplomático; si consolido esta misión, lograré un importante ascenso, o el retiro con una jugosísima pensión, lo que nos permitiría hacer nuestra vida en Europa, como tantas veces hemos planeado.

Damaris sonrió, y con un gesto aprobó el deseo del embajador.

—Descuide, señor embajador —dijo melosa—, usted sabe que puede confiar en mí. ¿Qué tengo que hacer?

—En unos momentos reuniré a mi gabinete para informarles que hemos decidido convocar al cuerpo consular acreditado en la isla a una reunión social en la embajada. El motivo es la preparación de la visita del ministro español del Exterior a esta ciudad.

»En el fondo, Damaris, me interesa conocer la opinión de los embajadores en torno a la política internacional del primer ministro cubano, sobre todo por la reciente visita del Santo Padre y el viaje del Comandante a la República Dominicana, lo cual, como tú sabes, hay que saber interpretar. Por tu parte, organizad, con todo sigilo, una reunión en la casa de playa, a la que deberán acudir tres o más peces gordos cuya opinión ante el Comandante sea crucial».

—¿En quién piensa, señor?

—En el ministro de Guerra, en el historiador de La Habana, en el ministro del Exterior y en el presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular —dijo Juan Luis sin esforzarse mucho.

—¿Le parece bien octubre, señor?

—Sí, pretextad una cena con motivo de mi cumpleaños —dijo el embajador—, y puntualiza que el embajador se sentirá muy complacido con la distinguida presencia de todos ellos.

Las fiestas privadas del embajador en su casa de playa eran todo un acontecimiento entre el grupo dilecto de funcionarios cubanos; sibarita y extraordinario anfitrión, Juan Luis echaba la casa por la ventana en todas las reuniones.

Las mejores viandas traídas ex profeso de España se servían en esas reuniones: jamones de Jabugo, lomos castellanos, chorizos extremeños, aceitunas andaluzas, los mejores vinos del Duero y de La Rioja, pescados y mariscos del Cantábrico, frutas, dulces, postres, hojaldres y tartas que hacían la delicia de los comensales.

Aparte de todo, la casa, ubicada en una preciosa loma con amplia vista del Caribe, en un discreto pueblo de pescadores a quince minutos de La Habana, estaba decorada con extraordinario buen gusto y con unos jardines con una vegetación exótica tropical que bien podrían ser la envidia de los jardines mejor cuidados en la época del esplendor sarraceno en España. Era el marco adecuado para una reunión sin igual.

Posiblemente, Juan Luis, hombre erudito y sensible, haya emulado el gusto por la naturaleza de los cordobeses o granadinos de la época del califato.

—Mantenedme informado de los preparativos —dijo dirigiendo a Damaris una cálida mirada, y hecho esto, le envió un beso con los dedos de su mano derecha, gesto que correspondió la mulata con una dulce sonrisa y una levísima reverencia, y procedió a desaparecer tan discretamente como había llegado.

El plan comenzaba a tomar forma en la mente del embajador.

Lo primero, conocer la opinión de los embajadores en torno a la política exterior de Cuba. Después, conocer de manera directa, con los hombres del Comandante, su disposición en torno a la actitud, cada día más comprometida de España. Finalmente,

preparar la visita del ministro del Exterior a Cuba y su entrevista privada con el Comandante.

—Señor embajador —lo sacó de sus disquisiciones Jesús, quien había vuelto a entrar a la oficina discretamente—, el personal de la embajada se encuentra reunido en la sala de juntas. Cuando vos queráis.

—Vale, Jesús, no los hagamos esperar, venga —dijo con un tono festivo y condescendiente.

—Buenas tardes, señores —saludó el señor embajador, dando comienzo a la reunión.

—Buenas tardes, señor embajador —se oyó decir a todos.

—Os agradezco la prestancia a mi llamado y os suplico ante todo, por el bien de España, absoluta discreción en torno a lo que os voy a comunicar.

»El día de hoy, en valija diplomática, he recibido una misiva del excelentísimo ministro del Exterior de nuestro país, en la que me comunica su deseo de visitar La Habana y hacer una entrevista privada con el excelentísimo presidente de Cuba, con motivo de la preparación de la próxima junta de jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica, que se celebrará el año próximo en este país.

»De antemano sabéis que la gran responsabilidad de estos acontecimientos recae en nuestras personas, y el éxito o el fracaso de la reunión pertenecerá, en adelante, a este colectivo.

»En nombre de España, os pido el mejor de vuestros esfuerzos en la preparación acuciosa y ordenada del protocolo y de la logística; cada uno de ustedes me responderá por las actividades que se les encomienden.

»En lo sucesivo celebraremos reuniones cada quince días para discutir los preparativos y afinar el programa que en breve se os dará a conocer. Hasta entonces y muchas gracias».

Dicho esto, el embajador salió de la sala, seguido de cerca por el jefe de protocolo, y se dirigió nuevamente a su oficina a ultimar los detalles de las intensas jornadas de trabajo que tenía por delante.

Jesús se adelantó un poco para abrir la puerta del privado del embajador, y éste, después de despojarse de su americana, la depositó en el precioso armario de madera estilo Luis xv que decoraba su privado y se dejó caer en su mullido sillón de cuero negro. Se aflojó la corbata y encendió un aromático habano Cohiba Espléndido, marca preferida del embajador.

—¿Qué os pareció la reunión, Jesús? —preguntó como no queriendo la cosa y aspirando una bocanada de humo de su habano.

—Señor, fue usted muy claro y directo; en estos momentos el personal se ha percatado de que la embajada adquiere la dimensión de tal. A decir verdad, ya nos hacía falta salir de la rutina de simples tramitadores de visas y matrimonios; esto nos dará mayor empaque y nos hará vivir mejores momentos con un verdadero trabajo diplomático.

—Así es, Jesús; por lo pronto dedica el día de hoy a elaborar, con el mayor sigilo, un proyecto de reunión con el cuerpo consular de Cuba, y me lo presentáis mañana a discusión. Asimismo, encárgate de elaborar la logística de la visita del señor ministro y reúnete con el personal del Minint² y del Ministerio del Exterior de Cuba para que en conjunto se elabore el plan de visita. Solicítame

² Ministerio del Interior de Cuba.

audiencia con el ministro del Exterior, informa que es un asunto de Estado que urge, a fin de no retrasar los tiempos.

—Sí, señor, he tomado debida nota y ahora mismo procedo. Con su permiso, señor embajador.

—Ah, Jesús, discreción es nuestra consigna de aquí en adelante, ¿entendéis?

—Entendido, señor embajador, quedó claro.

Jesús salió del recinto con una gran confusión; aunque estaba acostumbrado a manejar cosas delicadas de la embajada, no le cuadraba que el ministro del Exterior de España viniese a Cuba a preparar la próxima junta de jefes de Estado y de Gobierno, y menos que para ello tuviese que entrevistarse con el presidente cubano, que por cierto raras veces era molestado para esos menesteres, sobre todo cuando ese rol, en otras ocasiones, él lo había preparado con su colegas cubanos sin mayores trámites, sin formalidades, así que no creyó en el pretexto que le dio el embajador y eso lo llenó de inquietud. ¿Acaso ya no era útil a la embajada? O peor, estaba siendo desplazado por la mulata, como le llamaban en secreto a Damaris. ¡Eso no lo podía permitir!

El embajador llamó nuevamente a su secretaria privada, quien se hizo presente en el acto. No había estado en la reunión, la que únicamente se reservó para personal de nacionalidad española.

Damaris, inquieta, preguntó:

—¿Todo bien, señor embajador?

—De perlas, chiquilla —dijo éste sonriendo. Se acercó a ella y rodeó su leve cintura, tocando con suavidad sus caderas; Damaris se estremeció, no por la caricia, sino por lo inesperado de la misma. Sus senos se irguieron en sus puntas y esto no pasó desapercibido para el embajador, quien con su mano derecha tocó plenamente

el pubis de la bella mujer y con la izquierda le abarcó un seno. Damaris se separó con delicadeza diciendo: «Señor, el secretario puede entrar, le ruego me disculpe». Juan Luis se contuvo y dijo: «Está bien, os agradezco cuides estos detalles, pero es que te deseo tanto, hace tres días que no nos vemos por culpa de mi mujer; la pobre cada día está peor y requiere insistentemente mi presencia, la aquejan fuertes dolores de huesos y cada vez tiene mayores problemas para caminar».

María Luisa, la esposa del embajador, una bella castellana de familia acomodada y de gran influencia en España, había sido de enorme utilidad en la carrera diplomática de su esposo. Ahora, aquejada de artritis deformante, padecía la enfermedad con estoicismo, pero renegando, porque para ella se habían terminado los esplendores de las reuniones sociales, tan de su gusto, en las que desplegaba con maestría las artes aprendidas desde niña.

—No se preocupe, señor, yo sabré esperar, y mientras tanto usted tiene una delicada misión por cumplir; le recomiendo paciencia.

—Está bien, Damaris, pero pronto nos veremos en la casa de playa; ahora debo asistir a una cena con empresarios catalanes en el Hotel Meliá Cohiba, así que me retiro.

—Mientras tanto haré los preparativos para la reunión que me encomendó.

—Ordena mi auto, en quince minutos saldré.

—Sí, señor —dijo la mulata, y acto seguido abandonó el privado, no sin antes cerciorarse de que su diminuto vestido estuviese en su lugar y su pelo no denotara nada anormal.

—Hasta luego.

—Adiós, señor embajador.

El embajador se aseó la cara, se acomodó la corbata y se aplicó un agua de colonia francesa para disimular el humor; se caló la americana y salió con paso firme de la embajada a su reunión con los empresarios catalanes.

CAPÍTULO II ENTREVISTA CON EL REY

Esa mañana septembrina el clima en Madrid permitía un reposo del ya largo verano y los sofocones de hasta cuarenta grados centígrados, circunstancia que había impulsado a todo mundo a salir de la capital española y refugiarse en sus casas de campo, de playa o de montaña, o bien, a acudir a los pequeños pueblos de la costa del Cantábrico, de Galicia o Asturias, de La Rioja o la meseta castellana para pasar unos días de tranquilidad, en donde las buenas viandas y las mejores cosechas de vinos se consumían con prodigalidad. Todo aquello había quedado atrás; el fin de semana había sido uno de los más terribles, dada la enorme afluencia de madrileños que a un tiempo regresaban de los cuatro puntos cardinales de España a sus hogares.

José María del Vall, presidente de España, había tenido la precaución de regresar un par de días antes, lo que le permitió ordenar su agenda para la importante entrevista con su alteza Don Juan Felipe, la cual tendría lugar ese día, martes dos de septiembre, en el Palacio Nacional de España.

José María, hombre previsor y desconfiado por naturaleza, aún no estaba completamente convencido del papel que le había tocado jugar como presidente español en el caso de Cuba, posi-

blemente porque él y su partido no habían sido protagonistas del importante acuerdo.

No era desconocido que su antecesor, el líder del Partido Socialista Obrero Español, don Felipe García, había sido pieza clave en el amarre de las negociaciones para aceptar, en principio, un plan de apoyo económico para Cuba, siendo además España el factótum para lograr la apertura económica de los demás países miembros de la Unión Europea.

Al comienzo se trataba de una mera corresponsabilidad económica, merced de la gran simpatía del pueblo español por Cuba, y del Partido Socialista por el régimen cubano que se había atrevido a neutralizar el poderío de los Estados Unidos de América, los cuales, por razones de estrategia militar primero, y por orgullo después, no cejaban en su interés de lograr una hegemonía continental a la que únicamente se sustraía Cuba. Con el paso del tiempo y por las circunstancias, se convirtió en un verdadero compromiso internacional y en la posibilidad de dar un paso trascendental e inédito, que bien podría ser considerado un hito en la época de la globalización.

José María sacó de su archivo personal el fólter clasificado como secreto, y empezó a repasar su contenido, que en los últimos meses había releído una y otra vez, y el que cada día se engrosaba con estudios de expertos y con opiniones de los asesores presidenciales. Esa mañana tendría que obtener, en consecuencia, la anuencia del rey de España, requisito constitucional, si es que pretendía seguir con el procedimiento legal y diplomático de la trascendente decisión adoptada.

Hacia apenas una semana había dado el beneplácito al ministro del Exterior don José Antonio Cabezas y Argote para que procediera instruyendo al embajador de España en Cuba; así que

la moneda había sido lanzada y esa mañana se decidiría la política de España en relación a un país hermano de ultramar, cuya separación España nunca había consentido.

Decidido, José María, y quizá influenciado, como la mayoría de los españoles, por la vergüenza nacional que produjo la guerra contra los Estados Unidos de América a finales del siglo XIX, que los obligó a ceder Filipinas a ese país y perder a Cuba, se dirigió decidido a abordar su auto, que lo llevaría a la cita con el rey.

—Buenos días, señor presidente —saludó respetuoso el jefe de ayudantes del rey, a la entrada de José María al amplio vestíbulo del castillo.

—Hola —dijo el presidente—, os ruego anunciad mi llegada.

—Desde luego, señor presidente —contestó solícito el jefe de la guardia y salió del salón con paso firme.

La ayudantía se encargó de brindar asiento a José María y de ofrecerle un aromático café con olor a vainilla, de las preferencias del rey. José María tomó la pequeña porcelana y apuró de un trago el café, lo que sirvió para templar sus nervios y prepararse para la importante reunión. Se sentó con tranquilidad y hojeó un periódico nacional en el que resaltaba una nota amarillista a propósito de una acusación de dopaje a los atletas españoles en los recientes Juegos Europeos de Atletismo. Su cara se contrajo con disgusto y prefirió distraer su mente para evitar una predisposición y alteración de su carácter. «Qué caray, no debo permitir que nada ni nadie me afecte, no esta mañana, que España puede escribir una bella página de su historia moderna», se dijo.

Dejó la prensa y se puso de pie al notar que el rey Don Juan Felipe se acercaba con grandes pasos al salón.

—Buen día, señor presidente —dijo sonriente el rey quien, curtido por el sol mediterráneo, recién regresaba de sus vacaciones veraniegas. José María lo miró y no dejó de sorprenderse de la magnífica figura del monarca español.

Hombre de gran estatura y complexión atlética, y sin embargo de suaves modales y de comportamiento modesto, le extendió la mano, a lo que José María correspondió con lo propio, contestando el cordial saludo.

—Lo veo espléndido, su majestad, se nota que el Mediterráneo lo ha tratado bien.

—No me puedo quejar, presidente. ¿A vos cómo lo trató el clima fresco de la montaña?

—Excelente, su majestad; dejé atrás el virus que me había afectado y que ya comenzaba a preocuparme. Es el *smog*, dicen los médicos, enfermedad moderna de ciudades como la nuestra.

—Ya lo creo —dijo Juan Felipe, invitando a José María a sentarse.

—Veo que ha probado usted mi café, presidente.

—Sí, majestad, y el sabor a vainilla me ha reconfortado; está usted en lo cierto cuando dice que los filipinos, en su comercio con España a través de México y Cuba, nos legaron, entre otras cosas, este magnífico brebaje.

—Bueno, usted sabe, son secretos compartidos por generaciones; yo recogí la fórmula de mis antepasados y la he transmitido con gusto —dijo el rey.

Acto seguido, el rey tomó la humeante cafetera, relleno la taza de José María y procedió a servir la propia.

Con un ademán pidió privacidad a su ayudantía, y una vez solos, retomó la conversación.

—He aprovechado, presidente, estos días de descanso para leer cuidadosamente el expediente sobre Cuba; ¿siguen las cosas conforme al plan trazado?

—Sí, su alteza. Como le confirmé a usted en la última comunicación, el señor ministro del Exterior ha instruido al embajador nuestro en Cuba para que comience los preparativos de su próxima visita, lo que desencadenaría el proceso bilateral, el cual, para satisfacer los requisitos del Parlamento Europeo, debe de estar imbuido, en ambos casos, de un verdadero proceso democrático que no deje lugar a dudas.

—En el caso de España, ¿prevé usted, señor presidente, alguna oposición en las Cortes?

—No, su alteza, curiosamente los partidos de oposición a este gobierno están unidos a nuestro propósito, tanto el PSOE, como los minoritarios catalán y vasco, lo que nos permite un procedimiento constitucional ágil y sin mayores contratiempos.

—Bien, bien —meditó en voz baja el rey—. Y su partido, ¿qué opina de todo esto?

—Debo confesar, señor, que al principio encontré resistencia en la cúpula del partido, sobre todo porque estaba la creencia de que esta trascendente decisión de la Corona y del gobierno español podrían ayudar al rescate de la popularidad del Partido Socialista, que empezó este proyecto; sin embargo, he logrado convencerlos de que por el bien y el prestigio de España deben de anteponerse a egoísmos de partido. Al final, su alteza, hemos celebrado un pacto todos los partidos para que, de lograrse nuestros propósitos, sea España la que se lleve el mérito, esto como una reivindicación histórica de nuestro pasado glorioso que ahora, como europeos de primera, debemos de mostrar.

—¿Ha evaluado usted, señor presidente, la reacción de Estados Unidos sobre el particular?

—Desde luego que sí, su alteza, al más alto nivel. En la entrevista que sostuve en la ONU en Nueva York, a donde acudí, a nombre de la Unión Europea, a defender la medida del bloqueo a Cuba, el presidente de ese país, Wilfredo Armstrong, me hizo sentir que Cuba para ellos es una piedra en el zapato; la isla ya no es territorio estratégico y el problema del orgullo nacional es más un problema doméstico entre cubano-estadounidenses de Miami contrarios al Comandante Félix Cruz Ruiz, que un asunto de interés nacional. Además, me citó el caso de Puerto Rico, de cómo les ha costado la manutención de la isla y el régimen híbrido que ellos propiciaron; ahora los puertorriqueños se aferran al mismo para seguir gozando de los subsidios y privilegios, lo que los ha convertido en parásitos del *american way of life*. Expresamente me indicó que el único país que puede lograr la adopción de un régimen democrático en Cuba es España; que no deja de reconocer que el proceso migratorio de españoles fue muy abundante y no cesó hasta la revolución, lo que nos da un *handicap* en la orientación moral que España pueda brindar a gobernantes y al pueblo de Cuba.

—¿Tiene conocimiento el servicio de inteligencia de Estados Unidos sobre la enfermedad del Comandante Félix Cruz Ruiz, presidente?

—Creemos que no, su alteza, ellos están más preocupados por los atentados contra la vida del Comandante, auspiciados por los cubanos de ultraderecha de Miami, que por otra cosa. Saben muy bien que a Estados Unidos no le conviene que maten a Félix Cruz Ruiz porque con ello se convertiría en el último y más grande

héroe revolucionario del siglo veinte, sobre todo ahora que han logrado destronar a Stalin, Lenin y Mao; eso los haría parecer ante la historia como un país perdedor, lo que está muy lejos de sus intenciones.

—Y nuestro querido Comandante, ¿qué dice al respecto, presidente?

—Félix, desde mi particular perspectiva, no tiene otra salida, o bien persiste en su actitud histórica y porfía contra Estados Unidos en perjuicio de su pueblo y de su prestigio; o bien, se muere en su cama sin mayor trascendencia, y queda marginado de la historia, sobre todo por la gran pobreza que se vive actualmente en Cuba, misma que le ha restado popularidad, especialmente en las generaciones jóvenes para quienes la revolución no significa nada. Por ello, el Comandante desea la unión con España, en un proceso sui géneris, inédito, pero pleno de posibilidades.

—¿Cuál sería, en estricto sentido, el proceso? Y entiéndame, señor presidente, no deseo que se sospeche de una política anxionista ni de capricho histórico, que el mundo y España todavía viven las experiencias de los imperios. Si no, allí están las Malvinas, Granada, Belice y las Antillas, las ciudades españolas marroquíes de Ceuta y Melilla, y nuestra vergüenza, Gibraltar, sin descuidar las Canarias y un sinfín de ejemplos que no es el caso citar.

—Entiendo, don Juan Felipe —contestó José María, dándole a la conversación un tono más amistoso, lo cual agradó al rey.

»El procedimiento escogido con el beneplácito del Comandante y de su gente es relativamente sencillo, pero de una pureza constitucional, y está impregnado de una gran participación social; es altamente democrático, lo cual será bien visto por el mundo. Me explico:

»La Constitución española, aprobada por las Cortes Generales el 31 de octubre de 1978, introdujo, por necesidad, la figura de las autonomías de las comunidades españolas, reconociendo este derecho a las diversas nacionalidades y regiones de España y aceptando, incluso, singularidades de cultura e idioma, y derechos forales diversos a los tradicionales u oficiales.

»De acuerdo con esta premisa, los territorios insulares y las provincias con entidad regional histórica podrían acceder a su autogobierno y constituirse en comunidades autónomas de España.

»El único requisito que marca nuestra Constitución es la aceptación; esto es, la iniciativa del proceso autonómico corresponde al órgano de gobierno interinsular correspondiente y a la aprobación de dos terceras partes de los municipios, cuya población represente al menos la mayoría del censo de cada provincia e isla. Si agregamos a esto, Don Juan Felipe, que nosotros exigiremos la celebración de un referéndum nacional que incluya a los cubanos residentes fuera de la isla, quienes podrán sufragar en nuestras embajadas, esto le daría no sólo legitimidad integral, sino peso específico a la medida.

»Por nuestra parte, las Cortes Generales tienen la capacidad de autorizar la constitución de una comunidad autónoma y de autorizar su estatuto autonómico. Así quedan finalmente al amparo de la Constitución y de las leyes españolas, pero conservan su propio régimen local, leyes, costumbres y tradiciones, dando origen a una nueva vida para el pueblo cubano, y un camino, sin transigir, sin claudicar, para los revolucionarios de Félix Cruz Ruiz, que de esta forma se reivindica ante su pueblo y obedece el supremo mandato de su gente, expresado en las urnas.

»Además, Don Juan Felipe, los españoles desde siempre hemos considerado a Cuba parte entrañable de España, consustancial a la nación española, y para todos nosotros los cubanos serían tan importantes como los vascos, catalanes, canarios o gallegos, dando así oportunidad de demostrar al mundo que España representa una singularidad en su pluralidad; sobre todo por la reacción que se ha producido en lo interno y en el ámbito internacional por las declaraciones de Herri Batasuna y por el apoyo de los grupos ultras catalanes y gallegos, lo que nos ha ubicado en una situación incómoda que precisamos manejar de acuerdo a las normas que prescribe nuestra Constitución y en el más alto respeto a nuestro Estado de Derecho».

—Tiene usted muy bien pensado el procedimiento, don José María. La Corona de España, por mi conducto, lo felicita y autoriza para que continúe con el mayor sigilo esta delicada misión, que daremos a conocer a la comunidad internacional cuando tengamos los hilos perfectamente hilvanados. ¿Cuándo sale el ministro del Exterior a Cuba?

—A mediados de diciembre, su alteza —se irguió el presidente, reconocido por el elogio que el rey le había conferido.

—Bien, manténgame informado, y enhorabuena.

Al decir esto, Juan Felipe se puso de pie y le brindó un cordial abrazo de despedida, y lo acompañó a la salida del vestíbulo principal del palacio.

José María salió del recinto con la satisfacción que causa el deber cumplido.

Al subir a su auto para dirigirse al Palacio de la Moncloa, no dejó de asombrarse por la extraordinaria síntesis y evaluación que había hecho, sin apuntes ni tarjetas, como era ordinario, lo que le

brindó un agradable sabor de boca. Se sentía en ese momento un estadista de talla, a la altura del país en el que se estaba convirtiendo España, y posiblemente de mayor envergadura, reflexionó convencido.

Al llegar a la Moncloa, el presidente se apresuró a ordenar unos bocadillos y una copa de cerveza clara, y llamó a su esposa por el intercomunicador con la intención de que lo acompañase para platicar en la intimidad a esa hora del día, lo cual se había convertido en una sana costumbre familiar.

Doña Ana del Porrón, mujer discreta e inteligente, se había convertido en su más fiel colaboradora y en la depositaria de sus más íntimos secretos, por lo que su presencia le ayudaría a confirmar la importante decisión que, por el bien de España, esa mañana había tomado con la anuencia de la Corona.

Doña Ana apareció fresca y juvenil, con discreción en el vestir y el hablar, y le obsequió con un beso en la mejilla.

—¿Todo bien en tu entrevista con el rey, cariño?

—De maravilla —contestó eufórico José María—, creo que España, el día de hoy, marca un hito en la historia contemporánea; el rey autorizó el proceso de incorporación autonómico. Ahora, mujer, como vosotras decís, debemos tejer fino.

—Me alegro por vos, y por España —dijo doña María, y añadió sonriendo—, por cierto, el ministro del Exterior anunció su visita para después del almuerzo.

—Bien, siempre tan oportuno nuestro querido amigo José Antonio. Lo esperaré con ansiedad, que tengo muchas cosas que contarle e instruirle; mientras tanto, mujer, disfrutemos nuestro tiempo.

Realmente el cargo de presidente de España absorbía la total energía de su titular, lo cual había quitado a la joven pareja los momentos de intimidad. Consciente de ello, y quizá motivado por la dosis extra de adrenalina que esa mañana había obtenido de su entrevista con el rey, José María envolvió a su frágil mujer con caricias, besos y abrazos hacía tiempo olvidados, lo cual hizo reaccionar emocionada a doña Ana quien, sin pensarlo dos veces y haciendo a un lado compromisos, condujo delicadamente a su amante marido a sus habitaciones privadas, en donde pudo disfrutar de la tan añorada intimidad y entrega que le hizo recordar sus mejores tiempos.

No pudieron ambos precisar cuánto tiempo disfrutaron de esos íntimos momentos, hasta que el teléfono privado llamó insistentemente para recordar, desde el otro lado de la línea, la presencia del ministro del Exterior.

José María se aseó y arregló sus ropas; cambió de camisa por una de color azul Francia, a tono con el pantalón beige y la americana azul marino; se roció discretamente agua de tocador Loewe y peinó su cabellera. Hecho esto, se dirigió tranquilamente y con buen talante a su salón de audiencias privadas, donde ya lo esperaba el ministro del Exterior.

Don José Antonio Cabezas y Argote, miembro de una casa distinguida de España y militante del Partido Popular por convicción, había sido elemento fundamental en las elecciones en las que el Partido Popular había accedido al poder.

Diplomático de formación y parte del ministerio desde hacía veinticinco años, había destacado en los últimos cinco como embajador en Estados Unidos y como asesor del gobierno español para asuntos iberoamericanos; había sido uno de los artífices de los festejos del quingentésimo aniversario del descubrimiento de América o el encuentro de dos mundos, como él prefería llamarle. Esto le daba un bagaje extraordinario de conocimientos para los propósitos de la actual política de España y sus objetivos con Cuba.

José Antonio, hombre relativamente joven, aunque de apariencia mayor, poseía un porte de aristócrata decimonónico; de

hablar parco y de ademanes estudiados, nunca expresaba juicios faltos de valor, o sin poseer la suficiente información, por lo que sus respuestas eran siempre certeras.

Esa mañana, José Antonio vestía un traje perfectamente cortado, de fino casimir inglés color champán, camisa de lino blanca, impecable de puños y cuello, corbata a tono en colores fuertes, entre los que sobresalía el azul añil, gemelos discretos en oro y una cadena del mismo metal que se entremezclaba con su chaleco.

Su pelo, cortado con pulcritud y peinado hacia atrás, resaltaba sus ángulos faciales; era de cara ovalada y pómulos agudos, de ojos verde aceituna que le daban un tono especial al color blanco de su piel, coloreada por el sol.

Con ademanes finos y estudiados, como corresponde a un buen diplomático, saludó ceremonioso al presidente José María del Vall.

—Buenos días, excelentísimo señor presidente —dijo con una estudiada entonación y con perfecta dicción castellana.

—Buenos días, José Antonio —respondió jovial José María— ¿Qué tal tu viaje por las islas griegas?

José Antonio había aprovechado los días de asueto de agosto para hacer un corto viaje por las islas griegas, en donde había tenido oportunidad de satisfacer su afición por la antropología y la historia, bálsamo importante para el angustioso cargo del ministro del Exterior de España, que desempeñaba con celo extraordinario.

—La verdad, su excelencia —dijo complacido—, apenas me alcanzó el tiempo para solazarme con el increíble bagaje cultural que subyace al suelo del otrora poderoso imperio griego. Culturas milenarias se sedentarizaron en ese país, que supo aprovechar el decantamiento cultural de siglos de los pueblos del Mediterráneo

y que de alguna manera recogimos en España, por Cartago y por Roma, y finalmente por la cultura de los pueblos musulmán y judío.

—Así es, José Antonio, ya habrá tiempo para que Ana y yo podamos ir a vuestra casa a disfrutar de una deliciosa velada y de una sesión de diapositivas y filmes de vuestro viaje.

—Cuando vosotros queráis, señor presidente —se apresuró a acotar José Antonio, con lo que daba por hecho una visita del presidente y su esposa a casa.

—Asuntos delicados ocupan ahora mi mente, José Antonio; esta mañana celebré la visita con su excelencia el rey de España a fin de obtener su beneplácito para iniciar la labor diplomática y política en la incorporación de la nación cubana a España, de acuerdo al principio constitucional del respeto por la autonomía, forma de autogobierno, costumbres y fueros locales, dando lugar, desde luego, a que sea el propio pueblo cubano, incluyendo a los que viven en el exilio, quien acepte la propuesta de incorporación.

»Estamos seguros, José Antonio, de que esta fórmula dejará satisfechas a ambas partes; es decir, a los cubano-americanos, quienes son los más reacios, y al actual grupo en el gobierno, desde luego sin descuidar a la población de la isla».

—¿Cuál es la reacción del Gobierno de Washington, señor presidente? —interrumpió sigiloso.

—La Casa Blanca y el Congreso de los Estados Unidos han dado muestras claras de estar de acuerdo con este ejercicio, siempre y cuando el procedimiento sea de absoluta limpieza y profundamente democrático, incluyendo a los cubanos de la Florida y de Nueva York, que son los más numerosos.

—¿Y el Comandante don Félix Cruz Ruiz acepta las condiciones de Washington, señor? Desde luego que no, nosotros no podemos ni siquiera insinuar que esas condiciones las impone el gobierno de Wilfredo Armstrong. De manera sutil haremos sentir al Comandante que la decisión del referéndum intra y extramuros es una estrategia que a él le conviene, que será bien vista por la Unión Europea y por Canadá, sus mejores aliados comerciales, pero lo que es mejor, que la historia lo juzgará como el gran estadista que transitó de la revolución a la globalización, resolviendo el problema de la sucesión de una manera más moderna e inteligente que como lo hizo Franco en España.

—De verdad que el planteamiento es impecable, señor presidente —comentó con seriedad el ministro del Exterior—. ¿Tenéis pensada la forma de llevar a cabo este protocolo de acuerdo, señor presidente?

—Desde luego que sí, José Antonio, pero aquí es donde requiero tus buenos oficios y extraordinarias dotes para preparar el acuerdo de procedimiento que debemos de operar conjuntamente.

—Entiendo, señor presidente —meditó el ministro y se sumió en una breve reflexión repasando la carta instrucción que recién le había enviado a su embajador en Cuba. Al cabo de varios segundos, se irguió y como si tuviese la solución a difícil teorema, arguyó con seguridad y aplomo:

»Vuestra excelencia ya está enterado, señor presidente, de la carta instrucción que con su anuencia tuve a bien remitir al embajador en Cuba a fin de que preparase la visita de su servidor a la isla para el mes de diciembre. El embajador recibió también la orden de sensibilizar a los principales colaboradores del Comandante

don Félix Cruz Ruiz, con el propósito de que apoyen con firmeza la resolución de su Comandante en jefe, convencidos de que es la mejor opción para Cuba.

»Lo más importante, desde mi humilde opinión, será convencer del procedimiento al Comandante Cruz Ruiz, para lo cual, si usted así lo indica, emplearé toda mi pasión y conocimientos. Por ello ruego a usted que se comunique vía telefónica con el Comandante y le confirme mi visita y los puntos del protocolo, aunque, entiendo, ya fueron planteados por su antecesor, según documentos que obran en el expediente. Es importante que el Comandante escuche de su propia voz su ratificación y beneplácito para continuar con este acuerdo bilateral.

»Hecho lo anterior, me trasladaré a la isla a la entrevista con el presidente de Cuba y prepararé el protocolo diplomático que se dará a conocer al mundo en la próxima Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos, la cual se celebrará el año próximo, precisamente en Cuba».

—Creo que es muy certera su opinión, señor ministro —expresó con respeto el presidente José María, lo cual satisfizo al ministro, y añadió—: ¿pero en qué momento iniciamos el procedimiento constitucional en nuestros países?

—Estimo, salvo su mejor juicio —dijo respetuoso el ministro—, que lo primero es el protocolo de acuerdo que se dé a conocer al mundo como una mera intención del gobierno cubano y la aceptación del gobierno español, situación que para que opere deberá ser sometida a referéndum al pueblo de Cuba. Si éste la acepta y es confirmada por la Asamblea Nacional de ese país, entonces usted, con el refrendo del rey, debe solicitar a las Cortes de España la aprobación e incorporación de Cuba al régimen de go-

bierno autonómico de España como un miembro más con plenos derechos.

José María se sumió en una profunda reflexión; sus ojos denotaban la actividad introspectiva de que era objeto, sin embargo, su rostro inexpresivo apenas denotaba un dejo de preocupación. Al cabo de un par de minutos, que fueron celosamente respetados por José Antonio, el presidente exclamó como para sí:

—Hablaré con el presidente del PSOE y de los partidos minoritarios, fundamentalmente el PNV y CIU, sin descuidar a los grupos minoritarios de Canarias y de Galicia, para ponerlos al tanto de la decisión del rey y del gobierno español sobre el tema de Cuba, y si obtengo apoyo irrestricto, seguiremos su consejo, señor ministro; mientras tanto, esté usted preparado para salir en el momento preciso a La Habana.

Al expresar lo anterior, José María se levantó cortésmente de su silla y acompañó en forma natural al ministro a la puerta tomándolo familiarmente del brazo. Al despedirse le agradeció sus buenos oficios y extraordinarios consejos y le prometió visitarlo en compañía de su esposa el fin de semana. Con un abrazo los dos amigos concluyeron la importante reunión.

José María se dirigió a su amplia oficina, revisó su agenda y marcó en la libreta de «urgentes» llamar a primera hora del día siguiente al excelentísimo presidente de Cuba, Comandante Félix Cruz Ruiz; marcó un asterisco y encerró en un paréntesis la advertencia «ojo, cambio de horario».

Ese día transcurrió con asombrosa rapidez para José María.

Recepción en palacio del embajador de Marruecos.

Visita del presidente del Parlamento Europeo.

Visita del presidente Fujimori del Perú.

Almuerzo con reporteros sobresalientes de España.

Por la tarde inauguró la Feria de la Industria Española en el recinto Carlos II, en Madrid.

Finalmente se retiró a su residencia a cenar en familia.

Esa noche, José María durmió plácidamente, como hacía algún tiempo no dormía.

CAPÍTULO IV EL CUERPO CONSULAR

Jesús, el hábil secretario y jefe de protocolo, había trabajado diligentemente y para el fin de semana, sábado por la tarde, la embajada española lucía su preciosa fachada barroca bañada de luz artificial, lo que la hacía resplandecer desde la distancia esa bella noche.

El cuerpo consular de La Habana, sobre todo los embajadores de Latinoamérica, habían sido convocados a un vino de honor con el pretexto del cumpleaños del embajador.

Esa noche, don Juan Luis de Ocegüera y Ramos, y su distinguida esposa doña María Luisa Garcés y de Mendoza, vestidos ambos de rigurosa etiqueta no obstante el calor de la isla, esperaban en la entrada principal de la embajada a sus invitados, quienes a su llegada eran conducidos de manera comedida por el personal del edificio.

El salón de recepciones lucía como en sus mejores épocas; la gran sala se encontraba profusamente iluminada por un enorme candil de luces que el prisma de los cristales reflejaba en forma de un arco iris incandescente.

Las pinturas de la guerra hispanoamericana y de los distintos personajes de la Casa Real Española, entre los que sobresalía un

espléndido óleo de Felipe II, daban el marco adecuado al gran salón.

Las vajillas de plata reluciente, colocadas en las diferentes mesas y armarios, contrastaban con el color rojo de la mullida alfombra y las pesadas cortinas de terciopelo. En el centro del salón una fotografía de los reyes de España, símbolo de la unidad nacional, daba marco a la reunión.

El señor embajador y su esposa esperaron a la llegada del que consideraron era el último invitado, y una vez agotado el protocolo de la recepción, pasaron al salón principal.

Estando todos de pie, los invitados comenzaron a degustar deliciosos bocadillos del arte culinario español, servidos diligentemente por elegantes meseros cubanos contratados ex profeso. Los vinos que esa noche se escaciaron correspondían a las mejores cosechas de vinos tintos de La Rioja y blancos de la zona de Galicia.

La reunión estaba amenizada por una extraordinaria orquesta de cuerdas, cuyos integrantes eran miembros de la Sinfónica Nacional de Cuba que en sus ratos libres trataban de emplearse en reuniones de ese tipo para ganar algo extra en dólares y completar su exiguo salario.

La orquesta interpretaba en esos momentos melodías del folclore latinoamericano, tenían especial cuidado en seleccionar aquellas de los países cuyos embajadores se encontraban presentes; para ello, Jesús, el jefe de protocolo, había entregado discretamente al director de la orquesta la lista de países representados.

La música de pronto dejó de tocar y Jesús, micrófono en mano, pidió respetuosamente un minuto de atención a todos los presentes. La gente volteó callada hacia el lugar en donde se encontraba el secretario de la embajada y se aprestó a escuchar.

—Dignísimas damas. Excelentísimos señores embajadores. Señor ministro del Exterior de Cuba. Excelentísimo señor embajador de España. Distinguida señora doña María Luisa Garcés.

»He sido honrado con la encomienda de dar a todos vosotros la más cordial bienvenida a este pedazo de suelo español; la Embajada de España se siente honrada por la distinguida presencia de todos y cada uno de vosotros. El señor embajador y su esposa os agradecen haberles permitido compartir la alegría de festejar un año más de vida del excelentísimo embajador de España, quien se siente profundamente complacido de compartir este festejo con sus grandes amigos, los embajadores de Latinoamérica». Al decir esto, el salón se llenó del ruido característico del chocar de manos abiertas, produciendo el agradable *clap-clap*, tan grato a los oídos de los hombres públicos.

El embajador y su esposa, con ademanes sencillos, se dirigieron al lugar del atril y agradecieron con discretos ademanes las muestras de cariño y de respeto que el cuerpo consular en pleno, esa noche, les brindaba.

—Gracias, gracias mil —repetía el embajador, quien tomado de la mano de su gentil esposa, elevaba sus brazos para hacer más patente su agradecimiento.

Los aplausos acallaron y al fin el embajador pudo hacer uso de la voz: «Gracias, nuestro más sincero agradecimiento a todos vosotros».

—Quiero rogaros —dijo Juan Luis—, sean tan bondadosos de tomar una copa de champán para hacer un brindis.

Al decir lo anterior, ingresaron al salón diez meseros en perfecta formación llevando consigo brillantes bandejas de plata con

relucientes copas de cristal de Sèvres repletas de dorado champán francés para ofrecer a los presentes. Hecho esto, el embajador con su copa en la diestra, y en la siniestra sosteniendo la mano de su esposa, inició un breve discurso.

—Respetabilísimos y excelentísimos señores embajadores. Distinguidas y bellas damas. Honorable señor ministro del Exterior. Amigos:

»La vida del ser humano se asemeja a la corriente de un río, sus aguas mansas o caudalosas, turbias o claras, dan la esencia y la particularidad a su propia naturaleza.

»El hombre recoge con los años el caudal valioso de su experiencia, y con ella, forma y conforma su propia esencia e individualidad.

»Esta noche, que vosotros me acompañáis a festejar un cumpleaños más de mi azarosa existencia, vuestra presencia no sólo me conforta, sino que nutre mi más profunda sensibilidad. Quiero decir que ustedes han sido, para María Luisa y para mí, las aguas reconfortantes, cristalinas y puras del río de nuestra vida, que nos han ayudado a escribir un bello capítulo en el libro de nuestra existencia.

»Gracias de todo corazón por permitirnos disfrutar su invaluable amistad, gracias por sus valiosos consejos, gracias por la esplendidez de su grata compañía.

»Brindo —dijo Juan Luis con palabras pausadas y profundas— por el bienestar de Cuba y de los cubanos; por la dicha de los pueblos de Latinoamérica y por la amistad eterna de nuestros pueblos hermanos».

Levantó la copa y escanció lentamente el champán como queriendo aquilatar el impacto de sus últimas palabras. El salón se

volvió a llenar de cálidos aplausos, esta vez más prolongados y fuertes, hasta que el embajador, con un ademán, pidió respetuosamente silencio. Nuevamente Juan Luis habló:

—Ruego a vosotros nos acompañen a disfrutar esta velada que ojalá sea de vuestro agrado.

Al decir esto, se dirigió nuevamente al coro general de invitados y fue recibido con muestras de cariño y reconocimiento por los diferentes miembros del cuerpo consular.

María Luisa, por su parte, en forma hábil, atrajo la atención de las damas, quienes se reunieron en corrillo diverso al de los caballeros.

Un primer grupo, formado por el ministro del Exterior de Cuba y los embajadores de México, Argentina, Costa Rica y Venezuela comenzaron a intercambiar impresiones en torno a los temas obligados del momento. La visita de su Santidad Juan Pablo II a la isla, el viaje del Comandante a la República Dominicana, tan lleno de augurios y tan atacado por los cubanos de Miami, y lo más reciente, la detención en Inglaterra del ex dictador chileno Augusto Pinochet.

CAPÍTULO V EL CONSENSO

Habían transcurrido tres horas desde el inicio de la velada. Los embajadores habían tenido tiempo suficiente para conversar y especular acerca de la insólita reunión en la Embajada de España. Aires diferentes se respiraban en el ambiente diplomático de la isla, a todos tenían perplejos los últimos acontecimientos, sobre todo la inusual conferencia de prensa que el presidente cubano don Félix Cruz Ruiz había concedido a la prensa extranjera, en la cual había expresado la posibilidad de cambio en la dirección del país e incluso había referido cinco nombres de distinguidos ciudadanos cubanos para sucederlo.

—Me parece —dijo solemne el joven embajador mexicano don Francisco Gatwik, distinguido político y ex gobernador de su estado natal, quien había incursionado precozmente en la política de su país, merced a la protección del presidente Luis Echenauri— que nos encontramos ante un inusitado paralelismo histórico. Me refiero al caso mexicano del presidente Porfirio Díaz, quien se había perpetuado en el poder, primero por la aceptación en los procesos electorales del pueblo de México, pero fundamentalmente por la creencia firme que tenía de que debía aceptar que México estuviese preparado para el cambio y la democracia; finalmente,

acosado por la prensa internacional y ante la inminencia de su reelección, se atrevió a decir a un reportero estadounidense que estaba dispuesto a dejar el poder si el pueblo de México así lo reclamaba. Es por demás ocioso contarles el final de este episodio; ustedes conocen de sobra el resultado, ya que este acontecimiento constituyó la gota que derramó el vaso en el movimiento armado de 1910 en mi país. Lo cierto es que el pueblo le creyó al presidente Díaz y don Francisco I. Madero enarboló la bandera de la no reelección y se aprestó a hacer una campaña nacional anti-reeleccionista, la cual fue aceptada por todo el pueblo de México. Bueno, pues ese fue el inicio de la revolución política y social de México, que culminó con la creación de un nuevo país gracias a la Constitución de Querétaro de 1917.

Los embajadores presentes estuvieron reflexivos meditando en torno al paralelismo que el joven embajador había referido. En el ambiente consular no se acostumbraba tocar los temas de los países anfitriones directamente, y menos cuando esto implicase juzgar, de alguna manera, la política del país; por ello, las palabras del joven embajador en torno a la sucesión en Cuba no sólo eran un juicio atrevido, sino peligroso.

Francisco Gatwik midió el efecto de sus palabras, y queriendo soslayar la valoración de su incorrecta apreciación, por lo inusual, trató de recomponer y añadió:

—Desde luego que el caso de Cuba es inédito; el pueblo de este glorioso país ama a su Comandante en jefe y se siente seguro de su liderazgo y mando. Yo más bien me refería al momento biológico del querido Comandante don Félix Cruz, quien se preocupa demasiado por el correr inexorable de los años, los cuales afectan su fortaleza y su ánimo; de otra manera no podemos expli-

carnos el porqué de una declaración de esa naturaleza, con la cual obviamente los estadounidenses se dieron gozo dándola a conocer al mundo, presagiando la caída inminente del régimen cubano.

—Yo creo, che —dijo ampuloso el embajador argentino, un hombre alto de estatura, moreno claro, anguloso de cara, delgado, y con el pelo negro untado y peinado cuidadosamente para atrás, tenía un par de ojos pequeños e inexpresivos, ocultos tras unas gafas gruesas de vidrio de aumento color humo, quien, además, ostentaba, orgulloso, un palmarés envidiable: profesor de derecho constitucional en la Universidad de la Plata, rector de dicha universidad, tratadista reconocido internacionalmente y por méritos propios, senador y embajador; le dio una fumada a su cigarrillo de procedencia americana y pensando bien lo que iba a decir, siguió—, yo creo, si me permitís, embajador Gatwik —y sin esperar respuesta continuó—, que estamos viviendo tiempos nuevos y las referencias históricas no valen. Yo más bien creo que el efecto de la globalización nos está afectando a todos. Miren ustedes, la prueba más reciente la tenemos en el caso más sonado de las últimas décadas, y aún no resuelto, de la inmunidad diplomática del ex dictador chileno Augusto Pinochet quien, al viajar a Inglaterra por motivos de salud, trató de escudarse en su aparente inmunidad de senador de la República de Chile para evitar ser detenido y llamado a juicio por la Comisión de Delitos en contra de la humanidad.

»Yo creo que el caso Pinochet y el contraataque de la ultraderecha en el mundo que pretendió involucrar al Comandante Félix calaron en el ánimo del primer ministro y por ello su actual estado de ánimo. Por otra parte —siguió en tono doctoral el embajador—, esa referencia a la que alude la ultraderecha no resiste una

reflexión seria y jurídica de cualquiera que tenga los conocimientos sobre el derecho constitucional mundial.

»Quiero ser imparcial en mis juicios de valor, por ello invoco la opinión de un tratadista de derecho constitucional reconocido en Europa y en Estados Unidos de América, en donde, incluso, impartió cátedra y fue un reconocido maestro de la Universidad de California, en Berkley; me refiero a Karl Loewenstein, alemán, discípulo de Hans Kelsen. Pues bien, el profesor Loewenstein, en su magnífico tratado sobre derecho constitucional, se refiere al derecho a la revolución como un derecho inalienable que tienen los pueblos para darse el gobierno que ellos crean que es el adecuado por su circunstancia, requerimientos y posibilidades; esto es precisamente el ejercicio pleno de su soberanía, la facultad de autogobernarse.

»También aclara Loewenstein que un golpe de Estado, motín o asonada, nunca deben considerarse como un movimiento espontáneo del pueblo de un país para reorientar su vida institucional; antes bien, son movimientos espurios e ilegítimos, atentatorios de la soberanía nacional, ya que quienes los llevan a cabo, por lo general, son los jefes de tropa y ejército, quienes han jurado en su momento lealtad y obediencia a la patria y a sus instituciones, y al levantarse en armas contra las autoridades legítimamente constituidas proceden en contra del régimen legal y se constituyen en traidores a la patria.

»Si Pinochet hubiese dejado el mando militar y se hubiese ido al lado del pueblo, y con éste, propiciado una revolución, otra situación estaríamos analizando; pero Pinochet, les recuerdo, tenía mando militar, por lo que al atentar contra el presidente constitucional chileno Salvador Allende cometió el grave delito de trai-

ción a la patria y después, una vez muerto el presidente Allende, y fíjense bien que digo muerto porque yo no creo en su suicidio, se constituyó en dictador y cometió los más graves delitos contra la humanidad para perpetuarse en el cargo y acallar las voces libres, llegando al extremo del genocidio, que es por lo que diversos países europeos quieren juzgarlo».

—Nos queda claro —atajó oportuno el embajador venezolano, miembro también de la élite intelectual de doctores en derecho y especialista en derecho constitucional— que el paralelismo histórico al que se refirió con delicadeza nuestro colega de México, él mismo lo dijo, se aplica al caso de Cuba, pero el fenómeno de la globalización cada día impacta más a las autoridades cubanas quienes, por otra parte, tampoco aceptan el fenómeno español franquista de la transición democrática que más bien huele a claudicación en el caso de Cuba, por los enormes intereses de los norteamericanos y por las reivindicaciones a ultranza de los cubanos en el exilio, lo que hundiría la isla en nuevos enfrentamientos. Yo más bien creo que el Comandante busca una alianza que le permita recomponer su proyecto inicial de nación, sin claudicar.

»Por otra parte, don Félix no debe preocuparse por el ataque de la ultraderecha que busca un paralelismo con el caso Pinochet, ya que la revolución cubana, ni quien lo dude, fue un auténtico movimiento social del esforzado pueblo de Cuba que se había convertido, al igual que nuestros pueblos a finales del siglo XIX, en esclavos del capitalismo más exacerbado, con la agravante, en Cuba, de que casi todos los medios de producción y la riqueza nacional la detentaban los estadounidenses y la oligarquía gobernante, herencia de la guerra de independencia y de la guerra hispanoamericana, ya que el verdadero propósito de Estados Unidos, en su afán impe-

rialista, era apoderarse de Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Guam y otras islas en el Pacífico para su proyecto belicista y expansionista. Por ello, el movimiento social de un grupo de revolucionarios cubanos, entre los que sobresale el Comandante Félix y, desde luego, la figura mítica del Che Guevara, es una verdadera revolución popular y legítima.

»Además, iban en contra del régimen espurio de Fulgencio Batista, dictador de facto, quien había violentado el régimen constitucional cubano».

Sin que nadie reparara en su integración al grupo, el embajador de España se había situado en un lugar estratégico que le permitió observar en detalle la reacción del corrillo de los embajadores latinoamericanos que habían discurrido con profundidad en torno a la situación de Cuba. Discreto, Juan Luis dejó sentir su presencia y finalmente se atrevió a intervenir, midiendo sus palabras y observando a sus interlocutores.

—Si vos me permitís, señores embajadores —dijo con solemnidad estudiada—, quiero hacer una reflexión, sobre todo porque mi país es protagonista en esta situación de conflicto internacional en el caso Pinochet...

—Por favor, señor embajador —se escuchó a coro la respuesta.

—Si es así, con su venia:

»España, como vos sabéis, tiene una cicatriz no curada del todo por la guerra hispanoamericana; también, justo es reconocerlo ante vosotros, lamentamos la falta de inteligencia por no haber propiciado la independencia de Cuba en su momento, sin llegar a las armas o a pérdidas de vidas valiosas para ambas partes. También debo resaltar que Cuba constituyó para los españoles el pedazo de patria que nos ayudó a aliviar en éste y en anterior-

res siglos el problema de hambruna y a falta de trabajo en regiones como Canarias, Andalucía, Extremadura y Galicia, hijos de España se dieron a la penosa tarea de emigrar para buscar el sustento que su país no podía darles en ese momento. Por eso Cuba es a España tanto o más entrañable que Ceuta, Melilla o las Canarias; quizá por ello, en el subconsciente de todo español bien nacido se encuentra muy arraigada la disposición de ayuda a este hermoso país, y para muestra, un botón. Analicemos la cantidad tan importante de inversiones españolas en la isla: a partir de la cadena hotelera Meliá, España entera se ha volcado en apoyo de Cuba.

»Y en el aspecto político, vosotros estáis enterados del fuerte apoyo que España ha otorgado a Cuba ante el Parlamento Europeo presentando una fuerte oposición a la ley Helms-Burton, que causó el bloqueo económico a la isla y que Estados Unidos pretendía, en un afán de validez extraterritorial de la ley, hacerla efectiva a los países europeos; así que nada, España intervino, y apoyada por Francia y Bélgica, desautorizamos la ley del bloqueo, y hemos aquí apoyando con inversiones al pueblo de Cuba».

—Eso ha sido de inapreciable ayuda, embajador —terció, Francisco Gatwik con su ímpetu natural—, pero el problema principal de Cuba en estos momentos es el relativo al rumbo que va a tomar el país; todavía no se vislumbra en forma concreta cómo va a resolver su orientación ideológica, su proyecto económico y social, sobre todo la reintegración de los cubanos que han salido de la isla descontentos del régimen.

—Nosotros tenemos una perspectiva especial del problema —dijo festivo el embajador de Costa Rica, condiscípulo de Francisco Gatwik en la Universidad Nacional Autónoma de

México, en la carrera de derecho, quien obviamente poseía formación e información muy parecida a la del embajador mexicano—; quiero decir a ustedes que el sentir de un gran número de intelectuales latinoamericanos se orienta a una solución sui generis para Cuba, sobre todo por lo incómodo que resulta la intervención de Estados Unidos y su afán reivindicatorio a ultranza, lo que dificulta un proceso serio de negociación. Por otra parte, es evidente que la CIA en los últimos años ha conformado un cuerpo de élite especial para cuidar la integridad física del Comandante en sus giras al exterior y evitar que sea objeto de un atentado. Esto se debe, según se dice, al interés del gobierno norteamericano por dejar que don Félix llegue al final de su días en forma natural, que muera en su cama sin haber resuelto el rompecabezas de Cuba, que lo dejaría mal parado ante la historia.

»Conocedor de esto, don Félix Cruz ha acelerado los trámites para consolidar la situación del país, y se siente un cambio, sobre todo por el gran apoyo que le ha dado la Unión Europea».

Juan Luis recogió con sumo cuidado las palabras del embajador de Costa Rica, quien sin advertirlo le había puesto el cascabel al gato y había favorecido que Juan Luis preparase su intervención de acuerdo al plan preconcebido para captar la simpatía de los embajadores más influyentes de Latinoamérica en torno al plan secreto de los presidentes Félix Cruz Ruiz y José María del Vall.

—Debemos de ser cuidadosos con la valoración de estos acontecimientos —dijo Juan Luis en tono serio—; el principal problema de Cuba es la reunificación, sobre todo por el interés revanchista que anima a la contraparte cubana que habita en su gran mayoría en la Florida. El Comandante sabe perfectamente bien que de no dejar resuelto este problema, no puede pensar en

la consolidación de la política y de la economía, por ello se han llevado a cabo varias reuniones en la ciudad de Bilbao, en España, con los principales dirigentes de la contra cubana para tratar de encontrar una solución.

»Debo decirles que se han llegado a algunos puntos de solución importantes, sobre todo por la desradicalización del grupo anticrucista, debido en parte a la muerte de su líder Sam Cánovas».

Al decir lo anterior, Juan Luis observó detenidamente a sus interlocutores, como queriendo penetrar en sus mentes y conocer su opinión sobre este punto que él consideraba clave.

—Esto me parece vital, embajador —intervino el representante de Venezuela con su acostumbrada franqueza; un hombre muy ligado a España, país al que conocía a la perfección, en donde incluso tenía familiares cercanos, dada la reciente migración de sus padres—; si España ha logrado, desde mi modesta percepción, dos grandes apoyos para Cuba, esto es, la consolidación en el proceso de inversiones y el desbloqueo económico, con el apoyo de la Unión Europea, y la negociación con los contrarrevolucionarios de Miami, podemos inferir que España será el principal factótum de unión de la nueva Cuba. Ahora solamente nos queda prevenir el impacto político, sobre todo por la gran presión de los países europeos y americanos para que Cuba democratice sus instituciones y sus procesos, lo cual no parece fácil si no hay voluntad política para lograrlo.

Los presentes asintieron y como un solo hombre, como si presintieran que algo importante se les iba a comunicar, voltearon expectantes con Juan Luis.

El embajador, con rostro grave y haciendo un ademán apenas perceptible, respondió:

—España está consciente del papel que está desempeñando en el caso de Cuba; nuestra misión es más que delicada, sobre todo por el antecedente americano de la guerra con España debido a los intereses en Cuba, Puerto Rico y algunas posesiones en el Pacífico, y aunque ya la situación es otra y el papel de estas posesiones geográficas ya no son vitales para Estados Unidos, debemos ser cuidadosos y manejarnos con la aceptación del Gobierno de Washington, especialmente con el objeto de evitar suspicacias. Afortunadamente, en el caso que nos ocupa, Washington ha dado su beneplácito para la reunión de Bilbao con los contras, y personalmente el presidente Armstrong le manifestó al presidente español José María del Vall su simpatía hacia la solución del problema de la reunificación del país y de la mediación de España.

—A nadie extrañe —dijo en tono de broma el embajador argentino—, que después de este proceso de unificación, que mucho se asemeja al caso de Irlanda, al del País Vasco o al de Cataluña, España vuelva a ser, para los cubanos, la madre patria. Esto lo digo con la mejor intención, sobre todo con el proyecto de globalización, quizá pueda ser ésta la solución al problema político.

Los embajadores festejaron la oportuna intervención de su colega argentino, y antes de que tuvieran tiempo de intervenir fueron sorprendidos por sus esposas quienes, en complicidad, habían decidido rescatarlos y llevarlos a bailar a la agradable terraza.

La reunión concluyó felizmente en las primeras horas de la madrugada y Juan Luis y su esposa despidieron amables al último de sus invitados.

La jornada, se dijo Juan Luis, había sido un éxito. Abrazó a su esposa y juntos se retiraron a sus aposentos.

La Embajada de España era propietaria de una hermosa villa ubicada en lo alto de un promontorio desde donde se gozaba de una espléndida vista del mar Caribe. La villa, de estilo mediterráneo, cubría sus techos con un rústico tejado de barro color rojo que contrastaba con los tonos turquesa del mar y los intensos verdes de un jardín exuberante, perfectamente cuidado, que su actual usuario, el embajador Juan Luis, había enriquecido con plantas exóticas y multicolores que había encargado de los diferentes países americanos; esta colección había sido incrementada con regalos de sus colegas embajadores quienes, enterados del *hobby* del buen amigo Juan Luis, se habían esmerado en obsequiar hermosos presentes de la mejor flora de sus países.

El jardín, orgullo del embajador, poseía poco más de tres mil metros cuadrados; la piscina, surtida por una cascada, era ambientada por los más bellos helechos y crotos tropicales; había una envidiable colección de cactáceas, hermosas buganvillas en tonos rojo intenso, amarillo y rojo pálido, aves del paraíso, rosales, claveles, olorosas gardenias, jazmines, violetas y mil flores más inundaban las tardes y noches de la casa.

La villa se encontraba en la parte alta del risueño pueblecillo de Cojimar, antiguo pueblo de pescadores situado al este de La Habana, a sólo quince minutos, por moderna carretera, del centro de la ciudad. Cojimar es un lugar tranquilo, poco visitado por los turistas, a no ser por aquellos que, subyugados por el paso del escritor estadounidense Ernest Hemingway por la isla, visitaban La Terraza, modesto restaurante de la época con una espléndida vista a la pequeñísima bahía, en donde Hemingway acostumbraba ir por las tardes a disfrutar los refrescantes mojitos, bebida a base de ron, limón, azúcar y yerbabuena, bebida de tradición de la isla después del daiquiri.

Quizá por la tranquilidad del lugar, a Juan Luis le resultaba de lo más cómodo organizar en su casa de mar tertulias y reuniones informales, en las cuales dejaba a un lado el riguroso protocolo diplomático y en su lugar se practicaba la más espontánea camaradería. Estas reuniones le habían valido al embajador una extraordinaria fama de anfitrión de excelencia y gracias a ellas se había ganado la confianza de su jefe, el ministro del Exterior.

Funcionarios cubanos de primer nivel conocían la casa de mar del embajador, y en reuniones a las que fueron invitados con hombres de empresa de España, al calor del ron caribeño, de la música alegre y con la compañía de las más hermosas mujeres de la isla, habían logrado extraordinarios apoyos en inversión hotelera, importaciones de básicos y apertura de industrias manufactureras con tecnología española de punta; por ello reconocían que el ambiente de la Villa Cojimar, como la conocían, era favorable para los intereses del país.

Juan Luis le había encomendado en secreto a la bella Damaris, su fiel asistente privada en la embajada, que preparase una reu-

nión en la cual pensaba ganar para la causa de España y Cuba la voluntad de algunos funcionarios de primer nivel, cuya opinión acerca del Comandante Félix Cruz podría ser fundamental en el caso de la decisión final para potenciar el acuerdo de unión con España.

El domingo siguiente a la recepción en la embajada, Juan Luis, pretextando el envío de la información a España en forma cifrada, se dirigió a su casa de mar, en donde lo esperaba Damaris, quien lo pondría al tanto de los pormenores de la reunión.

El auto Mercedes Benz del embajador se dirigió raudo a la villa agotando rápidamente los 17 kilómetros de distancia desde el puente de la Bahía. Sentado en la parte de atrás del vehículo y leyendo un ejemplar del periódico *El País*, edición dominical, el cual lo ponía al tanto de las noticias con España y Europa, Juan Luis sintió un vuelco en el corazón cuando vio anunciada la próxima visita a Cuba de su ministro del Exterior. «Estoy contrarreloj», se dijo a sí mismo y comenzó a recordar, con satisfacción interior, la reunión del sábado por la noche en la embajada; todo iba a pedir de boca.

La voz gutural y entrecortada de su fiel chofer lo sacó de su ensimismamiento cuando le repitió: «Señor, llegamos a la villa». Juan Luis dejó el periódico a un lado y procedió a bajar del auto.

El aire cálido del Caribe le inundó el rostro y el olor de gardenias le llenó el espíritu, pero la visión más perfecta la tuvo frente a sí cuando Damaris, a paso lento pero firme, llena de coquetería y provocación, innata en las mujeres de la isla, salía de la piscina y se dirigía a él. El generoso bikini dejaba entrever las magníficas formas de la mulata; su pequeño traje de dos piezas, de un estampado en flores con fondo amarillo, le ajustaba a la perfección y hacía

resaltar el color firme de su piel morena y la espectacularidad de su cuerpo, que parecía esculpido en ébano.

Juan Luis observó a la mujer de pies a cabeza; su cuerpo experimentó una sensación de perturbación y el deseo lo inundó a plenitud. No esperó y tomó a Damaris. En cuanto la tuvo junto a sí, la abrazó y la cubrió con un ardiente beso, pegó su cuerpo al cuerpo tibio y húmedo de ella, sintió los voluptuosos senos y sus piernas firmes que se entrelazaron con las de él haciéndolo vibrar aún más. Prolongó el abrazo con más besos hasta que sintió el pulso de su erección que buscaba anhelante penetrar la infinita profundidad de los muslos de la muchacha.

Damaris, comprendiendo lo impropio de la situación por el lugar en que se encontraban, a la vista de la servidumbre de la casa, se retiró con delicadeza de Juan Luis, sonriéndole y obsequiándole un «buenos días, mi amor, ¿cómo estuvo la reunión de anoche?».

Juan Luis comprendió la actitud de Damaris y se limitó a contestarle brevemente.

—Me fue de maravilla, linda, ya tendré tiempo de contarte los detalles; ahora requiero con urgencia conocer los pormenores del evento de la villa. ¿Cómo van los preparativos?

—Todo bien, tengo las anotaciones en la casa, vayamos para comentarlas, ¿te parece?

—Perfecto —dijo Juan Luis y acto seguido se dirigieron, cogidos de la mano, a la amplia terraza cubierta.

Sin ser ostentosa, en su interior, la villa dejaba sentir a sus moradores confort y buen gusto. Sus mullidos sillones de tres y dos piezas en color blanco contrastaban con el piso de baldosa de mármol rosa, producto de la isla. Preciosos tapetes de lana en

colores crudos se encontraban diseminados a lo ancho del salón, y plantas en macetas de barro y hermosos jarrones de cerámica española completaban la discreta decoración.

Damaris se dejó caer con estudiada coquetería en el sillón central y su diminuto bikini se ajustó aún más a sus formas, conformando con prodigalidad sus partes más íntimas. La respiración pausada de la muchacha inflamaba rítmicamente sus pesados senos, los cuales se mostraban generosos y vitales.

Juan Luis no pudo resistir más esa provocación y, sin mediar palabra alguna, la liberó del sostén causando que los hermosos senos brotasen libres y seguros. Después de besar los pezones con delicadeza y observar como la punta de los mismos se erguía, con la diestra fue despojando poco a poco el diminuto bañador hasta que este cayó al suelo; Damaris, con un movimiento discreto de piernas, actuando con cierto pudor, hizo a un lado el bañador y se cubrió el pubis con una mano.

El cuerpo sensual de la mulata se mostró en todo su esplendor; la cintura breve hacía resaltar los pechos firmes y llenos; el pubis poblado, pero cuidadosamente depilado, le daba forma a la parte más sensual de la joven. Juan Luis volvió a experimentar la sensación de turbación y deseo pero Damaris no le dejó actuar impulsivamente, sino que tomó la iniciativa, y con movimientos lentos lo fue despojando de la ropa hasta que quedó totalmente desnudo.

Luego lo atrajo hacia sí y se fundieron en un abrazo cálido y voluptuoso.

Con sus labios gruesos y húmedos cubrió de besos las partes más sensibles de Juan Luis, quien se dejaba hacer, disfrutando a plenitud las caricias de la chica casi hasta el éxtasis.

Con maestría, Damaris le proporcionó en esos momentos los más intensos placeres, nunca antes experimentados, que aún con el paso de los años, lo hicieron revivir los mejores momentos de su vida.

Esa mañana Juan Luis durmió profundamente junto al cuerpo desnudo y cálido de la mulata.

Las campanadas rítmicas del reloj de pared despertaron al embajador, el cual, todavía embriagado por las dulces caricias de Damaris, disfrutaba a plenitud esos momentos que cada vez se hacían más escasos por las ocupaciones y tensiones propias de su cargo.

Se levantó del mullido sofá y se vistió con una larga camisa color rojo, de algodón, la cual le cubría las partes íntimas. Se ajustó los calzoncillos y fue a la cocina, en donde encontró a Damaris preparándole unos bocadillos para saciar su hambre.

Se sirvió una buena dosis de ginebra inglesa con agua Perrier francesa, con la acostumbrada cáscara de limón y hielo, y disfrutó del frescor de la bebida. Comió apuradamente unos trozos de cerdo guisado con arroz, platillo imprescindible del lugar, y finalmente se sentó a la mesa de la cocina atrayendo para sí la botella de ginebra.

Entonces pidió a Damaris que se sentase junto a él y le diera los pormenores de la reunión del próximo viernes.

Damaris le mostró la hoja de papel color rosa delicadamente perfumada, con figuras de delicadas flores en la esquina superior derecha, y en la cual se podía leer con claridad una lista detallada del evento.

Reunión en la Villa Cojimar

Fecha:	Viernes 23 de octubre
Hora:	18.00 horas
Invitados:	Ministro del Exterior, ministro de Comercio Exterior, presidente de la Asamblea Nacional Popular, historiador de La Habana, presidente de la Asamblea Popular de La Habana.
Comida:	Platillos regionales: arroz, frijol, viandas, ensalada, camarón, langosta, pescado, carne de cerdo, carne de pollo. Platillos españoles: mariscada con arroz, jamones pata negra y de Jabugo, quesos manchegos y castellanos; cocido madrileño, bacalao a la vizcaína, salmón, tortilla de huevo con tocino, y lomo español; aceitunas y ensaladas aderezadas con aceite de oliva.
Vinos:	Tintos, blancos y rosados.
Bebidas:	Cervezas cubanas, mexicanas y europeas. Ron, ginebra, vodka, whisky, coñac y champán.
Postres:	Helados, frutas de la estación, frutas en conserva, pastelillos y <i>cake</i> cubano, queso con ate de guayaba.
Música:	Quinteto de la sinfónica de Cuba. Grupo local de música popular cubana.

Sugerencias: Se tiene pensado organizar, para las damas que asistan, una exhibición de modas, café antes de la cena con un aperitivo y, de ser necesario, prolongar la reunión de damas con un baño en la piscina.

La cena se servirá a las veintiún horas para que los hombres se relajen en el ambiente de la villa y discurren en privado en el salón interior acerca de los temas que les son propios, sin el temor de ser interrumpidos.

Observación: las invitaciones ya circulan y, con la única ausencia del titular del Ministerio de Guerra que estará fuera del país, todos los invitados han confirmado su asistencia.

Espero instrucciones.

Juan Luis leyó detenidamente las anotaciones de Damaris y, visiblemente impresionado y satisfecho, le tomó una mano y se la besó con dulzura diciéndole: «Qué más te puedo pedir, has pensado hasta en el más mínimo detalle.

»Aprestémonos a preparar la reunión, que para ello tenéis toda mi autoridad y apoyo».

Damaris sonrió coqueta y a su vez correspondió con un guiño de ojo y un ademán de gratitud y, juguetona, se sentó en las piernas de Juan Luis.

Permanecieron todavía un par de horas en la villa, comiendo, bebiendo y comentando detalles de la reunión hasta que finalmente Juan Luis, con un beso cariñoso, se despidió de Damaris y se dispuso a regresar a la ciudad.

CAPÍTULO VII LOS PREPARATIVOS

La semana inició con lentitud para Juan Luis; los asuntos de la embajada, salvo la visita del ministro del Exterior, eran los propios de la temporada, sin mayores sobresaltos. La rutina normal de la oficina le permitía atender los menesteres más urgentes, así que el martes a primera hora, de acuerdo al cambio de horario, calculando las siete horas de diferencia con su país, procedió a llamar a su jefe, el ministro del Exterior.

Llamó por el intercomunicador a Jesús, quien de inmediato se presentó al despacho.

—¿Cómo está esta mañana, señor embajador?

—Bien, Jesús, de lo mejor, como se dice aquí, y con la expectativa del inminente viaje del ministro.

—¿Ha leído la prensa, señor?

—Sí, Jesús, incluso analicé las anotaciones que vos me habéis hecho.

—¿A cuál se refiere?

—Bueno, me llamó la atención la solicitud hecha al juez de hierro en España, Baltazar García, por un grupo de contrarrevolucionarios cubanos que viven en Miami, quienes pretenden que se juzgue al Comandante Cruz Ruiz por tortura, vejaciones y genocidio.

—Sí, señor, pero el juez ya desechó la petición.³

—Así es, pero ellos van a seguir insistiendo en buscar un paralelismo entre Pinochet y el Comandante. Recuerda que son los planes para desprestigiar a don Félix, así que hay que estar muy atentos al desarrollo de esta cuestión. Te voy a pedir que solicites vía correo diplomático mayor información, sobre todo del escrito de demanda. Me interesa conocer los argumentos, a lo mejor podemos obtener algún apoyo si le pedimos al embajador de Argentina, especialista en el tema, que estudie el documento; debiste haberlo escuchado, en la reunión del sábado en la embajada, sosteniendo una impecable tesis a favor del Comandante, con la cual estoy de acuerdo.

—Así lo haré, señor. ¿Se le ofrece algo más?

—Sí, Jesús, comunícate al Ministerio del Exterior en Madrid y pregunta si se encuentra el señor ministro; de ser así, pide que me comuniquen con él y me pasas la llamada antes de que él conteste.

—En el acto, señor embajador, con su permiso.

3 Esa mañana, en los principales diarios españoles se había difundido la noticia con el siguiente encabezado: «Apelarán exiliados cubanos rechazo a su demanda de investigar a Cruz», y la nota resumida se concreta a: «Un grupo de exiliados cubanos dijo hoy, en Madrid, que apelará una decisión de un juez español que rehusó abrir una investigación en torno a las acusaciones de genocidio, terrorismo y tortura presentadas contra el presidente cubano Félix Cruz. » «Apelamos la decisión dentro de los tres días que permiten los estatutos», dijo el abogado Javier Barriguete que representa a la Fundación de los Derechos Humanos en Cuba. » «La petición cubana fue inspirada por las investigaciones de la Audiencia Nacional sobre violaciones a los derechos humanos en Chile y Argentina, que sirvieron de base a una solicitud de extradición contra el ex dictador chileno Augusto Pinochet».

Juan Luis se quedó meditando sobre la insistencia de los contras y la necesidad de eliminar el paralelismo con Pinochet. Esto impedía negociar el referéndum que se estaba gestando y la posibilidad de que éste se concediese a los cubanos residentes en Estados Unidos de América y en todo el mundo, requisito que en forma velada había establecido el Gobierno de Washington para aprobar la incorporación vía el procedimiento de las comunidades autónomas que prescribe la Constitución española. Finalmente, pensó Juan Luis, es el mismo procedimiento que utilizó Estados Unidos con Puerto Rico.

Una vez concluida la guerra con España, Estados Unidos buscó la manera de anexionar los territorios estratégicos de Puerto Rico y Cuba. En Puerto Rico encontró propicio el camino para anexionar el territorio vía referéndum, mediante el cual el pueblo solicitó al gobierno estadounidense ser parte de ese país como Estado libre asociado.

Al pensar en Estados Unidos de América, Juan Luis, como buen español, rememoró las vicisitudes que España confrontó en la guerra con ese país; no dejó de pensar en lo inescrupuloso que se había comportado Washington con tal de incidir en la guerra de Independencia de Cuba. No había duda de que Estados Unidos quería a las potencias europeas fuera de América; ya lo habían manifestado en el conflicto de Centroamérica en el siglo XIX, y lo del hundimiento del Maine, aún no resuelto, fue el pretexto para una intervención armada.

Además, la doctrina Monroe, «América para los americanos», no era más que un pretexto para mantener la hegemonía sobre la zona. En realidad, la doctrina podría entenderse como «América para los norteamericanos».

Ya lo había dicho el embajador mexicano en una de sus reuniones, Estados Unidos había utilizado el mismo pretexto del Maine, en México, para obligar al presidente mexicano a declarar la guerra a los países del Eje. Estaba claro que el hundimiento de los barcos petroleros, «Faja de Oro» y «Potrero del Llano», en las mismas costas mexicanas del Golfo de México, no fue consecuencia del ataque de un submarino alemán, porque México y muchos países de Latinoamérica eran germanófilos, lo que invalida ese hecho y hace sospechoso a Estados Unidos de América de tal procedimiento.

«En fin, tantas irregularidades que se cometen al amparo de la libertad y de la democracia».

En esas disquisiciones se encontraba el embajador cuando sonó insistentemente el intercomunicador; Juan Luis descolgó el auricular y escuchó a Jesús decir: «Señor, el ministro del Exterior de España».

—Hola, buenas tardes allá... sí, habla el embajador... espero, señorita, gracias.

»Señor ministro, buenas tardes».

—Buenas tardes, Juan Luis —contestó el ministro—. ¿Cómo estáis?

—Bien, señor ministro —dijo, complacido por la familiaridad del saludo. Perdona lo indisputado del horario, pero usted sabe, ministro, son siete horas...

—No importa, Juan Luis, ya sabes que estoy a vuestra disposición, ¿hay alguna novedad?

—Sí, ministro, el sábado por la noche hubo una reunión especial en la Embajada de España y asistieron los embajadores latinoamericanos, con quienes tuve oportunidad de conversar sobre el

tema que nos preocupa y en verdad, señor ministro, encontré una absoluta disposición y acuerdo unánime al respecto del liderazgo que ha tomado España en las reuniones de Bilbao, con los contras.

»Este viernes, ministro, organizo en la Villa Cojimar la reunión con funcionarios de primer nivel de Cuba para sensibilizar el apoyo de ellos en torno a la decisión que tenga que provenir del Comandante Cruz Ruiz».

—Magnífico, Juan Luis —contestó el ministro—, no olvidéis manejarlo como una simple posibilidad, no des nada por hecho, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, ministro. ¿Alguna instrucción?

—Por el momento no. Infórmame inmediatamente el resultado. El sábado estaré en Bruselas en una reunión de ministros europeos; ya te llamarán para que sepas a dónde podéis llamarme. Hasta entonces, Juan Luis, suerte de la buena.

—Adiós, señor ministro, gracias.

«Bueno», pensó Juan Luis, «ahora a atar cabos y preparar la reunión».

Pensó en Jesús; no era saludable marginarlo de esa reunión, porque conocía del celo profesional de su fiel secretario hacia Damaris, lo cual se podría convertir en un problema interno sin necesidad, así que se dispuso a llamarlo.

—Jesús —le dijo cuando lo tuvo frente a sí—, acaba de enterarme el ministro del Exterior su preocupación por la reunión del viernes en Villa Cojimar, así que te voy a encargar que cuides los detalles finos de la reunión, como las invitaciones personales, el protocolo, la recepción, etcétera. Por su parte, Damaris se encargará del manejo interno, comida, música, vinos, y demás, así que espero que como siempre os ayudéis mutuamente.

—Así se hará —dijo satisfecho Jesús a sabiendas de que él manejaría lo más importante de la reunión, y sobre todo aseguraba su presencia; no podía quedar al margen, ya que, pensaba, algo grande se estaba gestando.

A la víspera de la reunión, el embajador pidió a Jesús y a Damaris que se presentasen en la oficina de la embajada para enterarse en detalle de los preparativos y afinar aquellos aspectos que merecieran su intervención.

Llegó puntual a la sala de la embajada y pidió que no se le interrumpiera, salvo alguna llamada de importancia.

Se apoltronó en su sillón de cuero negro, se caló las gafas, encendió su aromático habano, y con su imprescindible ginebra inglesa procedió a iniciar la reunión.

—¿Qué me informáis, Jesús, de la comisión que te fue asignada?

—En lo que a mí respecta —contestó circunspecto Jesús—, tengo confirmada la asistencia de los siguientes funcionarios: el ministro del Exterior, el presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular, el presidente de la Asamblea Popular de la ciudad de La Habana, el historiador de la ciudad, el ministro de Comercio Exterior y el director de Relaciones Internacionales, quien siempre acompaña al ministro del Exterior. Y lamentamos la inasistencia del ministro de Guerra, quien salió al extranjero a una misión oficial.

—¿Habéis utilizado el pretexto de mi cumpleaños? —interrogó el embajador.

—Desde luego, señor, incluso a algunos ministros se les hizo referencia de que se había preparado esta reunión exclusiva para

ellos, ya que la que se organizó al cuerpo consular, como ellos bien saben, por razón de protocolo se hizo en la embajada, lo cual satisfizo la inquietud de algunos.

—Por tu parte, Damaris, ¿tenéis alguna novedad?

—Ninguna, señor embajador. Los pormenores de la reunión están cuidados al detalle. Por mi parte, me encargaré de la atención de las señoras acompañantes, a quienes se les obsequiará con un desfile de modas por parte de un grupo de modelos de La Maison, con ropa de diseñadores de Cuba, México, España e Italia, seleccionada en la pasada Expo Cuba 98. También, por recomendación vuestra, he seleccionado una bella prenda para obsequiar a cada una de las señoras.

»En la sesión desfile se servirá champán y vinos de mesa fríos, pastelería y bocadillos. Tengo dispuesto, si alguien quisiera, el llevar a cabo una incursión a la piscina, lo cual nos daría tiempo para estar a las nueve de la noche en el gran salón para la cena.

»La música y la comida ya están dispuestas, así que sólo me resta estar al cuidado de los pormenores».

—¿Quién estará en la recepción, Jesús?

—He dispuesto, embajador, que un par de guardias de confianza de la embajada hagan las veces de *hosts* —dijo ampuloso Jesús—, y dos de nuestras jóvenes secretarías acompañarán desde la entrada a los invitados; una vez cumplido este cometido, ellas se retirarán, y se quedarán en la entrada de la casa únicamente los guardias.

—Todo me parece bien planeado, Jesús; por mi parte, yo asistiré solo, ya que mi esposa no se ha podido recuperar de la desvelada de la fiesta de la embajada, además a ella no le gustan este tipo de reuniones, que le parecen díscolas, así que os pediré que me ayudéis a atender a mis invitados.

»Los hombres nos quedaremos en la estancia principal y espere-
raremos discretamente a que todos estemos reunidos para la cena.
Que los meseros, a discreción, estén atentos a servir las bebidas y
los bocadillos. Disponed de asientos suficientes para estar cómodamente
sentados y la música ambiental que esté en los jardines para que no nos
moleste al interior, ya que deseo privilegiar la conversación».

Al decir lo anterior, Juan Luis se puso de pie y dio por sentado
que la reunión había terminado. Acompañó a Jesús y a Damaris a
la salida y con un «hasta mañana», se despidió.

Ese viernes Juan Luis decidió pasar el resto del día en la villa, por
lo que a la una de la tarde se dirigió al pueblecillo de Cojimar.
Preocupado por el estado del tiempo, observó al horizonte desde
la espléndida vista de la carretera que comunica las hermosas
playas del este de La Habana, desde donde se aprecian las mag-
níficas instalaciones de la Villa Panamericana. El mar, conocido
como el del Caribe aunque corresponde al Atlántico, acentuaba
sus colores turquesa con los rayos intensos del sol de octubre. A
lo lejos se veían pasar, fuera del límite territorial marítimo, los
buques mercantes y petroleros que se dirigían a las playas de la
Florida.

En algún lugar del Caribe, frente a las costas de Honduras
y México, el huracán Mitch cobraba cuota de daños materiales
cuantiosos y pérdidas de vidas humanas, pero en la isla, al menos
en su parte más al este, el clima era perfecto, salvo el asfixiante
calor, que esa tarde era de más de 32 grados.

El embajador no dejó de asombrarse cuando contempló el
paisaje de esa parte de la isla en la que el mar envuelve a la tierra

con sus tonos azules que contrastan con el verde intenso de las lla-
nuras, con el follaje de los tupidos árboles, muchos de ellos llenos
de flores; pequeñas bahías estratégicamente ubicadas hacían las
delicias de miles de vacacionistas, principalmente europeos, que se
dejaban ver con mujeres mulatas o negras, más de su predilección,
quienes compartían gustosas sus vacaciones en espera de ser bien
recompensadas, y por qué no, de poder comenzar una relación que
las llevase al matrimonio.

Aunque no era lo normal —observó Juan Luis—, algunos
turistas preferían la compañía masculina de jóvenes cubanos, de
cuerpos atléticos, dispuestos a cumplir el más mínimo capricho de
sus amigos de ocasión.

También se exhibían, sin recato alguno, turistas mujeres entra-
das en años con jovencitos mucho menores que ellas. Finalmente
entendió Juan Luis lo que su cocinera, una bondadosa negra en-
trada en años, le decía con lamentos: «Lo que pasa, señor, en este
país, es que nos ha llegado una epidemia, que es la “titimanía”»,
refiriéndose a la debilidad por buscar jovencitos o jovencitas, y no
necesariamente como un mal endémico del turismo, ya que en la
isla no se veía mal una relación de esa naturaleza.

«Sin embargo —meditó Juan Luis—, el turismo siempre
afecta nuestras costumbres, tradiciones y sistema de vida; ¿acaso
España no sufrió los embates del turismo de «onda», como lo lla-
maban los jóvenes, más liberal, proclive a las drogas y al sexo en la
época de la apertura de España? Toda una generación de jóvenes,
los que con Franco no podían ni siquiera expresar sus más usuales
inclinaciones o ideas, de pronto tienen toda la oportunidad del
mundo de manifestarse, y claro, no pudieron manejar su libertad,
lo que finalmente acabó por corromperlos y lanzarlos a la prosti-

tución, las drogas, el sexo irresponsable, la descomposición total; el caos para esas generaciones emergentes.

»La isla está pagando su precio; el régimen necesita el turismo como una forma desesperada de captar divisas y soportar el bloqueo inhumano y caprichoso de Estados Unidos de América. A cambio, una parte importante de su población joven se está perdiendo, la que no siente la revolución ni comprende el esfuerzo denodado de su líder, idolatrado por miles y miles de jóvenes de otras latitudes, pero curiosamente en su propia tierra esos jóvenes ya han conocido la forma de vida del occidente capitalista y anhelan los satisfactores que los identifiquen con su generación. Curiosamente, el ideal de las “chiquitas” es vestir *jeans*, usar zapatos deportivos marca Nike o Adidas, que a precios de la isla cuestan de sesenta a ochenta dólares un par, lo que equivale al salario de cinco meses de un obrero calificado, por ello las frustraciones de miles de jovencitas que no han podido adquirir esos satisfactores. Y esto solamente es un ejemplo de los muchos que observan los jóvenes, del turismo».

Juan Luis miró a ambos lados de la carretera y vio con sorpresa anuncios espectaculares de productos de importación, cervezas y artículos para el hogar de marcas extranjeras, al más puro estilo del mundo capitalista, y se asombró de lo mucho que había cambiado la isla en los últimos cuatro años.

Finalmente, el auto del embajador enfiló por una pequeña carretera que comunica al pueblo de Cojimar, entraron en la población y tomaron una calle que los llevó directamente a la villa, que se encontraba en una loma y era la única edificación del lugar. La gente al principio creyó que era una de las casas de Roque, hermano del Comandante y jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Tiempo tardó en convencerse la gente del pueblo de que estaba en un error, quizá porque Roque era un invitado constante de Villa Cojimar, quien era considerado, por su amistad con Juan Luis, huésped de honor.

El trayecto de la embajada a la villa no había consumido más de treinta minutos; sin embargo, a Juan Luis le había parecido una eternidad, quizá por su temperamento inquieto y por el deseo de salir bien librado del compromiso que su país había puesto en su capacidad de hombre profesional de la diplomacia para lograr el apoyo moral de sus ilustres invitados, quienes en mayor o menor grado ejercían discreta influencia en el Comandante Félix Cruz.

Bajó del auto y con pasos rápidos se dirigió a la casona para quedar gratamente complacido por lo bien dispuesto de las mesas y los arreglos de viandas, frutas, copas y botellas que solamente esperaban la llegada de los invitados.

Juan Luis respiró tranquilo y subió a su habitación a ducharse, quería dormir un poco para estar fresco y descansado para la reunión de la tarde.

Todo presagiaba buenos augurios para la reunión más importante de su carrera diplomática; toda su astucia, conocimientos y sensibilidad serían sometidos a prueba con los funcionarios más importantes del régimen, algunos de ellos, mencionados como los posibles sucesores del Comandante Félix.

CAPÍTULO VIII EL ATENTADO

La decisión del presidente del Consejo de Estado Cubano, Félix Cruz Ruiz, acerca de su próxima e inminente visita oficial a la República Dominicana causó una tremenda conmoción en los diversos medios nacionales e internacionales. En Cuba se sentía el ambiente cargado, presagiando que la Dominicana, territorio abierto para los Estados Unidos de América, era el lugar adecuado para realizar, por parte de los contras, un atentado en la persona de Félix Cruz; sobre todo, debido a la ausencia, por un largo periodo, de relaciones entre los dos países, lo que hacía imposible medir el grado de simpatía del pueblo dominicano hacia el Comandante. Esta situación que impedía calcular los riesgos, en especial por la conducta impulsiva de éste, quien, motivado por circunstancias del momento, rompía las normas de seguridad y protocolo con tal de agradar a las multitudes, que en otros países lo vitoreaban.

Esos actos, considerados por la prensa internacional como suicidas por lo expuesto de los mismos, eran tomados por los cubanos y por el propio Félix como una conducta valiente y necesaria, requerida para congraciarse con los jóvenes de todo el mundo que lo aclamaban a su paso por cada país.

Todavía estaba fresca en la memoria del jefe de seguridad de Félix y, para su desgracia, en los anales de información de los contras, cuya sede de inteligencia se situaba en un viejo edificio de cuatro pisos del centro histórico de Miami, la Segunda Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno celebrada en la ciudad de Guadalajara, en México, cuando después del acto inaugural, en el hermosísimo edificio colonial denominado Centro Cultural Cabañas —que posee una de las pinturas murales más bellas del mundo, de la autoría del ilustre José Clemente Orozco—, Félix se paró frente al pórtico neoclásico del edificio acompañado por la en ese entonces presidenta de Nicaragua, Violeta Chamorro, y saludando a las decenas de miles de jóvenes que lo vitoreaban y hacían una valla que se iniciaba en el pórtico y concluía ochocientos metros más adelante, en el no menos hermoso Teatro Degollado, no resistió la tentación de meterse entre los jóvenes que lo aclamaban y gritaban vivas a la revolución cubana. Acto seguido, rompiendo el protocolo que exigía se trasladara al autobús que los llevaría con absoluta seguridad al teatro, tomó del brazo a Violeta Chamorro y diciendo, «vamos Violeta, no podemos defraudar a nuestros jóvenes», inició el recorrido a pie, obligando a que los demás jefes de Estado siguieran el mismo recorrido con el consabido disgusto y preocupación del jefe de Estado mayor presidencial de México, encargado de la seguridad.

Esa conducta de Félix, invariablemente mantenida en sus giras internacionales, era de sobra conocida por la central de inteligencia de los Estados Unidos y por el cuartel de inteligencia de los contras, en otro tiempo unidos por un hilo fino que los hacía sentirse como una sola institución. Había sido la CIA la operadora del plan de invasión a Bahía de Cochinos y los contras

cubanos habían reclutado y entrenado a su gente para tal propósito, así que la operación había sido provista de todo tipo de apoyos y de pertrechos para lograr recuperar la isla y propiciar la caída del régimen de Félix. Sin embargo, la visita a la República Dominicana revestía singularidades importantes a considerar. En primer término, la inteligencia militar cubana no tenía información del grado de simpatía o antipatía que generaría la visita del Comandante.

Después, no tenía forma de infiltrar oportunamente a su gente para cubrir los diferentes recorridos y considerar las alternativas, por la conducta impulsiva de Félix.

En virtud de la ausencia de relaciones con la isla caribeña dominicana, el servicio de inteligencia cubano no podía saber a ciencia cierta quiénes viajarían a la isla, previa la llegada del Comandante, a fin de corroborar con su amplio archivo de inteligencia militar si los viajeros eran miembros o simpatizantes de los contras de Miami, y poder vigilarlos de cerca.

Además, estaba todavía abierta la herida y el rencor latente en los contras por el derribamiento de dos aviones particulares, y la muerte de cuatro cubano-estadounidenses, que penetraron en territorio aéreo cubano con el propósito de soltar sobre La Habana propaganda subversiva al régimen, por lo que se temía un posible atentado en Dominicana para vengar la afrenta.

Aquella mañana de abril amaneció fresco y despejado en Miami. Del cuartel general de los contras salió un automóvil Lincoln negro con cristales ahumados conducido a gran velocidad, el cual, después de hacer algunas maniobras para evadir el tráfico de la mañana, que ya comenzaba a causar problemas en las angostas

calles del centro de Miami, tomó el rumbo de la autopista que conduce al aeropuerto internacional.

En el auto viajaban cuatro cubanos de edad media a quienes fácilmente se les podía ubicar como ex combatientes de élite de la operación Tormenta del Desierto, que tan bien aprovechaban los contras para enrolar y preparar a sus jóvenes con el propósito de tener siempre a punto un grupo numeroso de combatientes «para cuando se necesite recuperar nuestra querida Cuba», como rezaba su eslogan, que se repetía en todas sus reuniones.

La misión de ese grupo había sido confiada a Arturo, recio ex integrante de los cuerpos de élite de las fuerzas armadas de los Estados Unidos de América, quien se había distinguido en la operación Tormenta del Desierto por su valiente participación en la toma de Kuwait. A él, junto con otros cinco compañeros que comandaba, les había tocado la difícil tarea de recuperar, sin que sufriese daño alguno, la principal refinería kuwaití en manos de las fuerzas de Sadam Husein. Vestidos con ropa camuflada, pintado el rostro de betún y provistos con rifles automáticos con miras láser y con aparatos especiales de rayos infrarrojos para ver en la oscuridad, habían logrado, en un ataque sorpresa, matar a veinticinco guardias iraquíes y desactivar las cargas de explosivos, por lo que al llamar al grueso de las fuerzas de apoyo, estas no tuvieron el menor problema para entrar en la refinería y lograr la rendición del resto de los soldados que la custodiaban.

En toda la operación, solamente se sufrió el rompimiento de un cristal de grandes dimensiones, situado en el lujoso salón de visitantes, desde donde se podía dominar el proceso de refinado del preciado líquido, que se debió a un accidente, ya que un inexperienced *marine*, al entrar a la sala, vio reflejada su imagen

en el vidrio y creyó ver al enemigo, por lo que disparó causando la rotura del cristal y un tremendo estrépito, y posteriormente la burla de sus compañeros.

Por esa acción de guerra Arturo se ganó la Cruz al Mérito Militar y un ascenso de grado, lo que le permitió, una vez retirado del cuerpo de *marines* con una importante pensión, enrolarse como instructor en los cuerpos de élite de los contras.

Arturo era natural de la provincia de Matanzas, ubicada al occidente de la isla de Cuba; había pasado su juventud en La Habana, en donde durante seis años estudió en el exclusivo colegio Mártires de Barbados, ubicado en la población de El Cotorro, hermoso pueblecillo ubicado a treinta kilómetros al este de La Habana y considerado como uno de los mejores centros de iniciación deportiva escolar, a donde había llegado merced a una beca por sus aptitudes deportivas en los cien y doscientos metros planos y por su facilidad y destreza en tiro con arco, deporte que practicaba desde pequeño en su natal Matanzas.

Arturo era de piel muy blanca, atlético, de ojos cafés y pelo castaño oscuro, lo que denotaba su ascendencia española. Hijo de padre aragonés y madre cubana, Arturo, a quien no le tocó vivir la aventura de la revolución, ya que todavía no había nacido cuando ésta se produjo, creció sin emoción alguna por el nuevo régimen cubano. Cuando se enteró vía telefónica de la decisión de sus padres de trasladarse a Maimi en El Mariel, en 1980, y que él no podría acompañarlos, pues se encontraba en Rusia en una competencia deportiva y en un curso de capacitación de ingeniería electrónica —profesión que concluiría luego en la Universidad de La Habana—, no sólo los apoyó sino que les aseguró que pronto se uniría a ellos.

Todavía viviría otros dos años en ciudad de La Habana hasta que por fin, en una competencia de tiro al blanco de precisión celebrada en la ciudad de San Juan, en Puerto Rico, él, el más significado de los competidores internacionales, abandonó sigilosamente la delegación y pidió asilo al gobierno estadounidense; de allí fue trasladado a Miami, donde se reunió con sus padres.

La vida de Arturo en Estados Unidos fue relativamente cómoda. Ingresó por su propia voluntad en el cuerpo de los *marines* de Estados Unidos, habiéndose graduado con honores cuando contaba con veinticinco años de edad. Siguió estudios de ingeniero y de tácticas de guerrilla y, finalmente, ingresó al cuerpo de tropas de asalto estratégico, que era considerada la élite entre las fuerzas armadas de Estados Unidos. Hizo trabajos de espionaje en el Medio Oriente como agregado militar en Israel, y fue llamado a integrarse a los cuerpos de asalto en la operación Tormenta del Desierto.

Identificado plenamente con los contras cubanos, compartía con ellos el odio hacia el Comandante Félix Cruz y hacia el régimen comunista, en virtud —y eso nadie lo sabía— de que la novia de su juventud, Mislady, una agraciada habanera de diecisiete años, de piel rosada, hermoso cuerpo y ojos almendrados, a quien él adoraba y quien se había convertido en su única compañía, lo abandonó, después de la salida de sus padres, porque él no pudo brindarle los satisfactores que ella requería. Todavía recordaba con gran tristeza cuando ella le pidió trescientos pesos cubanos para comprarse una *pitusa*⁴ de mezclilla y él no se los pudo proporcionar, por lo que lo abandonó. Después se enteró de que se había fugado con un turista italiano con quien compartió quince días de vacaciones para lograr

4 Pitusa, nombre que se le da a un pantalón de mujer en Cuba.

sus juveniles propósitos; después, siguió utilizando el mismo medio para hacerse de prendas de vestir, cosméticos, perfumes y zapatos finos, cayendo finalmente en la prostitución disfrazada y convirtiéndose en una hábil *jinetera*.⁵ Cuando él la vio, después de un año de su separación, Mislady se había transformado en una mujer calculadora, fría, insensible y con el alma destrozada; ella rehuyó el encuentro y, dándole la espalda, continuó a la espera de un turista que la invitara a subirse al auto.

Este episodio de su juventud dejó marcado a Arturo para siempre; nunca olvidó a Mislady, como no desconocía que las chicas de su época poco a poco sucumbían ante la tentación de la apertura del turismo; con el oropel con que llegaban los turistas, hacían fácil presa a las jovencitas cubanas.

Finalmente, Arturo tuvo la oportunidad de salir del país y, recién llegó a Miami, buscó a los suyos y fue un propagandista convencido de la política de resentimiento que se cultivaba sistemáticamente en la comunidad cubano-americana, de donde se nutría la organización con los elementos más capaces, atrevidos y resentidos.

Arturo pronto dio de qué hablar en la comunidad; su juventud, arrojo y figura atlética lo hicieron sobresalir hasta que finalmente fue llamado a la organización, en donde fue aceptado como iniciado; su ingreso, bien lo recordaba Arturo, fue muy parecido al que hacen las logias masónicas en Estados Unidos, o el Ku Klux Klan. El caso es que, con los ojos vendados, lo trasladaron en auto a un lugar a unos treinta minutos de Miami y lo hicieron repetir, con la Biblia en la mano, en una impresionante sala de sesiones

5 Jinetera, mujer que se dedica a la prostitución no organizada.

con sillones fijos en redondel y un gran espacio central en desnivel de dos metros de altura a manera de escenario, palabras sacramentales de lealtad, discreción, amor a la libertad y a la democracia, y un «muera el comunismo y Cruz Ruiz», que se decía a gritos y con el brazo derecho levantado y el puño cerrado, el cual, después del juramento, se apretaba en el pecho, a la altura del corazón.

Muchas veces fue Arturo al cuartel general de la organización, al que tenía acceso con su clave personal y gafete de identificación con fotografía; ahí recibió adoctrinamiento avanzado. Arturo nunca supo que fue la organización quien lo orilló a tomar la decisión de ingresar a los *marines* de los Estados Unidos y después al cuerpo de élite y las tropas de asalto estratégico, que desde luego serviría de manera particular a los intereses de la organización.

A su regreso de Irak y durante un periodo de vacaciones, Arturo fue condecorado en la organización y motivo de una fiesta en la comunidad cubana; fue ese día en que el jefe Max le llamó en privado y lo invitó a ser parte del comando estratégico, con carácter de subcoordinador y con un nada despreciable sueldo de diez mil dólares mensuales, lo cual llenó de satisfacción a Arturo, quien aceptó de inmediato.

La misión de la Dominicana, llamada «Domingo Rojo» por la organización, iba a poner a prueba su temple, decisión y habilidades, por lo que había decidido triunfar a cualquier costo; había seleccionado a tres jóvenes elementos para cubrir posibles cambios de itinerario de Félix, el objetivo de la misión, aunque él quería ser quien diera punto final a la vida del dictador, como le llamaba la comunidad cubano-estadounidense.

La tarde anterior, en una inusual reunión en el cuartel general de la organización, Arturo y sus hombres fueron recibidos personal-

mente por el jefe Max y tres de sus más destacados colaboradores, quienes les presentaron el plan de aniquilamiento del Comandante.

Disponía la organización de los itinerarios detallados y de los actos que se llevarían a cabo en Santo Domingo durante la estancia de Félix; se había decidido dar el golpe la tarde del miércoles, segundo día de la visita, en un acto con jóvenes dominicanos que se reunirían en el parque central, espacio abierto que permitiría libertad de acción.

La organización había seleccionado tres lugares para realizar el atentado; uno era la habitación de un hotel, contratada desde hacía una semana, a nombre de una pareja de supuestos turistas españoles quienes abandonarían la isla un día antes, pero el hotel quedaría a disposición de la organización. Dichos turistas eran miembros de la organización, quienes viajaban con nombres falsos y con quien no había el menor contacto para evitar riesgos; la llave del hotel se depositaría en el guardaequipajes del aeropuerto de Dominicana, en donde la recogería Arturo; para ello se le entregó la llave del *locker*, la cual debía de cuidar celosamente.

El otro lugar era el hueco de un anuncio luminoso de gran dimensión, colocado al extremo de la plaza, en cuyo interior había perfectamente un hombre corpulento; allí habría dispuesto un rifle de precisión con silenciador, mira telescópica y rayos láser; comida, agua suficiente y hasta un *riñón*,⁶ para evitar que por una necesidad fisiológica, la persona delatase su presencia.

El tercer sitio escogido por la organización era un frondoso árbol laurel de la India, de 250 años de antigüedad, que se erguía orgulloso a un costado de la plaza y que estaba siendo cuidadosa-

6 Riñón, botella de plástico que se usa en los hospitales para guardar la orina.

mente podado; para esto, amigos de la organización habían colocado, en un lugar no visible, un tablón, desde donde se podía ocultar cómodamente un hombre, el cual sería provisto de los mismos elementos que el anterior.

Arturo repasó el plan una y otra vez y decidió que su llegada a la Dominicana debería hacerse por vías alternas y no directamente de Miami, por lo que esa mañana el auto los conduciría a una casa ubicada a tres millas del aeropuerto, en donde les entregarían sus pasaportes falsos, dinero en divisas de la Dominicana, dólares americanos y sus respectivos boletos de avión a diferentes lugares, en donde ellos adquirirían un boleto viaje redondo a la Dominicana. Sus destinos eran Bahamas, Puerto Rico, Haití y Venezuela, a fin de no despertar las sospechas de los servicios de inteligencia cubanos.

Una vez en la isla, podrían acudir a la casa de seguridad perfectamente disimulada, ubicada fuera de la capital, en una granja, donde podrían afinar el plan o cambiarlo según las circunstancias; Arturo tomaría el mando en Dominicana y de allí en adelante sería el responsable.

El auto llegó a la casa de la organización y entró directamente a un cobertizo; los cuatro hombres salieron del lugar y por una puerta interior, hábilmente disimulada, ingresaron a la casa.

Dentro había comida y bebidas no alcohólicas, maletines con el nombre impreso en una etiqueta con su nueva personalidad, y ropa a la medida; boletos de avión, dinero y sus nuevos pasaportes.

El jefe Max nuevamente les dio la bienvenida y resaltó la importancia de esta misión; les hizo sentir que el pueblo cubano estaría agradecido de esta acción y que pronto podrían regresar a su querida isla y recuperar lo que en justicia les correspondía. Finalmente repasó el plan, lo comentaron conjuntamente y les hizo la reco-

mendación final, que en caso de ser detenido alguno de ellos, debía negar sistemáticamente que actuaba para la organización.

Les entregaron sus nuevas pertenencias y se les invitó a tomar un refrigerio y a esperar su traslado individual al aeropuerto, según sus horas de salida.

Arturo fue el último en salir; su destino era la ciudad de Caracas, en Venezuela, a donde llegaría por la noche y pasaría un par de días en la ciudad fingiendo ser representante de una importante firma proveedora de implementos para las refinerías petroleras del país, lo cual correspondía con los conocimientos técnicos de Arturo. Una vez en Caracas, tomaría un avión que lo llevaría a la República Dominicana un día antes del arribo del Comandante Félix, y se hospedaría en un hotel cinco estrellas de la cadena Westin, en el cual pasaría inadvertido, dada la dimensión del hotel. Él había decidido ubicarse en el pequeño hotel de la plaza para desde allí efectuar el atentado; esto por su mayor pericia en el manejo de las armas. Solicitó previamente un rifle de cerrojo marca Remington 700, fabricado a mano y ajustado a su cuerpo, mismo que utilizaba en las prácticas de tiro de precisión en el cuerpo de asalto estratégico y con el cual se encontraba familiarizado; el rifle y tres cartuchos útiles serían dejados oportunamente en el clóset del hotel, en una funda tipo estuche de violín, cuya llave había recibido con sus papeles.

Arturo llegó al moderno aeropuerto de Miami cuarenta y cinco minutos antes de su salida a Caracas, por lo que se dirigió al mostrador de la línea aérea, presentó su boleto y papeles de identificación y recogió su pase de abordar. Pasó a la sala internacional y se detuvo unos momentos en un kiosco de revistas, donde adquirió un ejemplar del *National Geographic* que traía un artículo sobre

la ciudad de Caracas, Venezuela; se sentó con toda calma en una modesta cafetería del aeropuerto y pidió un café cubano, el cual saboreó lentamente.

Finalmente, abordó el avión y se situó en uno de los asientos más alejados de la parte trasera. Al despegar éste y tras el anuncio de que el vuelo duraría dos horas cuarenta y cinco minutos, se dispuso a dormir un poco con la conciencia tranquila.

Arturo dormía plácidamente en el trayecto del vuelo de Miami a Venezuela, a 33 mil pies de altura; el avión cruzaba majestuoso las aguas del Golfo de México. De pronto se vio a sí mismo cabalgando en el aire en un hermoso corcel blanco alado, sus alas se extendían sin hacer ruido y batían el aire rítmicamente. Súbitamente el corcel se dirigió en suave picada hacia una hermosa isla; un verde intenso y un azul turquesa la distinguía. Al acercarse, Arturo definió el perfil geográfico, era Cuba.

El corcel se dirigió a un pequeño punto negro que resaltaba del verdor general, se acercó más de prisa y de pronto surgió con toda esplendidez la ciudad, la casi cinco veces centenaria ciudad de La Habana, y Arturo la vio como la recordaba en su juventud. La parte histórica bullía en actividad; junto a la vieja aduana, un centenar de artesanos vendían sus productos de madera, latón, hueso y pedrería a los turistas, quienes por un puñado de dólares —siempre la maldita divisa— adquirirían verdaderas gangas; estatuillas de ébano y de maderas preciosas configuraban cuerpos esculturales de negras y mulatas; figuras de flores en hueso y policromadas artesanías en papel maché completaban el cuadro de los humildes artistas cubanos. «Si al menos pudiesen sacar sus productos —pensó Arturo— serían mayormente apreciados».

El corcel continuó su vuelo rasante y Arturo pudo contemplar en toda su intensidad la hermosura de la bahía; admiró la vetusta pero impresionante catedral; la plaza mayor, el templo neoclásico y su hermosa arquería del siglo xvii, dedicado a San Francisco. Admiró el conjunto de la antigua ciudad amurallada con sus bien conservados edificios, el Museo de la Revolución, el Teatro Nacional, y a su lado, el Capitolio, muestra de la fuerza del imperio y de su incapacidad creativa, adoradores de la producción masiva, muestra moderna de la clonación estúpida. ¡Qué bella era su ciudad! De pronto, se vio enfilado al malecón, admiró desde el aire la silueta señera del Hotel Nacional y las casas neoclásicas y afrancesadas que mostraban su añoso rostro al mar. Y entonces la vio, justo frente a un moderno hotel de cemento y cristal que él no conocía, el letrero, ubicado a lo alto, decía «Meliá Cohiba»; por un momento dudó si era su ciudad, pero allí estaba el malecón y su querido mar turquesa intenso; ella volteó, lo vio y extendió sus brazos. Era ella, sí; sin embargo, algo había cambiado, su rostro se había transformado, era el de una anciana ridículamente acicalada y maquillada; su cuerpo flácido no le permitió tomar las manos extendidas de él, que querían salvarla, y la perdió nuevamente. Alrededor de ella enormes demonios en forma de turistas españoles, italianos, mexicanos, canadienses y quién sabe de cuántas nacionalidades más la despojaron de su ropa a jirones, la dejaron en una desnudez humillante y todo el mundo se arremolinó alrededor de ella para hacerla objeto de burlas y mofa y la cubrieron con palabras altisonantes. Arturo escuchó con claridad las burlas, «¡Eres una puta!», gritaba la multitud inmisericorde; quiso regresar pero su corcel se elevó rápidamente y continuó el vuelo. Arturo lloró, lloró de rabia y de impotencia y su voz dejó oír un nombre: Mislady.

Despertó sobresaltado, miró a su alrededor preguntándose en dónde estaba y en eso la sobrecarga le preguntó en inglés:

—*Sir, what would you like to drink?*

Arturo se dispuso a tomar su bebida predilecta y rumió su rabia; estaba convencido de que Félix era el único culpable de lo que le había acontecido a su inolvidable Mislady, y esa noche juró poner punto final a la vida del Comandante.

El avión arribó sin contratiempo al Aeropuerto Internacional Simón Bolívar de Caracas, Venezuela.

Arturo salió al último y se dirigió sin prisa a la oficina de migración. El negro encargado de revisar pasaportes, sin mirarle la cara, le preguntó:

—¿¡Cuántos días en Caracas, señor!?

—Únicamente tres —contestó Arturo.

—¿Motivo del viaje? —siguió diciendo el negro.

—Ventas a la industria petroquímica.

Selló el pasaporte y concluyó el diálogo diciendo: —Feliz estancia en Caracas.

Arturo salió de la terminal aérea ya con su equipaje y se dirigió a la zona de taxis; abordó un auto y, sin ánimo de entablar conversación, le dijo el chofer:

—Al Caracas Hilton, por favor.

—Sí, señor.

El trayecto del aeropuerto de Caracas a la ciudad tomaba cerca de cuarenta y cinco minutos, por lo que Arturo sacó un folio con información cifrada de su querido país de origen. Le llamaron la atención los datos que el informe arrojaba:

Cuba

El país ha logrado, en las tres últimas décadas, abatir por completo el analfabetismo.

El sistema de salud pública es de admirar, aunque existe una gran carencia de medicamentos, producto del bloqueo.

El problema de la vivienda poco a poco se ha ido resolviendo y no constituye un grave malestar social.

En materia agroindustrial, el país se ha recuperado gracias a los impulsos otorgados a pequeños productores rurales.

La industria empieza a repuntar con la ayuda de coinvertición extranjera, principalmente española, de donde proviene la tecnología europea.

En materia religiosa, se ha notado una importante apertura y libertad de culto, sobre todo para la religión católica, y un absoluto respeto al mayor núcleo religioso, la santería.

Los índices de criminalidad son bajos.

No existen niños de la calle, pedigüños.

Disgustado, cerró el folio. ¿Podría confiar en esa información? Él sabía que eran datos obtenidos por la CIA para la organización, así que no dudó más. Finalmente, algo en su interior lo hizo sentirse bien. El orgullo de ser cubano era más fuerte. Quizá la revolución no haya sido tan mala, después de todo. Si no fuera por la imposibilidad de salir del país, esa libertad de tránsito tan preciada, a lo mejor él estaría del otro lado; hubiera podido regresar, casarse con alguna habanera o matancera, comprar una pequeña quinta en el barrio de Miramar, con vista a la playa, y trabajar en Miami por temporadas; miles y miles de cubanos harían lo mismo, el país podría fortalecerse más rápidamente.

¿Acaso no había sucedido lo mismo en España, con los trabajadores migrantes en Alemania? Portugal en esos momentos experimentaba el mismo fenómeno; Marruecos, con sus trabajadores en Francia y Alemania; y en México, la segunda entrada de divisas más importante —después del petróleo— era la de los migrantes en Estados Unidos.

¿Por qué en su querida Cuba no se había podido?

El auto entró a la ciudad, el chofer se detuvo unos segundos en una casa tipo colonial cuidadosamente conservada y le dijo: «Señor, esta casa fue del libertador Simón Bolívar, por si usted quiere regresar a visitarla». El auto arrancó con suavidad y Arturo pudo observar con detenimiento la ciudad y a su gente; le llamó la atención la cantidad de personas que a pesar de la hora todavía caminaban por las céntricas calles. Por doquier se veían restaurantes, cafés y bares en animada tertulia; jóvenes de ambos sexos en grupos de cuatro o seis personas caminaban alegremente con las manos entrelazadas, y música de mariachis, como en México, ambientaba algunos lugares. «Esto en Estados Unidos ni de broma se puede imaginar; no cabe duda, es el carácter nuestro, latino, hispano; qué bueno que somos así. A pesar de nuestros males y problemas seguimos siendo alegres y optimistas». Esto era algo de lo mucho que extrañaba de su natal Cuba. «Nunca, a pesar del estatus de vida en los Estados Unidos, se podrá disfrutar de la vida y de la gente como en La Habana», pensó.

El taxi arribó al moderno Hotel Hilton Caracas; un mozo se acercó, tomó las maletas del capó del auto y le dijo:

—Bienvenido, señor.

Arturo llegó a la administración y dio el número de clave de la reservación.

—¿El señor Manuel Morantes?

Por un momento Arturo dudó de su nueva identidad, pero sin reflejar emoción alguna en el rostro respondió: —A sus órdenes.

—Bienvenido, señor Morantes. La habitación está liquidada; ¿desea la llave del minibar?

—No, déjelo así.

—Correcto, permítame su pasaporte, por favor.

Arturo sacó su documento de identidad y lo entregó al recepcionista, quien sin verlo en detalle, se concretó a anotar el número y el país de origen (República Dominicana).

—A propósito, señor Morantes —dijo con cara de enterado el recepcionista—, ¿qué opina de la próxima visita a su país del presidente Félix Cruz Ruiz?

—Lo siento —dijo Arturo—, no estoy enterado; mi trabajo me ha absorbido y he permanecido mucho tiempo fuera de mi país —dijo en tono muy convencido, por lo que dio por zanjada la pregunta.

—Su habitación, con cara al exterior, es la 1209; tiene una bella vista de Caracas. El maletero lo guiará —dijo el recepcionista.

Arturo tomó la llave en forma de tarjeta electrónica, su pasaporte y una libreta con dos cupones de bebida de cortesía y la información del hotel, y se dirigió a su habitación. Al subir al elevador preguntó por el horario del restaurante y su ubicación y no volvió a hablar.

Una vez en su cuarto, Arturo dobló cuidadosamente sus camisas, colgó en la perchera sus pantalones y guardó en una gaveta la ropa interior. Llamó a servicio de cuartos y pidió una ensalada del chef, cóctel de camarones en salsa dulce, una cerveza del país

y postre. Se tiró a la cama a esperar su cena y prendió la televisión para escuchar el noticiero en español de CNN.

Una bella joven locutora de televisión pasó en ese momento una imagen de archivo de la televisión. Apareció Félix, el escenario era el Monumento a la Revolución. Volvió a admirar su hermosa Cuba, aunque fuera por la televisión. Prestó atención a la hermosa mujer, quien dijo: «El próximo jueves, el presidente del Consejo de Estado de Cuba, Comandante Félix Cruz Ruiz, viajará, después de un larguísimo periodo de suspensión de relaciones, a la República Dominicana. Información fidedigna captada por esta emisora prevé un fuerte movimiento de seguridad para evitar cualquier atentado que pudiera sufrir el Comandante».

»En otro orden de ideas —ahora se veía a Félix en el Palacio de Convenciones de La Habana hablando a un grupo de médicos de toda Iberoamérica durante una convención internacional—, la doctora cubana Niurka Mújica informó a la prensa internacional que el Comandante Félix se encuentra afectado de un grave padecimiento irreversible, por lo que su expectativa de vida no es de más de cuatro años. La cancillería cubana ha desmentido tal versión y asegura que la salud del Comandante es inmejorable. Para ustedes, desde la ciudad de La Habana, Ingrid Sánchez, de la cadena de noticias CNN».

Arturo apagó el televisor al escuchar unas llamadas a la puerta de su habitación, se dirigió al pequeño mirillo de la puerta y, tras cerciorarse de que era el camarero de servicio, abrió.

La cena fue cuidadosamente acomodada en la amplia mesa de trabajo de la habitación, y tras despachar al camarero con un par de dólares de propina, se aseó las manos y se dispuso a cenar. Arturo durmió plácidamente en su primer noche en Caracas.

Los dos días forzados en la ciudad pasaron rápidamente. El primer día, Arturo recorrió las calles del centro y contempló los edificios históricos, así como el hermoso municipio de El Hatillo, en donde fue testigo de una ceremonia formal de hermanamiento entre éste y una pequeña ciudad española. Se mezcló con la gente y participó en la alegre festividad en el patio colonial del Ayuntamiento, donde fue confundido por la alcaldesa del lugar quien, después de darle un caluroso beso de bienvenida, le obsequió un abrecartas de plata con el escudo del Ayuntamiento. Arturo, divertido, contestó el saludo y agradeció a la bella mujer el regalo y le prometió conservarlo para toda la vida.

Después visitó la casa en la que habitó Simón Bolívar, ahora convertida en museo; dio un paseo en el metro de Caracas, ascendió por el teleférico al cerro que protege la ciudad y disfrutó de una hermosa vista del angosto valle cubierto por el trazo urbano.

Por la tarde entró a un restaurante de comida regional y disfrutó de las deliciosas arepas de queso y de carne, y se bebió un par de cervezas oscuras del país que le dejaron sabor a su tierra; «cómo se parece el sabor a la cerveza Bucanero», pensó.

El segundo día tomó un taxi turístico y se dirigió, por recomendación del propio taxista, a recorrer los lugares de interés alrededor de Caracas, lo que le llevó prácticamente todo el día. Por la noche bajó al elegante restaurante del hotel y se dio el lujo de pedir una botella de vino tinto español de La Rioja y un apetitoso filete de res, término medio.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana Arturo se dispuso a abordar su taxi que lo trasladaría al aeropuerto.

Abordó el avión sin problema alguno y, de acuerdo a su costumbre, se ubicó en la parte trasera de la nave, tomó la revista del

respaldo del asiento y se concentró en la lectura de los artículos sobre un nuevo programa de internet, tema que le atraía.

El vuelo duró escasamente una hora. Arturo bajó del avión al último y pasó migración justo cuando el oficial tenía prisa por retirarse; éste tomó con descortesía el pasaporte, lo selló y casi sin mirarlo lo entregó diciendo: «La próxima vez trate de salir con más rapidez, amigo». Arturo no contestó, tomó el pasaporte y se dirigió a la banda a recoger su maleta.

Se dirigió posteriormente a la zona de *lockers* del aeropuerto, sacó una llave de su chaqueta y abrió el compartimiento; encontró un sobre con una llave dentro. Salió del aeropuerto de Santo Domingo y abordó un taxi. Pidió que lo trasladara al hotel Santo Domingo Westin; tomó un diario y se enfrascó en la lectura.

El corazón le dio un vuelco al encontrar, en la página principal, la noticia del arribo, al día siguiente por la tarde, del Comandante Félix. El presidente de la República Dominicana invitaba al pueblo a participar en los festejos en honor del distinguido visitante. A continuación, aparecía publicado el itinerario de la visita, minuciosamente detallado, igual al itinerario que le había proporcionado la organización. Esta nota no le gustó; la información era demasiado evidente. El corazón le latió con fuerza, algo debía andar mal: «Debo hacer contacto con la organización», pensó y se relajó.

El taxi llegó al amplio estacionamiento del lujoso hotel; un enorme jardín sembrado de palmas al estilo Washington servía de marco ideal a la construcción moderna; pavos reales y faisanes deambulaban libres en los cuidados jardines; una enorme fuente de cantera hacía las delicias de pajarillos, ardillas, conejos y jutías,⁷

⁷ Jutía, roedor que habita en las islas del Caribe.

quienes por tandas tomaban agua y se daban un chapuzón. Lo que más llamó la atención de Arturo fue la diversidad de flores del trópico, igual que en su natal Cuba, esparcidas por doquier; vio jazmines, galán de noche, girasoles, azucenas, gladiolos, mariposas, mar pacífico y muchas otras variedades que florecían con esplendor y aromatizaban el ambiente.

Arturo aspiró con agrado el aroma y se dejó conducir al *lobby* del hotel; cumplió el requisito del registro y con discreción se trasladó a su habitación.

Esa tarde Arturo salió vestido a la usanza de los hombres de la isla. Su presencia, aunque distinguida, no llamó la atención; parecía un hombre de negocios de la localidad, asistente a uno de los múltiples eventos del hotel. Esto no pasó desapercibido para Arturo, quien comenzó a actuar con mayor soltura, incluso el taxista no notó nada extraño en él.

Arturo se trasladó al centro de la ciudad, que a esa hora bullía de actividad; se mezcló con la gente y finalmente entró a un café ubicado frente a la catedral para poder observar el movimiento en la plaza. Desde su punto de observación apreció el hotel, ubicado a un ángulo de noventa grados de su posición hacia la derecha, y se percató de la llegada y salida de la gente. Pudo notar que éste no disponía de mozo de ingreso y de que el *lobby* era una amplia sala con sillones diseminados por doquier, lo que facilitaba la entrada.

Arturo abandonó el café y se dirigió con paso decidido al hotel colonial. Abrió las pesadas puertas de madera y cristal y accedió a la amplia sala. En un pequeño mostrador de madera primorosamente tallada, se encontraba una bella mulata de no más de diecinueve años, quien le recibió con una sonrisa en los labios y le preguntó:

—¿Puedo servirle en algo, señor?

—Gracias, vengo a visitar a los señores Arango, de la habitación 311; me esperan.

—Pase, señor, bienvenido —dijo la chica con amabilidad, y acto seguido, tomó el auricular del teléfono, que repiqueteaba con furia, olvidándose de Arturo. Éste se dirigió al viejo elevador de puerta de fuelle de bronce y con lentitud subió al tercer piso; estudió el corredor y, al percatarse de que se encontraba solo, introdujo la llave en el número 311, la puerta se abrió y Arturo cerró tras de sí, se dirigió al clóset y junto con prendas de vestir de su talla, cuidadosamente colgadas, y algunos frascos de loción, máquina de afeitar y talco, se encontró la funda tipo estuche de violín. Sacó la pequeña llave de su bolso y abrió la funda; un hermoso rifle Remington 700 apareció ante sus ojos; la mira telescópica y tres cartuchos útiles estaban en un compartimiento. Arturo armó el rifle y, sin colocar los cartuchos en la recámara, se ubicó en la puerta que daba al balcón de la plaza, abrió cuidadosamente una hoja, sacó la mirilla y con ésta se puso a observar a cuanto transeúnte se colocaba en su campo de acción. Lo anterior para corroborar su campo de tiro y la dirección de su ubicación. Satisfecho, Arturo guardó cuidadosamente el arma, con un paño limpió las huellas digitales y la colocó en su funda, la cual cerró y ubicó en su lugar.

Acto seguido, Arturo se duchó, se cambió de ropa y dejó la ropa sucia en la bolsa de lavandería con la nota de «lavado urgente», esto para denotar la presencia de personas en el lugar; se recostó y quitó el sobrecama, lo dobló y colocó en un sillón. Una hora después, Arturo salió de la habitación y bajó al vestíbulo sin que la chica advirtiera su presencia.

Esa noche, desde su hotel, Arturo siguió atento la transmisión de la llegada de Félix al aeropuerto internacional de Santo

Domingo; guardias vistosamente uniformados del ejército de élite de la República Dominicana y una banda de música rindieron honores al legendario Comandante quien, vestido con su uniforme de campaña verde olivo, escuchó solemne los himnos de la República Dominicana y de Cuba. Su fiel guardia cuidaba celosamente sus espaldas.

Arturo analizó cuidadosamente la transmisión, sus sentidos educados a observar los más mínimos detalles lo ubicaron en un grupo de guardaespaldas, disfrazados de mecánicos de aviación, que él reconoció como agentes de la CIA mezclados con agentes de seguridad, seguramente del ejército dominicano. Una nueva sospecha hizo presa a Arturo; ese procedimiento era inusual en la CIA, sobre todo tratándose del presidente cubano.

Activó su teléfono celular y marcó al número de la organización en Santo Domingo, pero nadie contestó a su llamado; se encontraba aislado, la continuación del plan dependía de él, así que decidió seguir adelante y esperar una llamada o señal de la organización. Esa noche no pudo conciliar el sueño, constantemente se despertaba y el recuerdo de Mislady lo acosaba. Por la mañana desayunó en su habitación, arregló su ropa y tomó sus documentos personales. Después de ducharse y vestirse, salió en forma discreta, como todos los días. Llegó muy temprano al hotelito del centro; se trasladó a la habitación 311 sin ser visto y puso el letrero de «no molestar» en la perilla de la puerta. Llamó a la mulatita de la administración y le avisó que se sentía indispuerto, que pasaría el día en cama, y le rogó no lo molestasen. La chica se encogió de hombros y anotó la orden para el ama de llaves y volvió a su rutina.

Arturo volvió a activar el celular y llamó a la organización; ahora una voz le respondió con un «oigo»; Arturo solamente dijo

su clave y pidió que le confirmaran si «Domingo Rojo» seguía latente; la voz le respondió, «afirmativo, compañero, adelante con el plan». La línea se cortó; la conversación apenas duró diez segundos, lo que hacía imposible su rastreo.

Ahora, con la seguridad de la confirmación, Arturo se tiró a la cama y se limitó a esperar el arribo del Comandante.

En la organización, en Miami, el teléfono privado del jefe Max sonó insistentemente; Max tomó la bocina y contestó: «Oficina del jefe de la Unidad de Ayuda a los Inmigrantes Cubanos, Max al habla».

—Max, habla el director de la CIA, *how are you?*

—Bien, señor director, ¿qué puedo hacer por usted?

—Mire, Max —dijo Warren en tono contrariado—; mi gente ha interceptado y detenido en la ciudad de Santo Domingo, en Dominicana a tres reclutas de su organización. Aunque ellos no han dicho nada, tenemos la certeza de que usted los envió para perpetrar un atentado en la persona del Comandante. Quiero advertirle, Max, que el presidente ha reprobado enérgicamente el proceder de la organización desde el incidente de los aviones particulares, así que si usted tiene más gente, detenga el plan o aténgase a las consecuencias. ¿Escuchó, Max?

—Sí, director —dijo Max—. Aunque somos ajenos... —. Warren no lo dejó seguir y puntualizó:

—¿Fui claro, Max?

—Sí, señor —. Warren colgó el teléfono.

Max lanzó maldiciones contra el director de la CIA y analizó la situación: «Han detenido a tres de mis hombres, pero aún tengo un as: «Domingo Rojo» seguirá adelante, al fin y al cabo nosotros

somos los interesados. Al diablo con Warren y con la política timorata de estos demócratas».

Max no se movió de su silla, vio el reloj y calculó que sólo faltaban dos horas para culminar el plan; sacó un tabaco de su escritorio, lo encendió y saboreó una taza de café Cubita. La moneda estaba en el aire.

Arturo despertó con el sonido de los altavoces colocados en la plaza, esta se había llenado con jóvenes de ambos sexos, en su mayoría alumnos del preuniversitario y de las diversas carreras humanitarias de la Universidad de Santo Domingo. Se asomó a la ventana y vio la plaza pletórica y de fiesta. Con toda calma sacó la funda, y de ella su Remington y le colocó la mira; cargó la recámara con los tres cartuchos y entreabrió la ventana del balcón justo en el momento en que Félix llegaba a la plaza. La multitud vitoreaba al Comandante; una gran manta con la imagen del Che Guevara y de Félix, con la leyenda de «Siempre jóvenes en la revolución» dominaba el escenario. Félix subió al estrado y se dirigió al pódium; un silencio invadió la plaza.

—¡Jóvenes dominicanos, en ustedes saludo a la juventud del mundo! —una ovación se escuchó.

—Vengo a tierra dominicana con el vivo recuerdo del gran Revolucionario de América; su presencia invade mi ser y me inspira esta tarde para decirles a ustedes lo mucho que quiero y respeto a los jóvenes del mundo. El Che, jóvenes dominicanos, nos acompaña esta tarde, en esta hermosa Plaza de la República —nuevamente los jóvenes vitorearon a Félix.

Arturo se colocó en el hombro el arma hecha a su medida; ésta se ajustó a su anatomía y parecía como si fueran uno solo. Ubicó

en la mira al Comandante, primero en la parte del estómago, luego en el corazón y finalmente la cara. Le vio el rostro, la barba gris y los ojos cansados; una prominente nariz y labios abultados lo habían transformado, pero era el mismo que él había conocido en su natal Cuba.

En eso, Félix, fiel a su costumbre, desenchajó el micrófono de su pedestal y se pasó al lado contrario del escenario, más franco, pero fuera del ángulo de tiro; «ahora le queda ideal al tirador del árbol», pensó Arturo, «pero no puedo fallar, es mío», dijo decidido. Desesperado, buscó una alternativa. Acostumbrado a decidir sobre la marcha, optó por cambiarse de habitación; sacó los cartuchos y colocó la Remington dentro de su funda; abrió la puerta y no vio a nadie; caminó treinta metros en la dirección contraria, tocó en la habitación 301 y no encontró respuesta, por lo que extrajo una tarjeta rígida y fácilmente forzó la cerradura; el cuarto estaba desierto. Rápidamente regresó a su habitación, tomó su maletín de mano y la funda con el arma dentro, y volvió a la 301.

Félix continuaba hablando:

—La juventud del mundo tiene un ineludible compromiso con las nuevas generaciones; nuestros países, hermanados en la raza, la religión, la lengua, las costumbres y la geografía, no tienen tiempo que perder en la batalla contra el analfabetismo, la pobreza, la desnutrición, la insalubridad, la falta de empleo, entre otros graves males que nos aquejan. Por eso ustedes deben redoblar esfuerzos, ser solidarios con las mejores causas que tiendan a la reivindicación de derechos y costumbres que nos hagan ser mejores...

Arturo miró su reloj, Félix llevaba quince minutos en el uso del micrófono; sabía que sus discursos eran más extensos, por lo que no se preocupó en demasía. Con calma sacó nuevamente el

rifle, y ya con los cartuchos en la recámara, se lo colocó en el hombro; la ventana entreabierta le permitió sacar la mirilla sin despertar sospechas. Cuatro francotiradores —él los había ubicado—, vigilaban la plaza con sus potentes rifles con miras telescópicas, por lo que debía ser cuidadoso. Volvió a centrar al Comandante; esta vez se concentró en la cabeza. Finalmente la mira se llenó con el rostro de Félix; el pulso de Arturo estaba firme. Con cuidado y sin dejar de mirar a su objetivo, Arturo cerrojó el arma y metió el cartucho a la recámara; el rifle apenas se movió.

Arturo escuchaba el discurso, sin comprender; su mente estaba ocupada en cumplir su misión. Apuntó cuidadosamente, imaginó una diana y apuntó a la parte central de la cabeza, justo entre los ojos. El dedo índice de su mano derecha se posó en el gatillo, sólo requería un ligero apretón de dedo y habría terminado. Se asomó nuevamente por la mira, pero el Comandante había desaparecido; había un hombre, sí, con la figura del Comandante, pero su rostro se había transformado. Era el rostro de Mislady, en sus años mozos, el que lo veía a través de la mira. Su cara alegre, como antaño, le brindaba la mejor de sus sonrisas; le habló, con una voz susurrante como el viento: «No, Arturo», le dijo, «no lo mates, no seas tú; es tu sangre, es tu pueblo, no te manches; no te conviertas en su juez y en su verdugo, por mí, no lo hagas».

Dos lágrimas resbalaron por el rostro de Mislady justo en el momento en que Arturo quitó el dedo del gatillo. Bajó el arma, la colocó sobre la cama y se dejó caer en el sillón de descanso. Se tapó el rostro y lloró; su espíritu por fin descansó, se había reconciliado con su pueblo y con él mismo.

Dueño de sí, limpió el arma, la colocó en su funda y la metió en el clóset; tomó su bolso de mano y salió de la habitación. Casi

al llegar al elevador, se cruzó con cuatro hombres que corrían por el pasillo. Bajó al vestíbulo y se mezcló entre la multitud.

Los cuatro hombres irrumpieron con violencia en la habitación 311; eran miembros de la CIA. Vieron el cuarto, se asomaron al balcón y en ese momento reconocieron al hombre que momentos antes se cruzó en su camino; lo vieron perderse entre la multitud.

Dos de ellos registraron las habitaciones del piso y encontraron el rifle preparado para el atentado, sin huellas, sin vestigios de su dueño; ¿qué pudo haber pasado?, ¿qué fue lo que salvó al Comandante?, fue la pregunta que se hicieron. Nunca lo podrían adivinar.

Warren fue informado de la Operación Salvamento; el pájaro había volado sin lograr su objetivo. Atribuyeron el fallo del atentado a que los habían detectado a tiempo. El director, furioso, dio una orden confidencial: Max debía dejar de ser, a como diera lugar, el jefe de la organización anticrucista; esta vez había llegado demasiado lejos. Eso no lo podía permitir, se lo había advertido.

A los pocos días, coincidencia o no, Max murió de un paro cardíaco. La organización le rindió los máximos honores a su carismático líder. Ballantine asumió el mando, no sin antes reconocer la valía de Max.

En la Dominicana, un hombre solitario de aspecto distinguido, que bien podía ser un hombre de empresa del país, abordaba un avión con destino a Caracas.

Esa mañana el Comandante había llegado temprano al Palacio de la Revolución después de haber cruzado la ciudad en su Mercedes Benz negro, acompañado únicamente por su fiel escolta y por el chofer. Despacio cruzaron la ciudad por las amplias aunque deterioradas avenidas de La Habana, debido a lo intenso del temporal de lluvias.

Al paso del auto, Félix veía emocionado la arquitectura colonial de La Habana Vieja que estaba sometida a un ambicioso proyecto de rescate con el apoyo de la Unesco, programa que estaba a cargo de su amigo y fiel colaborador Ezequiel Fidelios, el historiador de la ciudad, hombre culto, dueño de una exuberante personalidad, amante de la buena lectura, de la buena vida y practicante fiel de las relaciones internacionales, imprescindibles en su cargo, lo cual le servía a la perfección para confeccionarse constantes viajes a su medida al extranjero. Era él uno de los hombres de la confianza del Comandante, a quien encomendaba entrevistarse con personajes con quien Félix conservaba amistad o relación estrecha.

El Comandante sonrió al evocar la figura de Ezequiel y le perdonó los peccadillos de su personalidad, en aras de los valiosos servicios a la revolución.

Prestó atención a la construcción de hoteles de lujo que aprovechaban las fachadas de los edificios coloniales del siglo XVIII; todo ello tendría que mejorar y magnificar el espléndido porte de La Habana Vieja, como llamaban todos los cubanos a la parte céntrica e histórica de la ciudad, definiéndola y separándola del resto, que aunque bella también, con sus estilos neoclásicos y afrancesados influencia de las construcciones de principios de siglo XX, no podía competir con las construcciones de la época de la Colonia, declaradas por la Unesco, por su belleza y valor, patrimonio de la humanidad.

Félix constataba aquí y allá la actividad febril del ambicioso proyecto, el cual no avanzaba a mayor velocidad por la envergadura del mismo, dado lo deteriorado de la ciudad. Otras habían sido las prioridades; «lo humano sobre lo material», era el lema del Comandante cuando los extranjeros le cuestionaban sobre el deterioro de la ciudad.

Al llegar al palacio, Félix subió a grandes zancadas la escalera, y como queriendo abarcar de una sola vista el problema de La Habana salió al balcón de su despacho, desde el cual se apreciaba en su magnitud la hermosa ciudad; la contempló embelesado, miró fijamente al horizonte, y de unos cuantos pasos se colocó nuevamente en su oficina, se acomodó a placer en su viejo y mullido sillón de cuero, estiró las piernas y prendió un habano, al tiempo que se disponía a servirse un aromático té de hierbas.

Esa mañana en especial se disponía a analizar el tema de la unión con España, el paso más trascendente de su vida, después de la revolución.

Mientras tanto, se permitió divagar en torno a su tema preferido: la revolución.

«Qué tiempos aquellos», pensó, y de pronto se vio transportado a la época en que fue sometido a prisión y enjuiciado por sedición, traición a la patria y quién sabe cuántos delitos más, y se vio frente a sus juzgadores, en su carácter de acusado y abogado defensor, a quienes, con la frente en alto y mirándolos a los ojos, arengó:

Os voy a referir una historia. Había una vez una república. Tenía su Constitución, sus leyes, sus libertades; presidente, Congreso, Tribunales; todo el mundo podía reunirse, asociarse, hablar y escribir con entera libertad. El gobierno no satisfacía al pueblo, pero el pueblo podía cambiarlo y ya sólo faltaban unos días para hacerlo. Existía una opinión pública respetada y acatada y todos los problemas de interés colectivo eran discutidos libremente. Había partidos políticos, horas doctrinales de radio, programas polémicos de televisión, actos públicos y en el pueblo palpitaba el entusiasmo. Este pueblo había sufrido mucho y si no era feliz, deseaba serlo y tenía derecho a ello. Lo habían engañado muchas veces y miraba el pasado con verdadero terror. Creía ciegamente que éste no podría volver; estaba orgulloso de su amor a la libertad y vivía engreído de que ella sería respetada como cosa sagrada; sentía una noble confianza en la seguridad de que nadie se atrevería a cometer el crimen de atentar contra sus instituciones democráticas. Deseaba un cambio, una mejora, un avance, y lo veía cerca. Toda su esperanza estaba en el futuro.

¡Pobre pueblo! Una mañana la ciudadanía se despertó estremecida; a las sombras de la noche los espectros del pasado se habían conjurado mientras ella dormía, y ahora la tenían agarrada por las manos, por los pies y por el cuello. Aquellas garras

eran conocidas, aquellas fauces, aquellas guadañas de muerte, aquellas botas... no, no era una pesadilla; se trataba de la triste y terrible realidad: un hombre llamado Fulgencio Batista acababa de cometer el horrible crimen que nadie esperaba.

Ocurrió entonces que un humilde ciudadano de aquel pueblo, que quería creer en las leyes de la república y en la integridad de sus magistrados, a quienes había visto ensañarse muchas veces contra los infelices, buscó un Código de Defensa Social para ver qué castigos prescribía la sociedad para el autor de semejante hecho, y encontró lo siguiente:

«Incurrirá en una sanción de privación de libertad de seis a diez años el que ejecutare cualquier hecho encaminado directamente a cambiar en todo o en parte, por medio de la violencia, la Constitución del Estado o la forma de gobierno establecida.

»Se impondrá una sanción de privación de libertad de tres a diez años al autor de un hecho dirigido a promover un lanzamiento de gentes armadas contra los Poderes Constitucionales del Estado. La sanción será de privación de libertad de cinco a veinte años si se llevase a efecto la insurrección.

»El que ejecutare un hecho con el fin determinado de impedir, en todo o en parte, aunque fuese temporalmente al Senado, a la Cámara de Representantes, al Presidente de la República, o al Tribunal Supremo de Justicia, el ejercicio de sus funciones constitucionales, incurrirá en una sanción de privación de libertad de seis a diez años.

»El que tratase de impedir o estorbar la celebración de elecciones generales incurrirá en una sanción de privación de libertad de cuatro a ocho años.

»El que introdujere, publicare, propagare o tratase de hacer cumplir en Cuba, despacho, orden o decreto que tienda [...] a provocar la inobservancia de las leyes vigentes, incurrirá en una sanción de privación de libertad de dos a seis años.

»El que sin facultad legal para ello ni orden del gobierno, tomare el mando de tropas, plazas, fortalezas, puestos militares, poblaciones o barcos o aeronaves de guerra incurrirá en una sanción de privación de libertad de cinco a diez años.

»Igual sanción se impondrá al que usurpare el ejercicio de una función atribuida por la Constitución como propia de alguno de los Poderes del Estado».

Sin decir una palabra a nadie, con el Código en una mano y los papeles en otra, el mencionado ciudadano se presentó en el viejo caserón de la capital donde funcionaba el tribunal competente, que estaba en la obligación de promover causa y castigar a los responsables de aquel hecho, y presentó un escrito denunciando los delitos y pidiendo para Fulgencio Batista y sus diecisiete cómplices la sanción de ciento ocho años de cárcel, como ordenaba imponerle el Código de Defensa Social con todas las agravantes de reincidencia, alevosía y nocturnidad.

Pasaron los días y pasaron los meses. ¡Qué decepción! El acusado no era molestado, se paseaba por la república como un amo, lo llamaban «honorable señor general», quitó y puso magistrados, y nada menos que el día de la apertura de los tribunales se vio al reo sentado en el lugar de honor, entre los augustos y venerables patriarcas de nuestra justicia.

Pasaron otra vez los días y los meses. El pueblo se cansó de abuso y de burlas. ¡Los pueblos se cansan! Vino la lucha, y entonces aquel hombre que estaba fuera de la ley, que había

ocupado el poder por la violencia, contra la voluntad del pueblo y agrediendo el orden legal, torturó, asesinó, encarceló y acusó ante los tribunales a los que habían ido a luchar por la ley y a devolverle al pueblo su libertad.

Señores magistrados: Yo soy aquel ciudadano humilde que un día se presentó inútilmente ante los tribunales para pedirles que castigaran a los ambiciosos que violaron las leyes e hicieron trizas nuestras instituciones, y ahora, cuando es a mí a quien se acusa de querer derrocar este régimen ilegal y restablecer la Constitución legítima de la República, se me tiene setenta y seis días incomunicado en una celda, sin hablar con nadie ni ver siquiera a mi hijo; se me conduce por la ciudad entre dos ametralladoras de trípode, se me traslada a este hospital para juzgarme secretamente con toda severidad, y un fiscal con el Código en la mano, muy solemnemente, pide para mí veintiséis años de cárcel.

Me diréis que aquella vez los magistrados de la república no actuaron porque se lo impedía la fuerza; entonces, confesadlo: esta vez también la fuerza os obligará a condenarme. La primera no pudisteis castigar al culpable; la segunda, tendréis que castigar al inocente. La doncella justicia, dos veces violada por la fuerza.

¡Y cuánta charlatanería para justificar lo injustificable, explicar lo inexplicable y conciliar lo inconciliabile! Hasta que han dado por fin en afirmar, como suprema razón, que el hecho crea el derecho. Es decir que el hecho de haber lanzado los tanques y los soldados a la calle, apoderándose del Palacio Presidencial, la Tesorería de la República y los demás edificios oficiales, y apuntar con las armas al corazón del pueblo, crea el derecho a gobernarlo. El mismo argumento pudieron utilizar los nazis

que ocuparon las naciones de Europa e instalaron en ellas gobiernos de títeres.

Admito y creo que la revolución sea fuente de derecho; pero no podrá llamarse jamás revolución al asalto nocturno a mano armada del diez de marzo. En el lenguaje vulgar, como dijo José Ingenieros, suele darse el nombre de revolución a los pequeños desórdenes que un grupo de insatisfechos promueve para quitar a los hartos sus prebendas políticas o sus ventajas económicas, resolviéndose generalmente en cambios de unos hombres por otros, en un reparto nuevo de empleos y beneficios. Ese no es el criterio del filósofo de la historia, no puede ser el del hombre de estudio.

No ya en el sentido de cambios profundos en el organismo social, ni siquiera en la superficie del pantano público se vio mover una ola que agitate la podredumbre reinante. Si en el régimen anterior había politiquería, robo, pillaje y falta de respeto a la vida humana, el régimen actual ha multiplicado por cinco la politiquería, ha multiplicado por diez el pillaje y ha multiplicado por cien la falta de respeto a la vida humana.

Se sabía que Barriguilla había robado y había asesinado, que era millonario, que tenía en la capital muchos edificios de apartamentos, acciones numerosas en compañías extranjeras, cuentas fabulosas en bancos norteamericanos, que repartió bienes gananciales por dieciocho millones de pesos, que se hospedaba en los más lujosos hoteles de los millonarios yanquis, pero lo que nunca podrá creer nadie es que Barriguilla fuera revolucionario. Barriguilla es el sargento de Weyler que asesinó a doce cubanos en el Guatao... En Santiago de Cuba fueron setenta. *De te fabula narratur.*

Cuatro partidos políticos gobernaban el país antes del diez de marzo: Auténtico, Liberal, Demócrata y Republicano. A los dos días del golpe se adhirió el Republicano; no había pasado un año todavía y ya el Liberal y el Demócrata estaban otra vez en el poder, Batista no restablecía la Constitución, no restablecía las libertades públicas, no restablecía el Congreso, no restablecía el voto directo, no restablecía en fin ninguna de las instituciones democráticas arrancadas al país, pero restablecía a Verdeja, Guas Inclán, Salvito García Ramos, Anaya Murillo, y con los altos jefes de los partidos tradicionales en el gobierno, a lo más corrupto, rapaz, conservador y antediluviano de la política cubana. ¡Esta es la revolución de Barriguilla!

Ausente del más elemental contenido revolucionario, el régimen de Batista ha significado en todos los órdenes un retroceso de veinte años para Cuba. Todo el mundo ha tenido que pagar muy caro su regreso, pero principalmente las clases humildes que están pasando hambre y miseria mientras la dictadura, que ha arruinado al país con la conmoción, la ineptitud y la zozobra, se dedica a la más repugnante politiquería, inventando fórmulas y más fórmulas de perpetuarse en el poder, aunque tenga que ser sobre un montón de cadáveres y un mar de sangre.

Ni una sola iniciativa valiente ha sido dictada. Batista vive entregado de pie y manos a los grandes intereses, y no podía ser de otro modo, por su mentalidad, por la carencia total de ideología y de principios, por la ausencia absoluta de la fe, la confianza y el respaldo de las masas. Fue un simple cambio de manos y un reparto de botín entre los amigos, parientes, cómplices y la rémora de parásitos voraces que integran el andamiaje político

del dictador. ¡Cuántos oprobios se le han hecho sufrir al pueblo para que un grupito de egoístas que no sienten por la patria la menor consideración puedan encontrar en la cosa pública un *modus vivendi* fácil y cómodo!

¡Con cuánta razón dijo Eduardo Chibás en su postrer discurso que Batista alentaba el regreso de los coroneles, del palmacristi y de la ley fuga! De inmediato después del diez de marzo comenzaron a producirse otra vez actos verdaderamente vandálicos que se creían desterrados para siempre en Cuba: el asalto a la Universidad del Aire, atentado sin precedentes a una institución cultural, donde los gánsters del SIM se mezclaron con los mocosos de la juventud del PAU; el secuestro del periodista Mario Kuchilán, arrancado en plena noche de su hogar y torturado salvajemente hasta dejarlo casi desconocido; el asesinato del estudiante Rubén Batista y las descargas criminales contra una pacífica manifestación estudiantil junto al mismo paredón donde los voluntarios fusilaron a los estudiantes del 71; hombres que arrojaron la sangre de los pulmones ante los mismos tribunales de justicia por las bárbaras torturas que les habían aplicado en los cuerpos represivos, como en el proceso del doctor García Bárcena. Y no voy a referir aquí los centenares de casos en que grupos de ciudadanos han sido apaleados brutalmente sin distinción de hombres o mujeres, jóvenes o viejos. Todo esto antes del 26 de julio. Después, ya se sabe, ni siquiera el cardenal Arteaga se libró de actos de esta naturaleza. Todo el mundo sabe que fue víctima de los agentes represivos. Oficialmente afirmaron que era obra de una banda de ladrones. Por una vez dijeron la verdad, ¿qué otra cosa es este régimen?...

La ciudadanía acaba de contemplar horrorizada el caso del periodista que estuvo secuestrado y sometido a torturas de fuego durante veinte días. En cada hecho, un cinismo inaudito, una hipocresía infinita: la cobardía de rehuir la responsabilidad y culpar invariablemente a los enemigos del régimen. Procedimientos de gobierno que no tienen nada que envidiarle a la peor pandilla de gánsters. Ni los criminales nazis fueron nunca tan cobardes. Hitler asumió la responsabilidad por las matanzas del treinta de junio de 1934 diciendo que había sido durante 24 horas el Tribunal Supremo de Alemania; los esbirros de esta dictadura, que no cabe compararla con ninguna otra por lo baja, ruin y cobarde, secuestran, torturan, asesinan, y después culpan canalescamente a los adversarios del régimen. Son los métodos típicos del sargento Barriguilla.

En todos estos hechos que he mencionado, señores magistrados, ni una sola vez han aparecido los responsables para ser juzgados por los tribunales. ¡Cómo! ¿No era éste el régimen del orden, de la paz pública y el respeto a la vida humana?

Si todo esto he referido es para que se me diga si tal situación puede llamarse revolución engendradora de derecho; si es o no lícito luchar contra ella; si no han de estar muy prostituidos los tribunales de la república para enviar a la cárcel a los ciudadanos que quieren librar a su patria de tanta infamia.

Cuba está sufriendo un cruel e ignominioso despotismo, y vosotros no ignoráis que la resistencia frente al despotismo es legítima; éste es un principio universalmente reconocido y nuestra Constitución de 1940 lo consagró expresamente en el párrafo segundo del artículo 40: «Es legítima la resistencia adecuada para la protección de los derechos individuales garantiza-

dos anteriormente». Mas, aun cuando no lo hubiese consagrado nuestra ley fundamental, es supuesto sin el cual no puede concebirse la existencia de una colectividad democrática. El profesor Infesta en su libro de derecho constitucional establece una diferencia entre Constitución Política y Constitución Jurídica, y dice que «a veces se incluyen en la Constitución Jurídica principios constitucionales que, sin ello, obligarían igualmente por el consentimiento del pueblo, como el principio de la mayoría o la representación en nuestras democracias». El derecho de insurrección frente a la tiranía es uno de esos principios que, esté o no esté incluido dentro de la Constitución Jurídica, tiene siempre plena vigencia en una sociedad democrática. El planteamiento de esta cuestión ante un tribunal de justicia es uno de los problemas más interesantes del derecho público. Duguit ha dicho en su *Tratado de Derecho Constitucional* que «si la insurrección fracasa, no existirá tribunal que ose declarar que no hubo conspiración o atentado contra la seguridad del Estado porque el gobierno era tiránico y la intención de derribarlo era legítima». Pero fijaos bien que no dice «el tribunal no deberá», sino que «no existirá tribunal que ose declarar»; más claramente, que no habrá tribunal que se atreva, que no habrá tribunal lo suficientemente valiente para hacerlo bajo una tiranía. La cuestión no admite alternativa: si el tribunal es valiente y cumple con su deber, se atreverá.

Se acaba de discutir ruidosamente la vigencia de la Constitución de 1940; el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales falló en contra de ella y a favor de los estatutos; sin embargo, señores magistrados, yo sostengo que la Constitución de 1940 sigue vigente. Mi afirmación podrá parecer absurda y

extemporánea; pero no os asombréis, soy yo quien se asombra de que un tribunal de derecho haya intentado darle un vil cuartelazo a la Constitución legítima de la República. Como hasta aquí, ajustándome rigurosamente a los hechos, a la verdad y a la razón, demostraré lo que acabo de afirmar. El Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales fue instituido por el artículo 172 de la Constitución de 1940, complementado por la Ley Orgánica número 7 de 31 de mayo de 1949. Estas leyes, en virtud de las cuales fue creado, le concedieron, en materia de inconstitucionalidad, una competencia específica y determinada: resolver los recursos de inconstitucionalidad contra las leyes, decretos-leyes, resoluciones o actos que nieguen, disminuyan, restrinjan o adulteren los derechos y garantías constitucionales o que impidan el libre funcionamiento de los órganos del Estado. En el artículo 194 se establecía bien claramente: «Los jueces y tribunales están obligados a resolver los conflictos entre las leyes vigentes y la Constitución ajustándose al principio de que ésta prevalezca siempre sobre aquélla». De acuerdo, pues, con las leyes que le dieron origen, el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales debía resolver siempre a favor de la Constitución. Si ese tribunal hizo prevalecer los estatutos por encima de la Constitución de la República, se salió por completo de su competencia y facultades, realizando, por tanto, un acto jurídicamente nulo. La decisión en sí misma, además, es absurda, y lo absurdo no tiene vigencia ni de hecho ni de derecho, no existe ni siquiera metafísicamente. Por muy venerable que sea un tribunal, no podrá decir que el círculo es cuadrado, o, lo que es igual, que el engendro grotesco del 4 de abril puede llamarse Constitución de un Estado.

Entendemos por Constitución la ley fundamental y suprema de una nación, que define su estructura política, regula el funcionamiento de los órganos del Estado y pone límite a sus actividades; ha de ser estable, duradera y más bien rígida. Los estatutos no llenan ninguno de estos requisitos. Primeramente encierran una contradicción monstruosa, descarada y cínica en lo más esencial, que es lo referente a la integración de la república y al principio de la soberanía. El artículo 1 dice: «Cuba es un Estado independiente y soberano organizado como república democrática...» El artículo 2 dice: «La soberanía reside en el pueblo y de éste dimanar todos los poderes». Pero luego viene el artículo 118 y dice: «El Presidente de la República será designado por el Consejo de Ministros». Ya no es el pueblo, ahora es el Consejo de Ministros. ¿Y quién elige el Consejo de Ministros? El artículo 120, inciso 13: «Corresponde al presidente nombrar y renovar libremente a los ministros, sustituyéndolos en las oportunidades que proceda». ¿Quién elige a quién por fin? ¿No es éste el clásico problema del huevo y la gallina que nadie ha resuelto todavía?

Un día se reunieron dieciocho aventureros. El plan era asaltar la república con su presupuesto de trescientos cincuenta millones. Al amparo de la traición y de las sombras consiguieron su propósito: «¿Y ahora qué hacemos?». Uno de ellos le dijo a los otros: «Ustedes me nombran primer ministro y yo los nombro generales». Hecho esto buscó veinte alabarderos y les dijo: «Yo los nombro ministros y ustedes me nombran presidente». Así se nombraron unos a otros generales, ministros, presidente y se quedaron con el tesoro y la república.

Y no es que se tratara de la usurpación de la soberanía por una sola vez para nombrar ministros, generales y presidente,

sino que un hombre se declaró en unos estatutos dueño absoluto, no ya de la soberanía, sino de la vida y la muerte de cada ciudadano y de la existencia misma de la nación. Por eso sostengo que no solamente es traidora, vil, cobarde y repugnante la actitud del Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, sino también absurda.

Hay en los estatutos un artículo que ha pasado bastante inadvertido, pero es el que da la clave de esta situación y del cual vamos a sacar conclusiones decisivas. Me refiero a la cláusula de reforma contenida en el artículo 257 y que dice textualmente: «Esta Ley Constitucional podrá ser reformada por el Consejo de Ministros con un quórum de las dos terceras partes de sus miembros». Aquí la burla llegó al colmo. No es sólo que haya ejercido la soberanía para imponer al pueblo una Constitución sin contar con su consentimiento y elegir un gobierno que concentra en sus manos todos los poderes, sino que por el artículo 257 hacen suyo definitivamente el atributo más esencial de la soberanía que es la facultad de reformar la ley suprema y fundamental de la nación, cosa que han hecho ya varias veces desde el 10 de marzo, aunque afirman con el mayor cinismo del mundo en el artículo 2 que la soberanía reside en el pueblo y de él dimanar todos los poderes. Si para realizar estas reformas basta la conformidad del Consejo de Ministros con un quórum de sus dos terceras partes, y el presidente es quien nombra al Consejo de Ministros, queda entonces en manos de un solo hombre el derecho de hacer y deshacer la república, un hombre que es además el más indigno de los que han nacido en esta tierra. ¿Y esto fue lo aceptado por el Tribunal de Garantías Constitucionales, y es válido y es legal todo lo que de ello se de-

rive? Pues bien, veréis lo que aceptó: «Esta Ley Constitucional podrá ser reformada por el Consejo de Ministros con un quórum de las dos terceras partes de sus miembros». Tal facultad no reconoce límites; al amparo de ella cualquier artículo, cualquier capítulo, cualquier título, la ley entera puede ser modificada. El artículo 1, por ejemplo, que ya mencioné, dice que Cuba es un Estado independiente y soberano organizado como república democrática —aunque de hecho sea hoy una satrapía sangrienta—; el artículo 3 dice que «el territorio de la república está integrado por la Isla de Cuba, la Isla de Pinos y las demás islas y cayos adyacentes...»; así sucesivamente. Batista y su Consejo de Ministros, al amparo del artículo 257, pueden modificar todos esos artículos, decir que Cuba no es ya una república, sino una monarquía hereditaria y ungirse él, Fulgencio Batista, rey; pueden desmembrar el territorio nacional y vender una provincia a un país extraño, como hizo Napoleón con la Louisiana; pueden suspender el derecho a la vida y, como Herodes, mandar degollar a los niños recién nacidos: todas estas medidas serían legales y vosotros tendríais que enviar a la cárcel a todo el que se opusiera, como pretendéis hacer conmigo en estos momentos. He puesto ejemplos extremos para que se comprenda mejor lo triste y humillante que es nuestra situación. ¡Y esas facultades omnímodas en manos de hombres que de verdad son capaces de vender la república con todos sus habitantes!

Si el Tribunal de Garantías Constitucionales aceptó semejante situación, ¿qué espera para colgar las togas? Es un principio elemental de derecho público que no existe la constitucionalidad allí donde el Poder Constituyente y el Poder Legislativo residen en el mismo organismo. Si el Consejo de Ministros hace las leyes,

los decretos, los reglamentos, y al mismo tiempo tiene facultad de modificar la Constitución en diez minutos, ¡maldita la falta que nos hace un Tribunal de Garantías Constitucionales! Su fallo es, pues, irracional, inconcebible, contrario a la lógica y a las leyes de la república, que vosotros, señores magistrados, jurasteis defender. Al fallar a favor de los Estatutos no quedó abolida nuestra ley suprema, sino que el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales se puso fuera de la Constitución, renunció a sus fueros, se suicidó jurídicamente. ¡Que en paz descanse!

El derecho de resistencia que establece el artículo 40 de esa Constitución está plenamente vigente. ¿Se aprobó para que funcionara mientras la república marchaba normalmente? No, porque era para la Constitución lo que un bote salvavidas es para una nave en alta mar, que no se lanza al agua sino cuando la nave ha sido torpedeada por enemigos emboscados en su ruta. Traicionada la Constitución de la República, y arrebatadas al pueblo todas sus prerrogativas, sólo le quedaba ese derecho, que ninguna fuerza le puede quitar, el derecho de resistir a la opresión y a la injusticia. Si alguna duda queda, aquí está un artículo del Código de Defensa Social, que no debió olvidar el señor fiscal, el cual dice textualmente: «Las autoridades de nombramiento del gobierno o por elección popular que no hubieren resistido a la insurrección por todos los medios que estuvieren a su alcance, incurrirán en una sanción de interdicción especial de seis a diez años». Era obligación de los magistrados de la república resistir el cuartelazo traidor del diez de marzo. Se comprende perfectamente que cuando nadie ha cumplido con la ley, cuando nadie ha cumplido el deber, se envía a la cárcel a los únicos que han cumplido con la ley y el deber.

No podréis negarme que el régimen de gobierno que se le ha impuesto a la nación es indigno de su tradición y de su historia.

El Comandante recordó vívidamente aquellos terribles episodios de la prerrevolución; una lágrima brotó inopinadamente de sus ojos. Emocionado, sorbió su té y pretendió fumar su habano, desde hacía rato apagado; carraspeó y nuevamente su mente lo ubicó frente a aquel tribunal, y se vio él mismo, con su gallarda figura juvenil, arengando a aquellos insensibles jueces en las palabras finales de su juicio:

Termino mi defensa, pero no lo haré como hacen siempre todos los letrados, pidiendo la libertad del defendido; no puedo pedirla cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos, ignominiosa prisión. Enviadme junto a ellos a compartir su suerte es concebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una república donde está de presidente un criminal y un ladrón.

A los señores magistrados, mi sincera gratitud por haberme permitido expresarme libremente, sin mezquinas coacciones; no os guardo rencor, reconozco que en ciertos aspectos habéis sido humanos y sé que el presidente de este tribunal, hombre de limpia vida, no puede disimular su repugnancia por el estado de cosas reinantes que lo obliga a dictar un fallo injusto. Queda todavía a la Audiencia un problema más grave: ahí están las causas iniciadas por los setenta asesinatos, es decir, la mayor masacre que hemos conocido; los culpables siguen libres con un arma en la mano, que es amenaza perenne para la vida de los ciudadanos;

si no cae sobre ellos todo el peso de la ley, por cobardía o porque se lo impidan, y no renuncian en pleno todos los magistrados, me apiado de vuestras honras y compadezco la mancha sin precedentes que caerá sobre el Poder Judicial.

En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruina y cobardía de ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá.

Las palabras finales resonaron con timbre sonoro en la mente de Félix, parecía que las hubiese dicho ayer: «Condenadme, no importa, la historia me absolverá».

A muchos años de distancia de esa histórica sentencia, ¿Félix creía realmente que la historia lo absolvería? Esta era la mayor perturbación que aquejaba al Comandante.

Estaba enfermo, sí, él lo sabía; los mejores médicos y las medicinas más sofisticadas y avanzadas lo mantenían con vida; quizá podría sobrevivir cinco años más, ¿quién lo sabía? Pero ello no le preocupaba, la muerte era su fiel compañera desde la revolución. Con el tiempo aprendió a respetarla y a amarla, pero todavía su obra no se había satisfecho. Su gran enemigo, el capitalismo, materializado en los Estados Unidos de América, no le había permitido culminar su obra revolucionaria. No, él no debía morir prematuramente, al menos no sin concluir su obra, pero el camino cada día se estrechaba más, el enemigo acechaba; se había dado cuenta de que ellos querían que muriese sin que su obra y su figura trascendieran, lo querían muerto en su cama cuanto antes; no les daría el gusto.

En su reciente viaje a la República Dominicana —ahora veía con claridad—, fue descubierto un complot para asesinarlo, contras cubanos de la ultra derecha de Miami eran los autores, pero, ¡oh, sorpresa!, fue la CIA, sí, la propia CIA, su gran enemiga, la misma que preparó la invasión de Bahía Cochinos, la que ahora lo defendía y desbarataba el complot; la cosa estaba tan clara como el agua. Pensó: «Me quieren muerto, pero en cama, y de preferencia pronto, sin culminar mi obra. ¡Qué maldad, qué ironía, qué paradoja!», y masculló una maldición entre dientes; «debo darme prisa, no me queda mucho tiempo».

Se sirvió más té, lo endulzó con la azúcar morena que tanto le gustaba, orgullo de la isla; dio unos sorbos largos y finalmente tomó el expediente. Leyó para sí: «Expediente Secreto Cuba-España. Personal».

Nuevamente divagó. Hacía unos días había recibido un llamado telefónico de su colega, el presidente español José María del Vall, siempre atento, quisquilloso y difícil de tratar; era incapaz de sostener una conversación de más de una hora, y eso no le gustaba, pero bueno, a él le tocaba la difícil tarea de favorecer el entendimiento entre los dos pueblos; sentía que un puente de plata unía a Cuba a través del Atlántico con España.

Eran tantas las cosas que tenían en común sus pueblos; además estaban los contras, y toda la población que había salido de la isla también eran cubanos, no lo podía negar, esa diáspora voluntaria era ya numerosísima. Había que zanjar las diferencias con ellos porque a su muerte las cosas podrían radicalizarse y el pueblo, su querido pueblo, volvería a sufrir lo indecible. Él no podía permitir aquello, así que estaba dispuesto a dar la batalla final, la transición moderna, a la cubana, globalizada, que respetaría sus principios y

las leyes; las conquistas de la revolución, sus logros: la educación, la salud, el derecho a la vivienda, la igualdad social, en fin, tantas cosas por las que se luchó con idealismo. La vida no siempre nos permite realizar nuestros ideales, pero el pueblo sabía que siempre había actuado de buena fe. Nuevamente resonó en su mente la frase final de su arenga: «La historia me absolverá».

Cerró el expediente de un golpe, lo guardó en su viejo portafolios de campaña, de cuero crudo. Finalmente lo conocía de memoria y tomó una decisión.

Cuba volvería a la entraña misma de donde surgió. Regresaría a su madre patria, más hecha, más convencida de su destino, más madura, más positiva. «El mundo nos recibirá con gusto, con un nuevo ropaje; mi pueblo se salvará. La historia me absolverá».

Tomó un cuaderno de notas y con su fina caligrafía apuntó con claridad:

- a) Instruir al ministro del Exterior.
- b) Preparar la reunión con mi colega, el presidente español.
- c) Coadyuvar en la reunión del embajador español en Villa Cojimar.

Arrancó la hoja y se la guardó, después de doblarla cuidadosamente, en la bolsa de su chaqueta militar.

Esa mañana se había decidido el destino de su querida patria.

CAPÍTULO X ¿CONVENCIDOS?

Mientras Juan Luis descansaba en la Villa Cojimar preparándose para la reunión del viernes por la tarde, la ciudad bullía en su acostumbrado y monótono devenir. A lo lejos, en la bahía, un barco carguero ruso sorteaba cuidadoso con la ayuda del capitán de puerto, las aguas bajas. En lo alto, junto al Morro, reducto de defensa de otras épocas, unos turistas disfrutaban de refrescantes bebidas en un exclusivo restaurante desde donde se podía gozar de la vista más espectacular de la ciudad. Los viejos cañones, emplazados en las terrazas, apuntaban al horizonte del mar Atlántico; parecían retar a su enemigo natural, a quien tenían a menos de cien millas frente a sus costas.

En las calles de La Habana, sobre todo en la Quinta Avenida y en el malecón, jovencitas elegantemente vestidas aguardaban pacientes la llegada de algún turista.

El Comandante Félix se había encolerizado cuando, en su último viaje a Europa, le fue mostrado un video en el que aparecían jóvenes cubanas, llamadas *jineteras*, ofreciéndose al mejor postor.

A su regreso a la isla, ordenó una *racia* contra todas las jóvenes de la capital cuya conducta fuese licenciosa; cerró discotecas, cabarets, etcétera, y dio instrucciones a su terrible policía de de-

tener a cualquier joven que fuese proclive a la prostitución con turistas, lo que se prestó a múltiples vejaciones con la población juvenil.

«¿Qué no sería mejor prohibir el turismo?», se preguntaba la gente de la capital. «Qué culpa tienen esas “chiquitas” de tener hambre», decía una negra a un periodista de la televisión que hacía un reportaje.

Miles de *yulietas*, como la del cortometraje mexicano, mero-deaban por las calles de La Habana, y si no eran turistas los clientes, cualquiera con un puñado de dólares las hacía fácil presa de sus apetitos sexuales.

¿Era el precio de la apertura turística? Nadie podía explicarse ese fenómeno. Lo cierto es que la ciudad vivía con ese problema y solamente unas cuantas mujeres, más afortunadas, lograban una relación seria y estable con extranjeros.

El calor no era tan sofocante como las tardes de verano; una brisa fresca inundaba el ambiente, lo que se prestaba para que la población estuviese de mejor humor.

El camino obligado a la Villa Cojimar era el paseo del malecón, que esa tarde se encontraba pletórico de jóvenes parejas sentadas sobre el muro, algunas prácticamente entrelazadas, besándose y acariciándose con pasión. «Es el calor caribeño», decía la gente. «Así somos aquí, el sexo no nos molesta ni nos aflige», diría con naturalidad una joven pareja al camarista de la televisión, encargado de captar imágenes; acto seguido, ella, una hermosa negra, se contonearía moviendo el culo con rítmico frenesí para luego mostrar los senos desnudos a la cámara, sin recato alguno, lo cual fue aplaudido por el personal de la televisión que hacía el reportaje.

Esa era la ciudad en sus detalles más primarios, lo cual, obviamente, el Comandante no podía apreciar; estaba ajeno a esa realidad.

Su ciudad se le había escapado, la gente era otra, muy diferente a la que compartió con él la revolución. Muchos años habían transcurrido.

Los autos de los funcionarios cubanos, cada uno por su lado, recorrieron esas calles de La Habana, cruzaron el puente de la bahía y se enfilaron por la hermosa carretera del este hacia la Villa Cojimar.

Todo estaba dispuesto en la villa; los jardines, bellamente decorados, esperaban a los invitados. Los músicos, a tono con la tarde, interpretaban bellas melodías para ambientar la reunión. Las edecanes atendían a los invitados y los acompañaban al salón principal, en donde éstos eran objeto de un trato delicado y especial del anfitrión y de su gente.

Damaris, por su parte, daba la bienvenida a las damas acompañantes y las invitaba a pasar al salón anexo, en donde tendría lugar la exhibición de modas.

Finalmente, el último de los invitados llegó; era el ministro del Exterior, quien esa tarde había tenido acuerdo con el presidente y de cuya oficina se había trasladado a la Villa Cojimar.

La esposa del ministro, en su segundo matrimonio, una joven inquieta, estudiante de maestría en Derecho, había arribado con antelación a la villa y se había dado a la tarea, junto con Damaris, con quien llevaba una buena amistad, de reunir a las señoras y romper el hielo de la reunión, lo que en Cuba no era difícil; los temas en común eran muy simples, principalmente las unía el interés por la novela del momento y la posibilidad de compartir

alguna película nueva en los videos, para disfrutar, en la intimidad de sus hogares, diversión común en La Habana.

Cerciorado Juan Luis de la asistencia de todos sus invitados, dio la orden con discreción de cerrar la puerta de la villa y de proseguir de acuerdo al plan trazado.

De inmediato, diligentes meseros comenzaron a ofrecer a los invitados las bebidas de su predilección y a obsequiar bocadillos, y una vez servidos, fueron discretamente colocados en las mesas laterales para que cada quien dispusiera.

Juan Luis invitó a los funcionarios a acomodarse en los mullidos sillones de la sala, lo que dio a la reunión una mayor cercanía y familiaridad.

El ministro del Exterior inició la conversación.

—Excelentísimo señor embajador —expresó. Juan Luis acotó con amabilidad:

—Os ruego, ministro, que esta tarde hagamos a un lado el protocolo, ¿estáis de acuerdo?

—Desde luego, Juan Luis —dijo sonriente el ministro—. En vuestra casa y en vuestro cumpleaños sería chocante que nos ciñéramos al protocolo. Por mi parte, y creo que por la de mis compañeros, no hay problema.

—Desde luego —asintieron todos.

—Bueno —dijo el ministro—, parece que a mí me toca iniciar esta plática. Quiero expresar la felicitación del presidente Félix Cruz Ruiz por tu cumpleaños. Aunque él ya se comunicó contigo por teléfono, me pidió apenas hace una hora, que estuve en acuerdo con él, que te saludara y expresara el beneplácito por esta reunión; así que primero el deber y después el regocijo. Salud, Juan Luis, por más cumpleaños plenos como este.

—¡Salud! —dijeron todos casi al unísono y levantaron sus copas de fino cristal, que relucieron con el sol de octubre, tan brillante todavía a esas horas.

Juan Luis adivinó en el acto las palabras del ministro, lo que obviamente daba la pauta para el comienzo de la conversación y para introducir a todos en el tema.

—Le agradezco, ministro —dijo todavía solemne Juan Luis—, las palabras de felicitación del presidente Félix, lo cual me estimula sobremanera, y os ruego que esta tarde, que me siento especialmente complacido con vuestra presencia, tengáis la confianza suficiente para que abordemos los temas que más nos interesan, por el bien de Cuba, país al que he aprendido a querer y a respetar.

—Con la confianza que nos brinda, y en la intimidad de este grupo, a mí me gustaría conocer, embajador, qué información tiene usted respecto a las intenciones de los grupos antirrevolucionarios extremistas de Miami de privar de la existencia a nuestro querido Comandante, actividad que se dice que se ha intensificado en estas últimas fechas —dijo en tono serio Ezequiel Fidelius, historiador de La Habana y uno de los hombres cercanos al Comandante.

—Efectivamente, Ezequiel —dijo en tono de complicidad Juan Luis—, los informes que tengo, y les ruego que seáis discretos y no divulgéis la fuente, son absolutamente fidedignos y de ellos se desprende la certidumbre de una actividad febril de parte de un grupo cuasiterrorista de cubanos en el exilio, como ellos se hacen llamar, cuyo objetivo es quitar de en medio a Félix y endurecer las negociaciones con el gobierno de la isla, ya que a ellos no les interesa resolver el conflicto, pues es un grupo que medra y se nutre de las jugosas aportaciones de grupos de ultraderecha y de asociacio-

nes anticomunistas, razón por la cual les conviene que este estado de cosas permanezca. De hecho, ni el FBI o la CIA apoyan sus actividades, así como tampoco el grupo de cubano-estadounidenses que ahora liderea Francisco Ballantine, quien ha desautorizado las declaraciones que han vertido a la prensa internacional.

—Pero por qué la CIA —terció el presidente de la Asamblea Nacional Popular—, no comprendo, si son nuestros más grandes enemigos.

—Precisamente, y allí está la paradoja —dijo amable Juan Luis—; a Estados Unidos no le conviene que a estas alturas Félix sufra un atentado porque lo convertiría en héroe y mártir y endurecería la postura de quien le suceda en el mando. Ellos quieren que el Comandante, a quien le dan poco tiempo de vida, por razón de su edad —aquí el embajador prefirió omitir lo que él sabía acerca de la enfermedad confirmada de Félix—, muera en su cama, sin trascendencia y con el desgaste natural a cuestas, el cual cada día es mayor, debido al descontento que priva entre la nueva generación, que no quiere saber nada de la revolución.

»En una encuesta realizada por una empresa académica de la Universidad de Guadalajara, en México, la CEO, autorizada por el propio Comandante, se dio como resultado que el apoyo entre adultos de treinta a cincuenta años a favor de Félix es de 85 por ciento, pero de jóvenes de quince a treinta años, apenas fue de 14 por ciento, lo cual evidencia el deterioro que han inducido los estadounidenses en su afán por desprestigiar históricamente al Comandante».

El ministro del Exterior volteó a ver a Ezequiel y le hizo una seña casi imperceptible, sólo por ellos conocida; acto seguido Ezequiel continuó con el interrogatorio.

—En esa virtud, embajador, suponiendo que su teoría esté acertada, cómo podemos entender la política de España, con un gobierno de derecha que nos demostró claramente, al inicio de la administración de José María del Vall, su apatía por Cuba y por su régimen, situación obvia, por la simpatía que le genera la política de Inglaterra y de Estados Unidos y la del anterior primer ministro alemán Helmut Kohl. Ante esta perspectiva, muchos cubanos, entre los que me encuentro yo, recelamos de la verticalidad y objetividad de España en la mesa de negociaciones de Bilbao, y lo que es más peligroso, tememos la parcialidad de José María a favor de los contras de Miami.

Juan Luis meditó muy bien lo que iba a decir, a sabiendas de que la conversación estaba siendo grabada y de que de su respuesta dependía, en gran medida, del convencimiento de este importante grupo de colaboradores cercanos al Comandante. Además, no le quedaba duda, sabía que esta pregunta había sido pensada con antelación, quizá en el propio despacho del presidente.

—Debo ser claro con vosotros —dijo en tono serio Juan Luis—: estáis enterados de que el Comandante Félix, en la anterior administración del presidente español Felipe García, quien pertenecía al PSOE, y por afinidad ideológica admiraba a don Félix, inició conversaciones formales para pedir a España que ejerciera su influencia ante la Unión Europea para condenar el bloqueo económico a la isla.

»España, con Felipe García a la cabeza, no sólo favoreció el rompimiento del bloqueo, sino que permitió que múltiples delegaciones de diferentes regiones de España viniesen a Cuba para consolidar la inversión española en todos los órdenes y ayudar en su esquema de desarrollo, de suministro de básicos, de maquinaria

y de energéticos. Esta villa en múltiples ocasiones fue el lugar de reunión en el que se consolidaron importantes inversiones, sobre todo turísticas.

»Dicha política de España no podía ser soslayada en el régimen de José María del Vall, que aunque pertenece a un partido opositor al PSOE, esto es, al PP, partido de la derecha en España, comprendió a tiempo que Cuba era a los españoles un tema obligado, cuya simpatía es manifiesta y casi unánime; razón por la cual José María, con la aprobación expresa del rey Don Juan Felipe, retomó la política de la anterior administración. Esto le generó simpatías adicionales del pueblo y de sus actuales aliados políticos, los partidos vasco y catalán, además de los grupos minoritarios como los gallegos y canarios.

»El Comandante, tengo entendido, refrendó su solicitud a José María del Vall para que España fuese quien organizase una reunión entre los contras y vosotros, en territorio neutral, para tratar de llegar a un acuerdo en razón al tema de las reivindicaciones, indemnizaciones y demás, que esgrimen como argumento los exiliados, como condición sine qua non para llegar a un entendimiento con el régimen cubano.

»De este esfuerzo conjunto, y gracias a la inteligencia de Félix, se pudo celebrar la Primera Cumbre de Bilbao, la que ha servido de ejemplo para Irlanda y para el propio País Vasco, quienes tienden a entrar al plano de las negociaciones.

»Las reuniones de Bilbao son vigentes, y en mi modesta opinión, serán muy valiosas para consolidar la decisión que tome el pueblo y el Gobierno de Cuba en torno a su futuro inmediato».

—Ya que tocó el tema del País Vasco, embajador —dijo el ministro del Exterior, obviamente enterado hasta la médula de este

proceso español que calaba hondo en el ánimo del pueblo y del Gobierno de España—, ¿qué esperan los españoles con el pronunciamiento de una mayor autonomía de las regiones históricas de España y una reforma a la Constitución que las garantice?

—Obviamente —dijo Juan Luis—, el problema del endurecimiento de la ETA con el gobierno español, a través de la intervención de Herri Batasuna, el brazo político de la organización, ha menguado en favor de un diálogo abierto, civilizado y propositivo. Es natural que Herri Batasuna favorezca la reivindicación histórica de los derechos plenos del pueblo vasco; esto como planteamiento original es comprensible, pero no aceptable. Yo creo que a partir de esa postura se debe negociar y, en su momento, consolidar el régimen de autonomía, sin perder la vinculación con la nación española, ahora unida históricamente pese a la diversidad, lo que no se puede evitar, ni caminar retrospectivamente. Vosotros mismos son producto de esta diversidad, merced a las migraciones más o menos numerosas de gallegos, canarios, asturianos, vascos, aragoneses y andaluces, por mencionar algunas regiones, quienes se dirigieron durante siglos a la isla; la migración no cesó hasta bien entrado el siglo veinte. Así que, si vosotros quisierais, bien podríais invocar derechos históricos a España y exigir integrarse bajo el régimen autonómico a la nación española, y ello sin perder vuestras propias costumbres, idioma, religión, leyes y logros, que en eso es muy clara la Constitución del país.

Juan Luis dijo lo anterior con una inocencia seráfica, midiendo con agudeza el efecto de sus palabras y rogando en su fuero interno que el planteamiento no causara disgusto entre sus interlocutores.

—¿Pero es posible esta unión, dada la distancia y ubicación de nuestra isla? —preguntó el presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.

—Desde luego que es posible, bajo el más estricto análisis constitucional e histórico —dijo el embajador—; yo pondría el ejemplo de las ciudades españolas enclavadas en África del Norte, Ceuta y Melilla, pero el caso más parecido son las islas de Canarias, en África Occidental, que se incorporaron a España por decisión libre y espontánea de sus habitantes, quienes, como vosotros, son españoles de origen, los cuales optaron por el régimen de la autonomía, beneficiándose con el desarrollo de la España actual y con el apoyo de programas y recursos de la Unión Europea.

—Pero el caso de Cuba implica mayores riesgos, por la ingerencia norteamericana —dijo en tono convencido el alcalde de La Habana, quien hasta el momento no había intervenido y quiso hacer notar su presencia, aunque el tema tratado no era de su especialidad, le pareció oportuno plantear el caso con sentido común—, lo que hace difícil que Cuba opte por el régimen autonómico que posibilita la Constitución española y que los cubanos podríamos reivindicar, como usted dice.

Juan Luis vio la oportunidad que había estado esperando, sobre todo al sentir que había calado en el ánimo de los funcionarios la idea, y que estos no la habían soslayado, sino por el contrario, ya la aceptaban, por lo que, sin establecer polémica, contestó amable.

—Estáis en lo cierto, alcalde —dijo en tono de aprobación Juan Luis—. Sin embargo, el momento histórico que se vive es el adecuado; no olvidemos que en estas circunstancias Washington estimula el nacionalismo puertorriqueño con la esperanza de que este país corte el cordón umbilical con Estados Unidos y proclame

su independencia, dándole oportunidad de que trate de ser autosuficiente. A estas alturas, a Estados Unidos ya no le es de utilidad mantener bases en una zona geográfica que dejó de ser estratégica para fines bélicos, por lo que sostener ese estatus es anacrónico y gravoso. Además, considero, por la actitud diplomática desplegada en torno a Cuba, al menos en este último año, que Estados Unidos no se opondría a una solución de esta naturaleza, sobre todo si se sigue un procedimiento que implique la manifestación real de la voluntad popular —Juan Luis, por supuesto, no comentó mayores detalles en torno a los verdaderos requisitos procedimentales que implicaba, en su caso, la ejecución de un referéndum, en donde participarían los cubanos exiliados. Esos detalles los dejaría para después, una vez que se llevara a cabo la conferencia entre el ministro del Exterior de España y el presidente Félix.

Los huéspedes consideraron suficientemente aclarados los aspectos relacionados con la problemática cubana en torno a su futuro inmediato, y con la mayor facilidad cambiaron su actitud formal e inquisitiva por una relajada y displicente. Le pidieron al embajador que conectara el video para conocer en detalle la grabación llegada de España sobre las Pamplonadas, efectuadas apenas hacía unos meses. Juan Luis, obsequioso, no sólo les presentó las fiestas de Pamplona, sino una preciosa exhibición de la mejor producción de la televisión española, de los pueblos y costumbres de su país, haciendo recordar a algunos de sus invitados sus constantes viajes a la madre patria, en donde, incluso, alguno de ellos tenía familiares cercanos.

La velada transcurrió sin mayores sobresaltos hasta que llegó la hora de reunirse con las damas, quienes por su parte estaban encantadas después de haber presenciado un vistoso desfile de

modas y de haber sido obsequiadas con una hermosa prenda de vestir, de su predilección.

La cena fue el punto culminante de la reunión, ya que Juan Luis, Damaris y Jesús se desvivieron por atender a los comensales, quienes, ya entrada la noche, se despidieron de manera muy cordial del embajador.

Juan Luis agradeció a todo el personal su diligencia y buen servicio y dejó que Jesús atendiese los pormenores de la paga y el transporte, y él se aprestó a pasar una deliciosa noche en los brazos de la cariñosa Damaris.

¿CONVENCIDOS?

Hacía mucho tiempo que Juan Luis no disfrutaba de un fin de semana pleno en la preciosa Villa de Cojimar. La mañana del sábado, sin otra cosa que hacer que informar al ministro del Exterior de su país del resultado de la reunión del viernes, procedió a cumplimentar lo solicitado, por lo que llamó a Jesús a la embajada para pedirle que hablase a la oficina del ministerio en España y se cerciorara del paradero del ministro; fue muy claro al instruirle que en cuanto tuviese la información, llamase a su teléfono portátil.

Mientras tanto, se dispuso a hacer una recapitulación de sus reuniones: la entrevista con sus colegas embajadores había resultado mejor de lo deseado. Ellos habían aportado elementos de juicio muy valiosos que, sin duda alguna, serían muy apreciados por el ministro del Exterior.

Juan Luis, hombre metódico y disciplinado, había tenido el cuidado de comenzar a hacer anotaciones y observaciones de las diversas intervenciones; lo hizo con especial esmero por tratarse de la reunión de la embajada. La de Cojimar fue registrada escrupulosamente por el sistema de grabación instalado apenas dos meses antes en la villa, lo que le permitiría recrearse con las inter-

venciones de los altos funcionarios cubanos. La grabación sería muy apreciada por el ministro.

Escuchó la cinta y se cercioró de que en sus intervenciones no sólo hubiera cuidado las formas, sino también que nunca hubiera dado por hecho el protagonismo de España ni su interés por resolver el caso de Cuba. Los juicios de valor habían surgido de manera natural.

Qué ajeno estaba Juan Luis de sospechar que los propios funcionarios, en especial el ministro del Exterior y el historiador de La Habana, habían sido instruidos personalmente por el propio Félix, quien, a su vez, había llegado al convencimiento de la importante decisión que había tomado y requería cerciorarse de la buena voluntad del actual gobierno de derecha español. Así que Cojimar había servido para un doble propósito, y a ambas partes había satisfecho el resultado.

El ambiente era propicio, pensó Juan Luis; por una parte la aceptación tácita del gobierno de Armstrong quien, a pesar de la enorme dificultad por la que atravesaba por el lío de faldas y de braguetas fáciles, todavía poseía enorme influencia mundial para favorecer el procedimiento de incorporación. Hacía apenas unos días que Puerto Rico, con la anuencia de Washington, había celebrado un nuevo referéndum que convalidó su estatus al *american way of life*, como Estado libre y asociado, sin perder sus derechos de autodeterminación, su cultura, religión o su idioma. El mensaje estaba claro: era el momento preciso.

Por otra parte, los países latinoamericanos poco o nada podían hacer para evitar la incorporación de Cuba a España. Félix en ningún momento, y eso lo había dejado muy en claro a través de cuarenta años de revolución, les había permitido intervenir en sus

asuntos y decisiones. Cuba se había manejado, desde el proceso revolucionario, con autonomía respecto a los países latinoamericanos. Además, se sentía en el ambiente un aire adecuado y una atmósfera de simpatía que permitiría dar el paso trascendente sin mayores sobresaltos.

El teléfono portátil de Juan Luis timbró en dos ocasiones, mientras éste procedía a activarlo.

—Diga —respondió.

—Embajador, habla Jesús; tengo la información que me solicitasteis.

—Espera un segundo —dijo—, voy a coger un bolígrafo y papel para anotar, adelante.

—El ministro se encuentra en la habitación 3112 del Hotel Diplomático de Bruselas; el teléfono es 829 17 47 y el prefijo es 32 más 2. En este momento espera vuestra comunicación; podéis hacer contacto directo, he dado instrucciones de que vuestra llamada sea enlazada de inmediato.

—Gracias, Jesús —dijo complacido el embajador y se preparó a hacer la llamada a ultramar.

Una voz femenina se escuchó en el pequeño teléfono portátil.

—*Allô, bonjour, Hôtel Diplomatique.*

—*Bonjour, la chambre 3112, s'il vous plaît.*

—*Oui, monsieur.*

—*Hallo, ¿señor ministro?*

—Sí, Juan Luis, ¿tenéis alguna novedad?

—Sí, ministro, quiero informaros que la reunión de ayer por la noche en Villa Cojimar fue todo un éxito; acudieron al llamado de la embajada funcionarios de primer nivel, entre los que sobresalen los ministros de Comercio y del Exterior, el presidente de

la Asamblea Nacional del Poder Popular y el historiador de La Habana. La plática en torno al asunto que me habéis encomendado se desarrolló con la mayor naturalidad, y quiero deciros que el propio ministro del Exterior abordó el tema, dando oportunidad a que se despejasen las incógnitas, pero en general hubo aceptación de todos los asistentes, sin mayores sobresaltos.

—Magnífica noticia —dijo en tono amable el ministro—, tenedme preparado un informe con lo más sobresaliente a fin de que me sirva para la entrevista con el presidente Félix. Debéis informar a la cancillería de mi llegada en el vuelo normal de Iberia del próximo martes, y os ruego confirméis mi cita con el presidente, el jueves, en el Palacio de Convenciones.

»Ah, otra cosa, embajador; disponed de una suite en el Hotel Cohiba La Habana, ya que estaré el tiempo indispensable y regresaré a la reunión de ministros en Bruselas, por lo que esta vez no podré disfrutar de la Villa Cojimar».

—Entendido, ministro, prepararé la información con lujo de detalles.

—Hasta el próximo martes.

—Hasta entonces, embajador, y enhorabuena.

Juan Luis cortó la comunicación y desactivó el pequeño teléfono. Se caló las gafas de sol y se dirigió a la piscina, en donde se encontraba la escultural Damaris disfrutando del frescor del agua. Totalmente relajado, se dispuso a disfrutar a plenitud el fin de semana en Villa Cojimar.

El aeropuerto de Barajas, en Madrid, bullía de actividad esa mañana decembrina; el clima, aunque frío, no alcanzaba las temperaturas bajo cero que se acostumbran en el invierno madrileño.

José Antonio Cabezas y Argote, ministro del Exterior de España, se disponía a hacer el recorrido desde su hogar al aeropuerto de Barajas para abordar el avión de Iberia que lo trasladaría en nueve horas a la ciudad de La Habana. El vuelo estaba programado para las nueve y media horas, por lo que José Antonio se había levantado muy de mañana; había tomado un café fuerte, un pastelillo y un zumo de naranja. Después se despidió de su esposa con un cariñoso beso y abordó el automóvil que lo esperaba a la puerta de su casa.

Su hogar, una casona de manufactura antigua, quizá del siglo XIX, con gruesos muros que la protegían del exterior y amplios y bien cuidados jardines, había sido prácticamente rodeada de edificios de departamentos y locales comerciales. Ubicada en el corazón de Madrid, a unos pasos de paseo de la Castellana, hacía tiempo que había dejado de brindar a sus dueños la apacibilidad, tranquilidad y seguridad de antaño, pero aún conservaba el señorío y la solera de las fincas del Madrid del siglo XIX.

José Antonio contempló la cantidad de vehículos pequeños ubicados por todas partes, invadiendo los pasos peatonales, banquetas, y hasta estacionados en lugares prohibidos.

—Esta plaga —comentó en voz alta—, ¿cuándo la podrán controlar?

Su auto enfiló por la hermosa avenida; camellones y espacios verdes se encontraban decorados artísticamente con flores multicolores y con catarinas o flor de la navidad, importada de México, cuyo color rojo intenso y propiedades adecuadas al frío la hacen imprescindible en las festividades navideñas. No dejó de admirar su ciudad; las construcciones de estilo neoclásico y la grandeza de sus plazas y monumentos le daban un aire de magnificencia que

admiraban propios y extraños. Ciudad de intensa vida cultural, crisol de civilización, capital de mundo hispánico, en donde lo latino y lo hispánico se vuelven a confundir.

Contempló el sobrio edificio del Museo del Prado y se prometió visitarlo para solazarse con las nuevas salas y adquisiciones.

Cruzó la Puerta de Alcalá antes de tomar la vía corta de la autopista y finalmente tomó la prensa del día y se sumió en la lectura de las notas internacionales.

El encabezado de una nota llamó poderosamente su atención:

Los contrastes en las políticas de EE. UU.

Washington (NTX). «Los cuarenta años de la retórica de Félix Cruz contrastan con la visión de la nueva generación de políticos en el Congreso de Estados Unidos que buscan acabar con el embargo económico a Cuba», consideraron expertos en asuntos interamericanos.

«Los radicales del Congreso, como el senador republicano Jesse Helms, y el demócrata Robert Torricelli, se están quedando solos en la defensa de una política hacia Cuba, que data de la Guerra Fría y que se ha vuelto totalmente obsoleta», afirmó el profesor Joseph Tulchin.

El especialista en asuntos interamericanos del Woodrow Wilson Center dijo que «la nueva generación de políticos estadounidenses que empezaron a llegar al Congreso hace tres años, y otros que asumirán su puesto en enero de 1999, tienen otra visión sobre el tema Cuba». Tulchin ha señalado que, aunque en el Capitolio está aumentando el clamor por acabar con el embargo económico impuesto a Cuba hace más de treinta años, la retórica crucista los obstaculiza para actuar y anularlo.

«Es un problema de contraste. La retórica crucista, al igual que el embargo, son reliquias de la Guerra Fría, y eso ya no lo conciben los nuevos políticos de Estados Unidos, que al ver esta actitud, optan por el statu quo», añadió.

La Casa Blanca afirmó que el presidente Armstrong forma parte de la nueva generación de políticos de Estados Unidos, pero que también se ha visto atado de manos por la retórica de Félix que lo ha obligado a tomar medidas radicales.

J.P. Crowley, uno de los voceros presidenciales, apuntó que aunque Armstrong llegó a la Casa Blanca «con la intención de hacer cambios a la política exterior del país», retóricas como la crucista se lo impidieron.

Con base en esta nueva generación de políticos que, según John Warner, senador republicano por Virginia, son más de 150 en la Cámara de Representantes, y un número considerable en el Senado, se están creando alternativas para posibles cambios a la política con Cuba.

Warner encabeza el movimiento legislativo que recientemente propuso a Armstrong aceptar la creación de una comisión bipartidista para revisar la política con Cuba.

«La decisión de levantar el embargo la tiene que tomar el Congreso. Por eso es que estamos empezando a tomar medidas precautorias para los cambios que se puedan dar en La Habana», dijo Warner.

La tarea de la Comisión Nacional Bipartidista se debe enfocar, según analistas consultados, en qué tipo de riesgo representa Cuba para la seguridad nacional de Estados Unidos, y hacer un análisis sobre el papel que ésta puede jugar en el terrorismo y narcotráfico internacional.

Además, de acuerdo con los expertos, esta tarea será importante también en la identificación de las pérdidas incurridas por los reclamos certificados de ciudadanos estadounidenses por la confiscación de propiedades en Cuba, y en el impacto doméstico e internacional que tienen los años de embargo económico, comercial y turístico.

José Antonio meditó sobre la nota; la información cifrada que había estado recibiendo de las diferentes embajadas españolas en América sobre el tema de Cuba hacían suponer un cambio de actitud del Gobierno de Washington. Además, la señal inequívoca del reciente referéndum en Puerto Rico, autorizado por el propio Armstrong, para decidir el futuro político de la vecina isla caribeña, evidenciaba el cambio de mentalidad de los nuevos políticos estadounidenses. «Las cosas se ponen a punto de turrón», pensó jocosamente el ministro.

El vehículo transitaba libremente por la moderna autovía que comunica a Madrid con el aeropuerto de Barajas. José Antonio contempló las modernas urbanizaciones de edificios multifamiliares que rodeaban como una atalaya la ciudad, otrora circundada por el verdor de los campos cultivados cuidadosamente que cambiaban su ropaje con el ciclo de las estaciones, tan marcadas en la capital de España.

La señal de tráfico anunció la inminencia del arribo al aeropuerto, por lo que José Antonio, todo compostura, se acomodó el pelo, comprobó que la corbata estuviese correctamente anudada y se aprestó a bajar del auto. Personal del ministerio lo esperaba para acompañarlo a hacer los trámites normales de documentación, que solamente requirieron de unos cuantos minutos.

El ministro fue requerido por los reporteros de prensa, quienes cubrían la fuente del aeropuerto para una entrevista, por lo que accedió a que la misma se celebrara en uno de los salones oficiales del aeropuerto.

Una vez instalados, el ministro se dirigió a los reporteros:

—Estimados amigos de los medios de comunicación:

»Quiero informaros que, por instrucciones de vuestra excelencia el presidente de España, don José María del Vall, hago un viaje oficial a la ciudad de La Habana, Cuba, fundamentalmente para consolidar las relaciones entre nuestros países, además de preparar la posible visita de los reyes de España a Cuba para el próximo año. En esta ocasión, haré una visita oficial a mi homólogo, el ministro del Exterior de Cuba, con quien trataré lo relativo al protocolo de la visita de nuestras majestades. Asimismo, se me ha confirmado una reunión privada con el Comandante Félix Cruz Ruiz, presidente cubano, con quien trataré lo relacionado a la inminente visita del presidente José María del Vall, quien en los primeros meses del año próximo visitará los países dañados por el huracán Mitch y hará una escala de un día en La Habana, correspondiendo a una invitación que le fue formulada por el propio Comandante.

»Si queréis formular alguna pregunta, estoy a vuestra disposición».

De inmediato surgieron las preguntas.

—Señor ministro —interrogó el reportero del diario *El País*—, uno de los más influyentes medios de comunicación en España. ¿Podemos deducir que esta autorización del gobierno español para viajar a Cuba, sobre todo tratándose de un ministro tan identificado con el presidente José María del Vall, significa la renova-

ción del apoyo que la anterior administración había brindado al Comandante Félix Cruz?

La respuesta no se dejó esperar.

—No podemos dejar de reconocer que España ha sido, desde hace muchos años, extraordinariamente generosa con Cuba. La situación tan singular de este país nos ha sensibilizado, al grado de otorgarle apoyos inusuales, los cuales, de acuerdo con la situación de nuestro país, se incrementan o reducen. El hecho que, al cambio de gobierno a cargo del presidente José María del Vall, se hayan reducido esos apoyos, obedeció a situaciones de control presupuestario y organización de nuestras finanzas, antes que de cambio de una actitud política en favor o en contra de un país amigo; así que mi visita no es para significar la renovación de algún apoyo, sino para consolidar una relación mutua de amistad y entendimiento.

—Ministro Cabezas y Argote —interrogó ahora el reportero del importante diario de derecha *ABC* de Madrid—. A nuestros lectores les gustaría saber si de alguna manera el respaldo de la España actual, gobernada por el Partido Popular, que siempre cuestionó las medidas de apoyo a Cuba del gobierno del PSOE, significa un cambio de 180 grados en la brújula de la dirección política de la actual administración.

—España, acaba de anunciar el presidente José María del Vall, está por encima de intereses partidistas o de ideologías trasnochadas; nuestro acceso a Europa, a través de la Unión Europea, ha permitido ubicarnos en una dimensión que va más allá de los intereses de grupo, permitiendo que España y los españoles seamos más universales, más abiertos, más sensibles a los problemas que plantea la globalización. En esa virtud, yo afirmo que España no

cambia de rumbo, sino que escoge una mejor ruta que le permite adquirir el liderazgo moral con los países hispanoamericanos, que desgraciadamente perdió, por su incompreensión, en los momentos en que ellos más nos necesitaban.

—Señor ministro —esta vez fue el corresponsal del diario francés *Le Monde* quien formuló la pregunta—, a la comunidad internacional tomó de sorpresa la Cumbre de Bilbao, con la mediación de España, celebrada entre los contras cubanos y los funcionarios crucistas, a fin de armonizar los graves conflictos que han persistido durante cuarenta años entre las dos comunidades cubanas, lo que ha causado una guerra sin cuartel y un distanciamiento real entre el pueblo cubano, fenómeno comparable a la separación de Alemania y su división, que persistió desde la Segunda Guerra Mundial. ¿Significa acaso este viaje a Cuba, el fin del conflicto entre la comunidad cubana de la isla y la del continente y su posible integración, con una nueva fórmula de convivencia y de unidad?

—Agradezco la pregunta, compañero del *Le Monde*, que me permitirá clarificar el porqué de la intervención de España en la Cumbre de Bilbao.

»Para ningún español es desconocido el hecho de que 99 por ciento de la migración poblacional de Cuba, sin mencionar el fenómeno de la colonización negra en el continente, correspondió a España. Diversas regiones de nuestro país, entre las que sobresale Andalucía, Galicia, Castilla, Canarias, Extremadura, etcétera, se volcaron, hasta ya entrado el siglo xx, hacia diversas regiones del oriente y del occidente de Cuba; nuevos centros de población surgieron con migrantes españoles, quienes guardaron una relación muy cercana con su patria de origen.

»Por esa razón, no debe extrañarnos que tanto los cubanos residentes en Estados Unidos de América como los residentes en la isla, y sus autoridades, hayan pensado y decidido que España pudiese mediar en un conflicto que se antoja doméstico, pero que tiene una gran dosis de intolerancia ideológica derivada de las tesis más recalcitrantes de la época de los años treinta y cuarenta de los Estados Unidos de América, que se abrogaron el derecho de defender la democracia y la libertad y, en consencuencia, perseguir el comunismo en cualquiera de sus formas.

»España, un país al margen de los conflictos de Cuba y de sus habitantes, que ha respetado su proceso interno y que ha ayudado históricamente a unos y otros, fue reconocida para mediar en el conflicto y los resultados están a la vista. Ahora bien, España de ninguna manera pretende cobrar factura ni sugerir la adopción de medidas que transformen el actual estado de cosas; somos respetuosos de la libre autodeterminación del pueblo cubano y solamente a ellos corresponderá tomar las decisiones que crean convenientes».

—Señor ministro —preguntó un reportero no identificado—, ¿la visita a Cuba implica el apoyo con recursos económicos españoles para aliviar la crisis por la que atraviesa ese país?

—De ninguna manera; mi misión es diplomática y esas cuestiones escapan de la competencia del ministerio a mi cargo.

Un silencio se hizo en la sala, circunstancia que aprovechó José Antonio para dar por concluida la reunión, y se despidió con el pretexto de abordar el avión.

El ministro fue instalado en la primera fila de primera clase, lo que le permitiría cierta comodidad en el viaje. Una vez ubicados sus objetos personales en la parte superior de su asiento, se dispuso a descansar y a leer un poco, para lo cual disponía del expedien-

te confidencial y de un singular libro, una entrevista realizada al Comandante Félix Cruz Ruiz por el periodista italiano Gianni Miná, documento que le serviría para conocer la mentalidad del Comandante. Su entrevista con Félix iba a ser única y de enorme trascendencia, por lo que debía estar preparado.

El avión inició su carrera de despegue y en unos cuantos segundos la pesada nave se elevaba con majestuosidad por los cielos de España; el capitán anunció por el equipo de comunicación el itinerario.

En veinte minutos estaría en territorio portugués; en media hora sobrevolarían Lisboa, y ya con una altitud de 35 mil pies, enfilaban a América a través del océano Atlántico con dirección a Nueva York, para posteriormente dirigirse a su destino final, La Habana, Cuba.

José Antonio fue obsequiado con un vaso de vino blanco del país y unas tapas de salmón; cómodamente instalado, tomó el libro y leyó el título *Un encuentro con Félix*.

Gianni Miná. Comandante: los europeos y los italianos que no tienen prejuicios sostienen que la revolución cubana sobrevive porque, aunque es un país pobre, supo liberarse de la miseria, a diferencia del resto de la América Latina. ¿Cómo ha sido posible esto?

Félix Cruz. Tendré que tratar de sintetizar para no hacerte una historia muy larga.

Yo pienso que, en esencia, eso sólo habría sido posible con una revolución, por lo menos en breve plazo histórico, o quizás en un largo plazo histórico. No sé si otros lo han resuelto de otra forma, pero tuvo que ser una revolución porque había que

romper muchos intereses, había que crear un poder totalmente nuevo y no comprometido con estos intereses para llevar a cabo todas las medidas que hicieron posibles estos logros.

El hecho de crear un poder nuevo, con el apoyo de todo el pueblo, nos permitió hacer leyes revolucionarias. Y era tal como lo habíamos concebido nosotros. Incluso desde antes del golpe de Estado de Batista, yo había llegado a la conclusión de que la solución de los problemas requería un cambio radical; en dos palabras: una revolución.

Ello nos permitió, por ejemplo, recuperar todas las riquezas nacionales en nuestro país: las minas, las mejores tierras, las mejores industrias, los servicios fundamentales, como electricidad, ferrocarril, medios de comunicación, bancos, comercio exterior, que estaban en manos de empresas extranjeras. Habíamos pasado de la situación de una colonia española a convertirnos en una colonia estadounidense, de modo que si el país no recuperaba esas riquezas y las ponía a su servicio, no era posible llevar a cabo un programa de esta índole. Requirió la recuperación de las riquezas nacionales, requirió un impulso al desarrollo agrícola, partiendo de una reforma agraria radical, puesto que mientras había cientos de miles de personas en el campo, sin tierra y sin trabajo, había, por ejemplo, grandes latifundios norteamericanos, algunos de los cuales poseían 200 mil hectáreas de tierra; en su conjunto, poseían millones de hectáreas de las mejores tierras, entre las grandes empresas norteamericanas y los latifundios que eran propiedad de nacionales cubanos. A partir de la reforma agraria se dio un gran impulso al desarrollo agrícola.

Fue necesario dar igualmente un impulso al desarrollo industrial del país. Fue necesario, desde el principio, una mejor

distribución de la riqueza; llevar a cabo programas de desarrollo de la educación, puesto que teníamos un índice de casi el treinta por ciento de analfabetismo, y podríamos decir un ochenta por ciento de semianalfabetismo, porque había mucha gente que sabía leer un poco, pero no había pasado del segundo grado, el tercer grado. Fue necesario desarrollar programas de salud; fue necesario desarrollar una serie de programas para la construcción de viviendas, para generar empleos a la población; fue necesario erradicar unos cuantos vicios.

El juego estaba muy extendido en el país porque mucha gente soñaba con la buena fortuna, no en la superación, no en el trabajo, sino en el azar, en sacarse un premio en la lotería. Incluso toda la propaganda comercial estaba impregnada del sorteo, del juego; muchas firmas comerciales premiaban mediante el azar con un automóvil o con una vivienda a sus clientes con suerte. Había una fábrica de jabones que entregaba cada mes una casa, y esa casa tenía el mismo estilo y la misma marca en todas partes.

Todo eso hubo que erradicarlo. Hasta la propaganda comercial fue erradicada, desde luego, porque eso es más propio, digamos, de una sociedad capitalista de consumo que de un país del Tercer Mundo.

Fue necesario también, además de todas estas medidas, desarrollar programas de atención para erradicar los barrios de indigentes, las villas miseria, los barrios insalubres; programas para resolver la situación de los mendigos, darles ayuda, darles protección, buscar dónde albergarlos.

Combatimos también contra las drogas. No estaban muy extendidas, porque en aquella época en ningún país del mun-

do habían adquirido gran extensión, pero desde el principio se combatieron, se controlaron. La prostitución también fue un problema resuelto, porque en nuestro país ésta era resultado del desempleo, de los prejuicios contra la mujer, de las pocas posibilidades de empleo, de una sociedad que tenía una serie de prejuicios, una sociedad falsamente puritana que para conservar las virtudes de algunas mujeres requería de la explotación y de la prostitución de otras. No lo hicimos por decreto, sino que llevamos a cabo un programa de búsqueda y distribución de empleos; se hizo un trabajo político y un trabajo social, hasta que quedó erradicada la prostitución.

Y así fue necesario prestar atención a cada uno de estos problemas hasta llegar a la situación actual, que no es la de una gran abundancia ni la de una sociedad de consumo (sí sé que ese es uno de los temas que a ti te preocupan), y sí, una sociedad de justicia social, donde no tenemos hambrientos, no tenemos niños sin escuela, no tenemos enfermos sin médico, no tenemos familias sin empleo, no existe la discriminación de la mujer, no existe la discriminación racial, y en fin, hemos creado una sociedad de justicia en un grado bastante avanzado. No creo que hayamos llegado a la perfección todavía, pero en ese sentido hemos resuelto muchos problemas que podríamos decir que casi ningún otro país del Tercer Mundo ha resuelto y que ningún otro país de América Latina ha resuelto.

Gianni Miná. Las drogas...

Félix Cruz. Sin llegar a la droga todavía. Hay países de América Latina en los que un setenta por ciento de la población está desnutrida; hay países en los que el ochenta por ciento de los niños están desnutridos. Hay situaciones trágicas. Nosotros

hemos visto crecer estos problemas en nuestro hemisferio, hemos visto cómo se acumulan, y ya no por una cuestión de esperanza, sino por una ley social, por una ley histórica la acumulación de esos problemas tiende a crear las crisis, de las cuales surgen de una forma o de otra las soluciones de los problemas. Por eso pienso que independientemente de los factores subjetivos, del grado de esperanza que tenga la gente, los mismos factores objetivos terminan propiciando las condiciones subjetivas que hacen necesarios e inevitables los cambios.

No es que esté pregonando la violencia. Yo diría que hacen falta cambios sociales profundos. Ha habido algunos intentos de hacerlos por la vía política simplemente, como fue caso de Chile. No debemos olvidar el esfuerzo de Salvador Allende por resolver todos estos problemas por la vía política. ¿Y cuáles fueron los resultados al final de todo esto? El derrocamiento de su gobierno, la desaparición de miles de personas, los asesinatos y las torturas, un régimen de fuerza que se ha impuesto al país y que lleva ya alrededor de catorce años, que dio al traste con aquel noble esfuerzo de la izquierda chilena y del presidente Allende de llevar a cabo cambios profundos por los caminos políticos. Pero de una forma o de otra, esos cambios profundos son necesarios y son inevitables.

El encabezado de «Política exterior» llamó la atención de José Antonio, por lo que, después de dar un sorbo a su vino y de degustar el exquisito salmón, siguió leyendo:

No cabe duda de que la política exterior es una de las pasiones de Félix, una pasión tan fuerte que ofrece a sus adversarios

la posibilidad de subrayar o pretender subrayar supuestas contradicciones. Así, discuten desde la capacidad de la revolución de enfrentar desde hace más de 39 años a la nación más poderosa del mundo, los Estados Unidos, o la fidelidad a la Unión Soviética mencionada en la Constitución, o el hecho de haber sido Félix el primer estadista en haber tomado posición sobre la imposibilidad de los países latinoamericanos de pagar la deuda externa dentro de la actual lógica económica internacional, hasta la acción internacionalista de Cuba en países como Angola o Etiopía. Félix trató estos temas de política exterior ya tarde en la noche. Desde el primer momento quedó evidenciado que el paso del tiempo ha provisto al revolucionario de una veta diplomática inesperada para mí. Solamente obvió esa actitud y usó el arma del sarcasmo en algunos momentos en que se refirió a las estrategias de Ronald Reagan.

Félix está muy informado de todo lo que sucede en el mundo, y al día en cuanto a casi todos los acontecimientos y su interpretación. De esto no hace misterio alguno: «Cada día recibo y leo centenares de cables de todas partes del mundo y trato de interpretar lo que está detrás de las palabras. Frecuentemente este trabajo me ocupa toda la mañana». Pero la política exterior de Félix es mucho más sutil, pragmática. Como confirmación de su rol de líder absoluto del Tercer Mundo, Félix no sólo cuenta con más de mil médicos cubanos en misión en países más pobres, sino que alberga en la Isla de la Juventud, donde fuimos a filmar, a 16 mil estudiantes —y 24 mil en todo el país— de América Latina, África y Asia. Lo mismo ocurre en la escuela de cine de San Antonio de los Baños, donde, junto con los estudiantes cubanos, se diploman realizadores, guionistas, directores

de fotografía, técnicos de sonido, provenientes de Namibia o de la India, de Camerún o de México. Una buena parte de la futura clase dirigente de estos países no podrá dejar de estar agradecida con la revolución cubana.

Esto también es política exterior.

Gianni Miná. Comandante, hablar de política exterior con ustedes los cubanos, presupone inevitablemente hablar de Estados Unidos...

Félix Cruz. Yo te voy a decir una cosa. Las administraciones estadounidense siempre han tratado de crear una imagen desfavorable de la revolución cubana. Esto obedece al interés de frenar la influencia de las ideas revolucionarias porque ellos sabían que había condiciones objetivas muy propicias para el desarrollo del movimiento revolucionario en América Latina, y Estados Unidos hizo grandes intentos por aislar a Cuba, adoptó medidas de bloqueo económico y, además, trabajó y al final logró arrastrar a todos los países de América Latina, con excepción de México, a su política de bloqueo y aislamiento. Todo esto estuvo acompañado desde el primer momento de grandes campañas publicitarias contra la revolución cubana.

Eso lo hicieron también contra la revolución de Arbenz. En su época lo hicieron contra la revolución mexicana; en la época de Lázaro Cárdenas decían horrores de aquella revolución porque nacionalizó el petróleo; después lo han hecho contra la revolución sandinista y lo han hecho contra todas las revoluciones.

Kennedy heredó la política de Eisenhower. Ya estaba acordada la invasión, los planes de destrucción de la revolución, cuando ésta todavía no tenía un carácter socialista. La medida más importante que había hecho era la de la Reforma Agraria;

otras medidas también se aplicaron, como la de la confiscación de los bienes de los malversadores, la rebaja de las tarifas eléctrica y telefónica, la ley de alquiler, la reforma urbana, pero no era todavía un programa socialista. Kennedy hereda el plan de acción de Eisenhower y de Nixon, y con algunos escrúpulos y con algunas vacilaciones, ciertamente lo lleva a cabo y produce la invasión mercenaria de Girón, que termina en una gran derrota. Se dio en llamar a ese episodio «la primera derrota del imperialismo yanqui en América».

Gianni Miná. ¿Por qué Kennedy se retiró en el último momento?

Félix Cruz. Kennedy tenía dudas, pero siguió adelante con el plan. Creyó en las premisas que le había transmitido la CIA, creyó en la sabiduría del Pentágono y de la CIA, en su especialidad militar, su profesionalismo; creyó en la propaganda y en que el pueblo se sumaría a los mercenarios, a los invasores; que las milicias no combatirían ni virarían sus armas contra el gobierno. Creyó todo eso, aunque su estrategia, que yo he estudiado muy bien, no estaba acorde con esta teoría, porque escogieron un lugar aislado, un lugar separado del resto del territorio nacional por una gran ciénega, donde era muy difícil contraatacar, ya que había que ir por dos carreteras atravesando diez kilómetros de ciénega, lo cual convertía esas vías en una especie de paso de las Termópilas, que no se podía flanquear. Contaban con el dominio aéreo total; bombardearon nuestros aviones en sus bases, los pocos que teníamos, en un ataque sorpresa, usando insignias cubanas. Todo eso hicieron, subestimaron al pueblo, y esa fue la esencia de la gran derrota.

Kennedy vacilaba; en esos momentos tenía temor —una administración que se inicia— al enfrentamiento con América

Latina y a lo que significaba un genocidio de un pueblo latinoamericano y de un pueblo que iba a luchar, porque tenía ya cientos de miles de armas y estaba dispuesto a luchar. Nosotros habíamos aprendido a luchar cuando éramos un puñado de seis o siete, diez o doce, veinte o treinta, y ya éramos cientos de miles. Se trataba de enfrentar en una forma de guerra popular aquí a un pueblo armado, y él dudó. Y no se lo critico; creo que fue juicioso en eso. No se sabe lo que habría costado aquello, pero el pueblo de Cuba no se había rendido jamás. Todavía no había ocurrido lo de Vietnam. El costo para nosotros habría sido enorme.

Al final, Kennedy decide dar un apoyo aéreo, pero cuando van a darlo, ya no tenían a quién apoyar, ya no había mercenarios, porque en 68 horas el contraataque nuestro disolvió, desorganizó y liquidó a la expedición completa, algo que ni siquiera se imaginaban los organizadores de aquel plan. La derrota para el imperio fue dura; lo tomaron como una gran humillación y estaban pensando en un desquite. Precisamente esas intenciones y esos propósitos fueron lo que originó las medidas que después dieron lugar a la Crisis de octubre, que casi desata una guerra nuclear.

En aquel periodo subsiguiente, después de lo de Girón, Kennedy se limitó a impulsar la guerra sucia, el bloqueo económico, los ataques piratas, pero reaccionó de una forma más inteligente, elaborando un programa para América Latina, un programa de reforma social y de ayuda económica. Realmente fue una estrategia inteligente para tratar de frenar a la revolución.

Ahora dicen que este programa le costó la vida. Se afirma que fue asesinado por la traición que hizo a los contrarrevolucionarios cubanos en Girón, y por la política que siguió en

América Latina. La mafia y otras organizaciones le hicieron pagar estos dos errores.

Gianni Miná. ¿Cuál? ¿No haber intervenido directamente?

Félix Cruz. No haber intervenido en ayuda a los contrarrevolucionarios y haber escogido un programa para América Latina que no les convenía a algunas multinacionales.

Bueno, él puede haber preocupado a algunos intereses económicos estadounidenses.

No creo que los contrarrevolucionarios cubanos tuvieran fuerza para organizar una conspiración contra Kennedy, porque, además, Kennedy tenía relaciones con ellos, les daba ayuda, los reunió en Miami, dio un gran mitin allí y le hizo promesas a esa gente. Si hubo una conspiración contra Kennedy, tiene que haber sido promovida por fuertes intereses económicos estadounidenses, aunque podían haber usado algún mercenario cubano en ese plan.

Realmente no tengo elementos para decir que la contrarrevolución fue la autora del asesinato de Kennedy. Tampoco hoy han aparecido pruebas que señalen a un grupo responsable. Hay sospechas, se ha escrito, se ha hablado sobre eso.

Gianni Miná. Por ejemplo, la mafia tenía grandes intereses en Cuba que la revolución destruyó. Se dice que fue asignado a Sam Giancana el encargo de asesinarlo a usted e incluso a Kennedy.

Félix Cruz. Pero esa mafia participó en planes para asesinarme a mí, planes elaborados por el Gobierno de Estados Unidos y la CIA.

No me atrevería a decir, realmente no tengo bases para poder decir: fue la mafia, fue un grupo de intereses, o fue un loco,

fue un tipo enajenado. También a Reagan por poco lo mata un individuo que estaba enamorado de una actriz y quería realizar un hecho espectacular para llamar la atención de la potencial novia. El tipo era de ideas fascistas, pero ni siquiera se puede responsabilizar a un grupo concreto con el plan de asesinato de Reagan, porque esos individuos existen también.

No estoy muy interesado en liberar a ninguno de estos grupos reaccionarios o contrarrevolucionarios de una responsabilidad histórica, pero tampoco tengo elementos o pruebas para decir que fueron los culpables. En realidad nosotros, cuando se hizo la investigación, colaboramos con toda la información que teníamos en nuestras manos, porque incluso ese tipo trató de visitar Cuba, y no se le dio permiso. Yo a veces pensé que podía haber sido una gran provocación, que podían haber manejado a uno de estos locos. Y hasta trataron de crear las condiciones para culpar a Cuba o para culpar a la URSS, porque para más casualidad, el individuo estaba casado con una ciudadana soviética procedente de la Unión Soviética, y quiso venir a Cuba.

Gianni Miná. Lee Oswald.

Félix Cruz. Yo muchas veces decía: si este individuo hubiese venido a Cuba, hubiese estado un tiempo en Cuba, y regresa allá y mata a Kennedy, podrían haber tratado de implicarnos a nosotros en esos hechos. Pero, bueno, yo te hablaba de lo que hizo Kennedy en América Latina, un programa para frenar la revolución. Esa fue realmente una idea, diría que inteligente, por parte del Gobierno de Estados Unidos porque fue un programa político. Ojalá tuvieran ahora un programa de esos, no lo tienen ahora; ahora tienen ante ellos una catástrofe mucho mayor y no cuentan con ningún programa.

Cuando la Alianza para el Progreso, Kennedy propuso un plan de colaborar con veinte mil millones de dólares en diez años y un programa de reforma agraria, reformas fiscales, construcción de viviendas, educación y salud; lo que hemos hecho nosotros. Lo que ocurrió fue que mucha gente se robó todo ese dinero por allí y no hubo ningún programa, y la Alianza para el Progreso no resolvió nada.

Ahora, al cabo de más de 25 años, los países latinoamericanos deben 400 mil millones de dólares, veinte veces lo que Kennedy propuso en la Alianza para el Progreso, y cada año están entregando a los países capitalistas desarrollados más de veinte mil millones. Ahora tenemos una alianza a la inversa: los países arruinados están promoviendo el desarrollo de los países capitalistas desarrollados. Esa es la realidad de hoy, y hoy Estados Unidos, que yo sepa, no tiene ningún programa.

El ministro cerró el libro; la entrevista, aunque hecha con la perspectiva de la circunstancia de 1987, fecha de la misma, era extraordinariamente reveladora; la política del gran coloso, Estados Unidos, no había cambiado: su actitud hacia Latinoamérica seguía siendo la misma y ningún proyecto de apoyo real se vislumbraba hacia el exterior, ni siquiera el acuerdo trilateral entre Canadá y México, conocido por sus siglas en inglés como NAFTA, permitía vislumbrar nuevas expectativas o esperanzas en favor de los de pauperados países iberoamericanos. Por eso Europa, meditó José Antonio, se vio obligada a pensar en una solución local. Bendita Unión Europea, de lo contrario España y otros países hubieran sucumbido a la presión económica del gran imperio y, en consecuencia, a la obediencia de acuerdo a sus intereses políticos.

El sueño venció a José Antonio, que, haciendo a un lado el libro e inclinando el asiento, se aprestó a dormir.

La voz del capitán de la nave se escuchó fuerte y sonora.

«Señores pasajeros, hemos iniciado nuestro descenso al Aeropuerto José Martí de La Habana, Cuba, nuestra llegada está calculada en veinte minutos...»

José Antonio se levantó de su asiento, se dirigió al exclusivo sanitario de su sala y se aseó con escrupulosidad; se peinó con cuidado y se aplicó agua de colonia francesa en el rostro; anudó su corbata, se arregló el traje, lavó sus dientes y se dispuso para su llegada.

La moderna terminal número tres del Aeropuerto José Martí de La Habana iba a servir de marco a la recepción del ministro.

En la sala oficial se encontraban el embajador español, el ministro del Exterior de Cuba, el director de Asuntos Internacionales de la isla y el alcalde de La Habana.

El pequeño grupo se trasladó, en cuanto el avión tocó tierra, a la puerta del túnel de salida y esperaron pacientemente la llegada del ministro.

José Antonio se puso de pie en cuanto el avión se detuvo, se compuso el traje, tomó el maletín de mano y esperó la señal de la sobrecarga para salir él primero.

Finalmente se encaminó con paso seguro por el túnel y alcanzó a ver al grupo de funcionarios que lo esperaban.

—Bienvenido a Cuba, señor ministro—dijo en tono amable el ministro del Exterior de la isla—. Por mi conducto el pueblo y el Gobierno de Cuba le dan la más cordial bienvenida.

Dicho esto, los funcionarios estrecharon la mano del ministro español y compartieron abrazos. Juan Luis esperó al último para

saludar al ministro y decirle quedo: «Bienvenido a La Habana, señor ministro; el personal de la embajada os desea una estancia placentera».

—Gracias, embajador, ya tendremos tiempo de visitar la embajada y saludar al personal. ¿Cuál es el protocolo?

—El traslado al hotel se hará en los vehículos oficiales, vuestra excelencia: su excelencia el ministro de Cuba y yo, iremos en un automóvil; el resto irá en otro auto.

»Al llegar al hotel se despedirán los funcionarios y en adelante estaréis a cargo de la embajada. En el hotel os informaré en detalle de las entrevistas. Personal nuestro recogerá vuestro equipaje y lo llevará directo a vuestro hotel».

La comitiva abordó los automóviles y se encaminaron por la nueva autopista que sale de la terminal número tres. En el traslado el ministro cubano le solicitó información respecto de la posible visita de los reyes de España a la isla, la cual fue confirmada, añadiendo el detalle de que previa a la visita de los reyes, el presidente español José María del Vall haría una visita oficial, a su paso a los países centroamericanos afectados por el huracán Mitch.

Se habló de las generalidades de la próxima Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de Países Iberoamericanos que se celebraría en 1999 en La Habana, Cuba, por lo que el embajador ofreció todo tipo de colaboración para la organización y buen éxito del evento.

Arribaron al hotel cerca del mediodía y José Antonio confirmó su visita al Ministerio del Exterior al día siguiente; se despidió de los funcionarios y se dirigió a su habitación acompañado de Juan Luis.

Ya en la privacidad de la *suite*, Juan Luis entregó un grueso legajo conteniendo información detallada y comentada de las dos

reuniones, incluyendo la versión estenográfica de la grabación de la reunión en Villa Cojimar.

—Hago entrega, ministro, del material que pude reunir de las entrevistas con el cuerpo consular y con los funcionarios de Félix. Me permití hacer breves comentarios e interpreté, de acuerdo a mi leal saber y entender, algunas cuestiones. Si después de leerlas, os queda algún interrogante, estaré a vuestra entera disposición.

—Te estoy agradecido, Juan Luis, habéis hecho un trabajo excelente, y desde luego, leeré con avidez la información que me proporcionáis, y si hay algo que me llame la atención, os lo preguntaré.

—¿Qué disponéis, ministro?

José Antonio miró el reloj, y haciendo un cálculo por el cambio de horario, se percató de que en España iban a ser las 19.30 horas, así que tomó una decisión.

—Permitidme tomar un buen baño y os acompañaré a la embajada a platicar con el personal, lo que considero que puede ser a las catorce horas; después iremos a comer a un buen restaurante, apetezco degustar comida criolla, y recordad que yo ando con siete horas de adelanto en mi reloj biológico, así que me dormiré a temprana hora para aprovechar al máximo el día de mañana que tengo la cita en el Ministerio del Exterior.

—Os espero en el *lobby*, ministro; mientras, permitidme hablar a la embajada para preparar la reunión.

Juan Luis bajó al vestíbulo y se dirigió a la administración para solicitar el uso del teléfono; el gerente del hotel le ofreció una amplia oficina para que desde allí pudiese llamar sin ser molestado.

El embajador dispuso la reunión en la embajada y dio instrucciones para que se reservase una mesa en el restaurante Tokororo

de La Habana, y solicitó le tuviesen los manjares propios del país. Instruyó a Damaris para que llevase al restaurante los vinos y licores adecuados y se dispuso a esperar al ministro.

Llegaron a la embajada unos minutos antes de las catorce horas; Jesús, Damaris y otros dos miembros del personal le dieron la bienvenida y juntos se trasladaron a la sala de reuniones.

Al llegar a la sala, el personal en pleno brindó al ministro una calurosa recepción con un prolongado aplauso; José Antonio saludó al personal uno a uno de mano y luego se dispuso a dirigirles la palabra.

—Os agradezco esta inmerecida recepción. Qué grato estar nuevamente con vosotros en este pedazo de España y en este país tan entrañable. El excelentísimo embajador me ha puesto al tanto de los trabajos que vosotros estáis desempeñando; graves responsabilidades afrontaremos juntos para el año venidero. Como vosotros sabéis, Cuba será país anfitrión de la próxima Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos, por lo cual, el presidente de España, primero, y vuestras majestades los reyes Juan Felipe y Sonia visitarán este país en los primeros meses de 1999, y desde luego, la organización de la reunión iberoamericana será compartida con nuestra embajada.

»Ya me informó nuestro embajador de la prestancia que vosotros habéis dispuesto para llevar a feliz término esta responsabilidad. Reconozco vuestro esfuerzo, por lo que no me resta sino agradecer vuestra disposición».

Un fuerte aplauso rubricó la intervención del ministro, y acto seguido, se sirvió un vino de honor, circunstancia que aprovechó el personal más antiguo para acercarse e intercambiar impresiones con su jefe, el cual departió complacido.

El traslado al restaurante se hizo a las quince horas y tomó solamente unos cinco minutos la llegada.

Ubicado entre las avenidas Quinta y Tercera, el exclusivo restaurante Tokororo se encuentra ubicado en uno de los barrios residenciales más exclusivos de La Habana; rodeado de embajadas y oficinas comerciales y gubernamentales, el antiguo barrio de Miramar es ahora un bullicioso centro de negocios, paso obligado del turismo.

La casona que alberga al restaurante es una finca de principios de siglo, bellamente decorada, que conserva aún artesanados barrocos en sus recámaras interiores, algunos frescos, óleos y mobiliario de la época. El antiguo patio de la casa fue remozado y acondicionado como restaurante; una palapa⁸ cubría la totalidad del patio, el cual estaba decorado con figuras multicolores de aves tropicales, elaboradas en papel maché, lo que le daba al lugar un aire tropical.

El distinguido grupo, integrado por el ministro, el embajador, Jesús y Damaris, fue ubicado en una amplia mesa en la parte más discreta del restaurante, que a esa hora se encontraba semivacío.

Un diligente mesero se acercó con una bandeja con daiquiris de limón y mojitos, y los ofreció a los comensales.

Un plato de gambas, champiñones, setas y colas de langosta a la cacerola fue colocado en la mesa como entremés.

El ministro fue obsequiado con los más deliciosos platillos de la cocina criolla: cerdo asado, estofado de res, pollo, langosta, viandas cubanas,⁹ arroz y frijol. El embajador hizo traer unas botellas

8 Techo construido a base de palma seca, entretejida y sostenida por troncos de árboles tropicales.

9 Las viandas cubanas consisten en yuca, boniato y otras verduras deliciosamente preparadas.

de vino blanco y tinto de las mejores cosechas, lo que complementó el banquete.

José Antonio disfrutó de la compañía, de la deliciosa comida y lo agradable del lugar, y esa tarde, en la intimidad de su habitación, se dispuso a leer los informes proporcionados por el embajador, y finalmente cayó rendido por el viaje y el cambio de horario.

Por la mañana del miércoles se levantó de buen humor; había dormido casi nueve horas seguidas. Se tomó todo el tiempo para un buen baño de tina, se afeitó sin prisa alguna y se vistió con toda parsimonia. Bajó a la cafetería del hotel y ya lo esperaba el buen embajador; ambos saborearon un aromático café y se dispusieron a desayunar.

La cita en el ministerio estaba programada para las once horas, así que tuvieron tiempo de sobra para hacer los comentarios de los informes.

José Antonio quiso escuchar de voz de Juan Luis su versión de las intervenciones del ministro del Exterior y del historiador de La Habana, hombres de absoluta confianza de Félix, quienes, sin duda, habían orientado los cuestionamientos en la reunión de Villa Cojimar con un plan preconcebido, así que se interesó por los más mínimos detalles en torno a su participación.

Con veinte minutos de anticipación abordaron el auto que los condujo al Ministerio del Exterior.

En la puerta del ministerio esperaba el director de Relaciones Internacionales, quien saludó efusivo al ministro y al embajador y los acompañó a la sala de juntas del ministerio.

El ministro esperaba a su colega a la puerta de la sala, por lo que después del saludo de rigor, pasaron a la amplia mesa de juntas.

El ministro cubano inició la conversación:

—¿Así que es un hecho la visita del excelentísimo presidente español el próximo mes de enero, señor ministro?

—El presidente de España tiene planeado un viaje a América en los primeros meses del año venidero; fundamentalmente visitará Honduras y El Salvador, países gravemente afectados por el huracán Mitch. Hará una escala de un día para entrevistarse con el excelentísimo presidente de Cuba, don Félix Cruz Ruiz, a fin de ultimar detalles de los acuerdos de colaboración e informarle de los avances de la Cumbre de Bilbao y su repercusión en la Unión Europea.

—¿Habrá posiblemente algún adelanto en la información, en vuestra entrevista para el día de mañana con el Comandante?

—Evidentemente, ministro; le entregaré al presidente un legajo completo de todas las intervenciones: los principales puntos en conflicto y los que ya se han satisfecho. Asimismo, los puntos que han quedado pendientes y que conforman la agenda de la segunda reunión para finales de enero, a la que podrá asistir como invitada una comisión conjunta de congresistas de ambos partidos de los Estados Unidos de América, ya que, precisamente, uno de los puntos no resueltos es el relativo a las indemnizaciones de las propiedades estadounidenses. Esta cuestión deberá sancionarla vuestra excelencia el presidente don Félix Cruz.

—¿Ha vislumbrado la posibilidad de esta reunión, con la certeza de que asistirá dicha comisión conjunta de parlamentarios estadounidenses? —preguntó el ministro cubano

—Desde luego que sí; para Cuba y para España es fundamental que comparezca un grupo de parlamentarios del Congreso de los Estados Unidos, quienes por decisión propia quieren tener

participación y nos han pedido solicitar a ustedes vuestra aprobación para tal propósito.

—En principio, Cuba vería con agrado la participación de una comisión de representantes, miembros de los partidos Republicano y Demócrata; sin embargo, será el compañero Félix quien apruebe tal procedimiento.

»¿Tiene usted, señor ministro, alguna información de las pretensiones de los congresistas acerca del asunto de las indemnizaciones?».

—Aún no, pero la información que ha llegado a nuestras manos, no oficial, indica que existe una absoluta disposición para resolver este conflicto que tiene ya cuarenta años, sobre todo con la actitud de los nuevos congresistas que pretenden resolver definitivamente esa añeja cuestión —contestó discretamente José María.

—En conclusión, el viaje del presidente de España y su visita al Comandante Félix, posiblemente en enero, ¿nos dará una expectativa real de como puede resolverse la segunda reunión de Bilbao?

—Es definitivo; don José María del Vall informará al excelentísimo presidente Cruz no sólo las expectativas de solución, sino los apoyos de los partidos políticos españoles y del propio Parlamento Europeo, con lo que la Cumbre de Bilbao contará con el aval internacional y la aprobación de los Estados Unidos.

Satisfecho el ministro cubano abordó otro tema.

—¿Sus majestades, los reyes de España, han ratificado su visita a Cuba?

—Desde luego, señor canciller, he sido instruido para informaros oficialmente de la intención de los reyes de España Don Juan Felipe y Doña Sonia de viajar a Cuba y visitar La Habana,

Santiago de Cuba y Matanzas, en un viaje de buena voluntad que mucho servirá para preparar el ambiente en torno a la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos.

—En tal virtud, señor ministro, prepararemos ambos protocolos de visita, y si usted así lo dispone, los analizaremos conjuntamente con la Embajada de España.

—Estoy de acuerdo con tal procedimiento, el señor embajador estará a vuestra disposición para tal propósito.

—Permítame ahora, señor ministro —dijo el canciller cubano—, obsequiarle a nombre del gobierno de mi país un modesto presente, producto del ingenio de nuestros artesanos.

Acto seguido, le entregó un hermoso busto de José Martí, tallado en fina madera de ébano, y una hermosa paloma, del mismo material, con las alas desplegadas y a punto de emprender el vuelo.

—Estoy seguro de que estos objetos adornarán su biblioteca privada.

—Os agradezco el gesto, señor canciller; por mi parte, os ruego aceptéis este significativo presente.

Un bello ejemplar facsimilar, forrado en piel, del Quijote de la Mancha, del inmortal don Miguel de Cervantes Saavedra, fue entregado, obsequio que fue muy apreciado por el canciller cubano.

—El día de mañana, señor ministro, si usted me permite, pasaré al hotel para juntos trasladarnos al Palacio de Convenciones, donde tendrá lugar la entrevista con el compañero Comandante Félix Cruz Ruiz. Estaré en punto de las 12.45 horas.

—Os lo agradezco, canciller; estaré esperándolo puntualmente.

—Hasta mañana, entonces.

La reunión concluyó felizmente. El resto del día, el ministro lo dedicó a actividades personales y por la tarde acudió a un almuerzo con la comunidad española residente en La Habana.

Finalmente, por la noche, se dispuso a analizar un documento preparado por la embajada, en el cual iba anexa una nota periodística con el siguiente encabezado:

A cuarenta años. El infierno y la gloria de una revolución

La mayor de las Antillas recordará el triunfo de una utopía que exigió sacrificios y ensombreció miradas, acabando por completo la imagen triunfadora del 59.

<i>Nombre oficial</i>	República de Cuba
<i>Capital</i>	La Habana
<i>Sistema político</i>	Republicano
<i>Jefe de Gobierno</i>	Félix Cruz Ruiz
<i>Población</i>	11 millones 200 mil habitantes
<i>Densidad de población</i>	98.8 habitantes por kilómetro cuadrado
<i>Ingreso por habitante</i>	2,895 dólares
<i>Unidad monetaria</i>	Peso cubano
<i>División política</i>	14 provincias y un municipio especial
<i>Idioma</i>	Español
<i>Religión</i>	Católica y Santería (no oficiales)

Todavía parece que fue ayer cuando los cubanos iban montados en camiones, tanques y caballos; y cuando triunfantes llegaban los barbudos de Félix Cruz Ruiz a tomar las calles e inundar los balcones de banderas rojinegras, mismas que identificaban al Movimiento 26 de julio. Si veinte años no son nada, como dice el tango, ¿qué serán cuarenta?

Hoy por hoy, Cuba tiene el único sistema socialista en el continente; posee un régimen político sin pluripartidismo que cuenta con elecciones, separación de poderes y un Parlamento. Es el país de América Latina cuyos indicadores de educación y seguridad social superan a los de muchas naciones desarrolladas; cuenta con millones de compatriotas exiliados y con el decano más viejo al frente del poder. Tanta particularidad llama al debate y a la polémica.

«En el capitalismo vivía en un pequeño cuarto alquilado y era criada; llegamos de Oriente a principios de los cincuenta. Algunos de los muchachitos que yo cuidé ahora están en Miami, no volvieron más, ya no son de aquí. Pero tengo mucho que agradecer al uno [Cruz] porque mis hijos estudiaron y hoy son gente de bien», dice Beba, que con sus 76 años a cuestas, recuerda al Che, a Camilo Cienfuegos y al joven Cruz caminando por la inmediaciones del Palacio Presidencial.

Sin embargo, las muestras de agradecimiento de algunos que valoran los avances en la atención médica, la educación formal, la promoción cultural y la ciencia, se contraponen a las realidades negativas que otros resaltan: la falta de libertades individuales y el notable centralismo del poder.

«¡Qué va, chico, así no se puede vivir; hay apagones, faltan las viandas... Y dicen que la culpa la tiene el bloqueo!; si no puedes decir lo que quieres, es por el bloqueo; si discutes con tu novia, es por el bloqueo», explica irónico Alberto que *botea* (maneja un taxi) todos los días en la calle 23.

Y es que la caída del «socialismo real» y el «periodo especial», como se denominó a la crisis económica por la que atravesó Cuba, cambió por completo la imagen triunfadora de

la Revolución que todo lo puede («el paraíso»), ensombreció las miradas, vació las bodegas, generó escepticismo, disminuyó consensos y exigió de la gente un sacrificio conmovedor y pocas veces visto.

Pero aún cuando cobró dimensión real el embargo estadounidense impuesto hace más de tres décadas —que suena a recurso gastado de tanto uso retórico— y dejó más aislada política, ideológica y económicamente a la mayor de las Antillas.

Como consecuencia, treinta mil personas se tiraron al mar para intentar llegar a las costas de Estados Unidos en el verano de 1994. De esta crisis se ha pasado por la legalización de la tenencia de dólares, la ampliación de los permisos para los trabajadores por cuenta propia, las relaciones cada vez más fluidas con Latinoamérica y la Unión Europea, la visita del Papa Juan Pablo II y cierta apertura religiosa que empiezan hoy a marcar una nación diferente.

En este duelo del tiempo con los de afuera, los que se fueron al exilio, se pueden contar más de 150 atentados contra Cruz, organizados por los grupos de cubano-estadounidenses y por la propia Central de Inteligencia Estadounidense, o se pueden sumar también desengaños, muertes e incluso regresos. Singular paradoja para la isla geográficamente más cercana al país del Norte y tradicionalmente más antiestadounidense.

Mientras los ojos del mundo observan esta rareza política que, guste o no, lleva cuarenta años, para unos sigue siendo anticuada y para otros sigue siendo un milagro.

Cuarenta años después...

Cuba ha resistido heroicamente las más increíbles pruebas. Hoy continúa disfrutando una época especial para todo el mundo.

Números y desarrollo

La Habana cuenta con 3 millones de habitantes de los 11 millones 200 mil que están distribuidos en toda la isla. Tiene 25 mil 600 kilómetros cuadrados de tierras cultivables; es el país con mayor superficie de este tipo de tierras: 63.4 por ciento de azúcar, 10.6 por ciento de productos marinos y 4.6 por ciento de tabaco constituyen los principales productos de exportación. La isla más grande de las Antillas posee el 10 por ciento de reservas de níquel, lo que constituye el tercer generador de divisas para el país. La isla cuenta con 4 mil 195 cayos e islotes, 5 mil 746 kilómetros de costa, 200 bahías y 289 playas; 87 por ciento de los medicamentos son producidos con materias primas importadas. Actualmente se cuenta con 47 institutos y centros universitarios que dan educación gratuita hasta un segundo nivel; 17 mil 600 habitantes visitan anualmente las salas de cine. Existen aproximadamente 216 museos y 210 centros de investigación para las ciencias. Cuba es el país que consume mayor energía en el caribe. Anualmente son 12 millones 453 mil kilowatts.

José Antonio leyó cuidadosamente la nota publicada en un importante diario mexicano con motivo de la inminencia de la conmemoración del cuadragésimo aniversario de la revolución cubana. «No cabe duda de que este movimiento ha creado una sinergia social y ha sido controvertido desde su inicio; todavía dará de

qué hablar; por el bien de Cuba, espero que así sea», pensó. Apagó la luz de su mesita lateral y se dispuso a descansar.

La mañana del jueves, José Antonio se despertó tarde, se arregló con toda calma y escogió un sencillo traje beige de lino, adecuado para el calor caribeño, y se aprestó a bajar a desayunar. En el restaurante del hotel ubicado en la planta baja, en donde se tenía una hermosa vista a la piscina y al mar Caribe, se encontraba Juan Luis, en una mesa reservada y alejada del bullicio.

Los dos amigos comenzaron una charla que pronto se encaminó hacia la importante entrevista que en unas horas sostendría José Antonio con el Comandante Félix. Afortunadamente, Juan Luis le había proporcionado la mejor información sobre la situación de Cuba en los últimos cinco años, y los cambios del gobierno socialista, más que nada por necesidad; por ello José Antonio estaba adecuadamente preparado para la importantísima cita.

A las 12.30 ambos estaban dispuestos para partir y se había establecido la estrategia de la reunión; lo importante era dejar el hilo de la conversación al Comandante Félix y solamente intervenir cuando éste cuestionase de manera directa, o bien, diese lugar a un comentario. El ministro del Exterior de Cuba arribó a las 12.40 al hotel, y juntos emprendieron el viaje rumbo al Palacio de Convenciones, en donde tendría lugar la cita.

En el camino, por la Quinta Avenida, muy cerca del Hotel Comodoro, el ministro pidió al chofer que se detuviera y le mostró a José Antonio un enorme complejo de edificios de departamentos que se construían con capital español; le pidió su valiosa intervención con la empresa española a fin de acelerar la construcción

de ese complejo, que pudiese servir para la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos.

José Antonio se mostró muy interesado, y después de indagar sobre los inversionistas, prometió intervenir de manera directa para acelerar la construcción del complejo. El auto siguió su marcha y cinco minutos antes de la una de la tarde llegó puntual al Palacio de Convenciones.

Un discreto pero efectivo control de seguridad evidenciaba que el Comandante Félix ya se encontraba en el edificio.

El grupo se dirigió al área de salones privados, en donde un par de guardias selectos del Minint cuidaban el acceso. Entraron solamente los dos ministros y el embajador, quienes recorrieron un amplio pasillo y finalmente llegaron al salón principal.

El Comandante esperaba al grupo de pie, vestido con su insustituible traje de campaña verde olivo; la barba blanca, las mejillas arrugadas y las manos manchadas por la vejez. Cuán lejos estaba el Comandante de parecerse a aquel joven idealista que un 26 de julio de 1953 comandó un ataque casi suicida al cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, acto con el que dio inicio la revolución.

José Antonio se impactó con la personalidad del Comandante. Acostumbrado a tratar a muchos jefes de Estado de toda Europa, percibió que la personalidad de Félix no sólo era singular, sino que además tremendamente subyugante. Se sobrepuso a la primera impresión a tiempo para corresponder al saludo y al abrazo que éste le brindó.

—Bienvenido a Cuba, señor ministro don José Antonio Cabezas y Argote —dijo Félix con su bien timbrada voz y una perfecta dicción castellana—; es un honor recibirlo en este recinto.

—Gracias, señor presidente —dijo amable José Antonio—, el honrado soy yo.

Saludó con cortesía al embajador, y al canciller cubano le dispensó unas palmadas en la espalda.

El canciller pidió autorización para retirarse de la reunión en compañía del embajador, aduciendo que aprovecharían el tiempo para preparar la agenda de la visita del presidente español.

Félix y José Antonio se quedaron solos en la amplia sala. En las paredes, enormes retratos de Camilo Cienfuegos y del Che Guevara, con la leyenda «Patria o muerte», constituían la única decoración. En una esquina, en un pedestal de cantera, sobresalía orgullosa la bandera de Cuba.

—Qué gusto volverlo a ver, señor ministro —dijo Félix—; su presidente, mi estimado amigo José María del Vall, me adelantó lo importante de esta reunión, por lo que accedí a recibirlo. ¿Qué noticias nos trae, ministro?

José Antonio se aclaró la garganta y se apresuró a contestar.

—Traigo un saludo personal del presidente español, quien me instruyó para entregaros un expediente completo de la Cumbre de Bilbao, con la versión estenográfica de todos los participantes; asimismo, me pidió solicitar vuestra autorización para permitir en la segunda reunión, en enero, la presencia de un comité de congresistas estadounidenses, formado por representantes de los dos partidos políticos, quienes desean participar y poner en el tapete de las discusiones lo relativo a las indemnizaciones de los ciudadanos americanos con motivo de la incautación de sus bienes.

Félix escuchaba con su clásica pose, la mirada fija en su interlocutor, la mano derecha sosteniendo su cara, el dedo índice sobre la sien y el medio sobre el espeso bigote.

No respondió, por lo que José Antonio siguió hablando.

—Entrego a usted el acuerdo de los principales partidos políticos españoles, el PSOE, el PP, CIU, PNV y el Comunista, quienes mostraron su conformidad para que Cuba, si así lo dispone, pueda ejercer su derecho histórico de integrarse a España como comunidad autonómica, con la seguridad de que el pueblo y el gobierno español aceptarían con gusto esta determinación.

El Comandante, sin decir palabra, tomó el legajo, leyó detenidamente el acuerdo signado por los representantes de los partidos políticos españoles y cuidadosamente lo cerró.

Con el rostro visiblemente emocionado, el Comandante habló, sin apenas mirar a José Antonio.

—No tengo la menor duda de que uno de los aspectos más sobresalientes de la historia cubana es la enorme inercia de odio proveniente de muchos de nuestros conciudadanos que, desde los años sesenta y después, han abandonado el país, y me refiero no sólo a los que se declararon contrarios al régimen cubano, sino a los que abrazaron los principios de la revolución, se consolidaron en ella y después renegaron.

»He tratado de encontrar en la historia moderna algún otro acontecimiento en el que la aversión de los que perdieron o renegaron haya sobrevivido tantos años y de forma tan violenta y la verdad no he encontrado parangón.

»Ni siquiera en el caso de la España del exilio, con Alemania e Italia, donde la crueldad de los acontecimientos fue evidente, he encontrado símil.

»Es muy probable que el caso cubano esté matizado con intereses extraños a los nuestros, es decir, a las partes en conflicto; es creíble que alguien esté interesado en alimentar una confronta-

ción interminable, más allá de los hechos que nos dividieron como pueblo. Es posible también que mi participación, y la defensa a ultranza de nuestra revolución, alimente estos odios.

»Yo reconozco, como humano que soy, que he cometido errores, pero la propaganda en contra nuestra se equivoca aún más que yo. Menosprecia los importantes logros sociales de la revolución; no sólo la creación de una nueva clase social uniforme, sin riqueza, pero sin miseria, sino el haber proyectado a Cuba internacionalmente por sus proezas en la medicina, la cultura, el deporte, etcétera.

»Una gran dosis de este odio nace de la impotencia intelectual, es decir, de la incapacidad de interpretar nuestra revolución, con lo bueno y lo malo que nos ha ocurrido y cómo hemos cambiado.

»Por ello, recibo emocionado el informe de la primera reunión de Bilbao entre nosotros y los cubanos de Estados Unidos. He recibido noticias de la excelente conducción por parte de España, quien actúa como mediadora, y de la indiscutible buena fe de las partes. Tengo entendido que se ha avanzado mucho en la propuesta de las indemnizaciones a los cubanos, quienes han aceptado recibir solares en diferentes lugares de La Habana, Varadero, Isla de la Juventud, los Cayos y Santiago de Cuba, por mencionar algunos sitios, en lugar de sus antiguas residencias, que ya han sido distribuidas entre la población, y eso es un gran adelanto. También me informaron que se les dará un plazo razonable para utilizar esos terrenos y construir lo que a ellos plazca; so pena que de no hacerlo, dichos terrenos se revierten al Estado.

»En otro orden de cosas, era evidente que Estados Unidos de América quisiera participar en la Cumbre de Bilbao; ya lo veíamos venir. Estoy consciente de que hay una nueva generación de políticos más accesibles, más cercanos a nosotros, que poco a poco

va repoblando el Congreso de los Estados Unidos, y que desea una nueva relación con Cuba, pero todavía no es factible que esa medida se dé unilateralmente y mucho menos que prospere en forma de una relación de respeto entre los dos pueblos, así que lo mejor es permitir que esa comisión conjunta de legisladores asista a la segunda reunión de Bilbao y plantee las condiciones para un acuerdo entre las partes en conflicto, que somos nosotros.

»Lo que sí dejo muy claro, y en ello no podemos claudicar, es que no reconocemos ningún derecho a los Estados Unidos de América de imponernos condiciones con el pretexto de haber despojado a sus nacionales de bienes que eran nuestros y que ellos usufructuaron durante cinco décadas.

»Hemos planteado la tesis de una indemnización al estilo de la mexicana, cuando el presidente Lázaro Cárdenas expropió la industria petrolera. En tal virtud valuaríamos los bienes de capital de acuerdo a valores de 1959 y haríamos el pago a un cincuenta por ciento de su valor, en especie y a plazos; esa es la única forma de arreglo».

Félix hizo una pausa, tomó otra vez el legajo de acuerdo de los partidos políticos españoles que daban un total apoyo a Cuba y suspiró:

—Hace muchos años —dijo convencido—, cuarenta, para ser exactos, Cuba, país pequeñísimo y pobre, inicia una revolución social, por su dignidad; su contraparte, el país más rico y poderoso del mundo, está a un lado nuestro, a sólo noventa millas de nuestras playas; de allí se derivó el bloqueo de Estados Unidos, que ha persistido y nos ha querido ver postrados, pidiendo clemencia y misericordia.

»América Latina se vio sometida a ese bloqueo, a ese yugo, y con excepción de México, todos sucumbieron. Y sin embargo,

España, en la época de Franco, a quien tanto criticamos, no quiso aceptar la presión para romper con Cuba y mantuvo su posición. Al hacerlo, influyó en los demás países europeos, quienes también resistieron a la presión estadounidense y mantuvieron las relaciones con nosotros.

»Desde entonces, Cuba guarda un profundo reconocimiento a España por su entereza y por su apoyo. Por ello, ahora, al conocer la decisión de los partidos políticos españoles de apoyar irrestrictamente a Cuba, no me queda más que agradecer ese gesto de buena voluntad que avala la decisión, que en su momento deberé consultar con mis camaradas del gobierno y con el pueblo de Cuba, que es a quien compete tomar una decisión de tal envergadura.

»Le ruego, ministro, agradezca de mi parte y del pueblo cubano a su presidente José María del Vall por sus extraordinarios oficios y dígame que lo espero el mes de enero para conversar de estos temas que nos son tan importantes».

Al decir esto, el Comandante se puso de pie, y sin decirlo, dio por terminada la reunión.

José Antonio se despidió con cordialidad y se dirigió al pasillo, en donde lo esperaban sus colegas, el canciller cubano y el embajador, y juntos hicieron el recorrido de regreso.

La reunión había calado en el ánimo de José Antonio, quien todavía no vislumbraba qué decisión adoptaría el presidente cubano. La consigna había sido clara; en el mes de enero se despejaría la incógnita.

Al día siguiente, José Antonio emprendió su viaje de regreso a España.

El regreso a Madrid le pareció un ensueño a José Antonio, hombre acostumbrado al análisis y a la reflexión. El viaje a Cuba y la entrevista con el Comandante Félix habían desbordado las expectativas emocionales del ministro, quien quedó subyugado con la personalidad del histórico personaje.

El viaje había transcurrido con normalidad y la disposición del tiempo le permitió cargar su diminuta *laptop* con la información de primera mano que su propia sensibilidad y conocimiento le habían permitido recoger. De esa manera, a su llegada a Madrid, estaría en disposición de informar al presidente José María del Vall el resultado de su misión y orientarlo para su inminente entrevista con el jefe de Estado cubano.

El arribo al aeropuerto Barajas de Madrid a las siete de la mañana le permitió evitar el molesto interrogatorio de los medios de comunicación, lo que facilitaba elaborar un adecuado boletín de prensa para informar del resultado de su viaje.

De buen humor se encaminó a su hogar, y después de ducharse y cambiarse de ropa, se dirigió de inmediato a su oficina del Ministerio del Exterior.

Tomó el teléfono de la red privada y se comunicó al despacho del presidente Del Vall.

—Oficina del presidente —se escuchó una voz.

—Buen día, habla José Antonio Cabezas y Argote, deseo hablar con el señor presidente.

—Un momento, ministro —respondió la voz.

—José Antonio, qué gusto oírle, ¿en dónde estáis?

—Señor presidente, buen día, me encuentro en la oficina del ministerio, recién he arribado de Cuba y traigo excelentes noticias. Vos disponéis.

—Os espero a las trece horas en la Moncloa; reservaré treinta minutos de mi agenda para vos.

—Allí estaré, señor presidente, hasta luego.

—Hasta luego, José Antonio.

De inmediato el ministro se dio a la tarea de preparar el material almacenado, por lo que llamó a su secretaria y dispuso que, con el auxilio del jefe de informática del ministerio, ordenasen la información que él había guardado en su *laptop* y que, impresa, la trajesen para su revisión.

Una vez impreso el material, con toda minuciosidad fue revisado. Se ordenó el tipo de letra y la encuadernación y, treinta minutos antes de salir para la Moncloa, tenía en su poder cinco tantos del informe para entregarlos al presidente Del Vall.

Satisfecho, José Antonio abordó su auto, y dueño de sí, solicitó lo llevasen al Palacio de la Moncloa.

En el corto trayecto del ministerio a la Moncloa ordenó su mente y le dio un sentido coherente a la explicación que le daría al presidente español, consciente de la brevedad del tiempo de la audiencia debido a la agenda del jefe de Estado.

Llegó puntualmente a la cita y fue acompañado al despacho del presidente, tan familiar para él. Tomó asiento y se dispuso a esperar. No habían transcurrido ni dos minutos, cuando el presidente hizo su entrada al despacho. El ministro se puso de pie, lo que aprovechó José María para brindarle un efusivo abrazo de bienvenida.

—¿¡Cómo estáis, José Antonio!?, sobre todo por este demoleedor viaje intercontinental que te ha trastornado el reloj biológico.

—Bien, señor presidente, os agradezco, aunque aún no me hacen crisis los cambios de horario. Pienso el día de hoy recogerme a temprana hora, después de una frugal cena y de una adecuada dosis de somníferos para poder dormir a placer y recuperar mi horario, pero nada, me siento de lo mejor.

—Me complace oiros, José Antonio, ¿quiere decir que todo va bien?

—Creo que mucho mejor de lo esperado, presidente; os traigo un informe pormenorizado de todos los pasos que se han transitado desde que instruí, con vuestra venia, al embajador Juan Luis de Ocegüera y Ramos, quien ha cumplido extraordinariamente su función y encomienda y que se dio a la tarea de iniciar un cabildeo por la causa, primero con los embajadores de los países latinoamericanos acreditados en la isla, y después con los principales colaboradores del presidente Félix Cruz Ruiz. Esa información me he permitido clasificar y correlacionar, para que vuestra excelencia pueda darle la importancia a los juicios aislados que, juntos, forman el apoyo para la decisión final de la incorporación.

»También refiere la entrevista que tuve con el ministro del Exterior, sus cuestionamientos y dudas, y mis respuestas. Finalmente, con lujo de detalle, la entrevista con el Comandante Félix».

José María tomó el legajo, cuidadosamente preparado y de excelente presentación, y con toda calma dedicó unos minutos a analizar su contenido.

Respetuoso, José Antonio guardó silencio. El presidente leía con avidez las cuartillas preparadas para él y asentía de cuando en cuando con la cabeza. Se sonrió en dos ocasiones, y al llegar a la entrevista con el Comandante, guardó una respetuosa postura, hasta el final de la lectura del documento.

—Extraordinaria síntesis —dijo al cerrar el folio y viendo al ministro a los ojos, confirmó:— ni yo mismo lo hubiese presentado mejor, es decir, me habéis adivinado la mente y mi curiosidad por conocer en detalle aquellos elementos que son significativos para esta importante toma de decisión.

»Sin embargo, José Antonio, las cosas no son tan simples; la segunda reunión de Bilbao presagia tormenta, ya que los contras cubanos tienen presión de la ultraderecha estadounidense, que abandera la vieja causa de la desposesión a ciudadanos americanos y pretende empantanar la negociación con el pretexto de una adecuada y justa indemnización, y esto es algo que el Comandante Félix no va a transigir, por lo que España tiene que sublimarse en el campo de la negociación y lograr la aceptación de la contraparte en conflicto para que se acepten a su vez las condiciones que propone el presidente cubano. He decidido que tú coordines directamente la segunda reunión de Bilbao, ya que el conocimiento de la problemática y la sensibilidad que vos adquiristeis en este viaje nos serán de extraordinaria utilidad».

—Encantado de servir, señor presidente, y de poner lo mejor de mí mismo a vuestro servicio y el de esta noble causa. Vos disponéis.

—Reúnete con el grupo que participó en la Primera Cumbre, que yo hablaré con el embajador nuestro en la Unión Europea, quien fue el responsable de dicha reunión (aunque no dio la cara por razones obvias) para que instruya al personal y te ponga al día de los pormenores de la segunda reunión. Por lo que veo, José Antonio, tu trabajo será decisivo para allanar el camino al presidente Cruz en la toma de la decisión más importante de su vida.

»Deseo informaros que me reuniré esta semana con los líderes de los partidos políticos de España y con el presidente del Parlamento Europeo para hablar en corto del avance de esta negociación, y una vez en mi poder la aceptación al proceso, me reuniré con su majestad el rey Don Juan Felipe, a quien corresponderá la decisión final de la aceptación de la incorporación.

»Por otra parte, he aceptado participar en la reunión de jefes de Estado de Europa que se va a celebrar en Dublín en quince días más con motivo de las negociaciones definitivas por la paz en Irlanda, a donde asistirá como invitado especial el presidente estadounidense Armstrong, y desde luego, pienso aprovechar tal circunstancia para entrevistarme en privado con él y lograr su aceptación del proceso negociador. Una vez efectuados estos pasos, que son imprescindibles para la toma de decisión por parte de España, estaré en disponibilidad de viajar a Cuba.

»Quiero preguntaros si se me ha escapado algún detalle que sirva para estos propósitos».

—Si me permitís; creo que no está de más, una vez logrado el consenso de los partidos políticos españoles, que os reunáis con el presidente de las Cortes, que es a quien corresponderá llevar a buen término el procedimiento de la aceptación de la incorporación de Cuba bajo el sistema de la autonomía comunitaria, y desde

luego, elaborar el documento base que se presentará al pleno de las Cortes Españolas para su aprobación final.

—Tenéis razón, José Antonio —dijo complacido el presidente—; tomo en cuenta vuestro consejo y así procederé.

La audiencia concluyó en los mejores términos. José Antonio se vio fortalecido ante el presidente y su imagen crecería con su participación en la segunda reunión de Bilbao, a la cual asistiría con el conocimiento pleno del deseo del presidente cubano de resolver la añeja disputa de las indemnizaciones por causa de la revolución, que era el talón de Aquiles de la negociación. Sabía que su participación sería del agrado del Comandante, ya que ningún español en esa circunstancia había escuchado y observado al histórico personaje tan de cerca, y sobre todo, nadie, mejor que él, podía interpretar el deseo de Félix respecto al proceso negociador.

Los dos amigos se despidieron cordialmente y cada cual se dio a la tarea de cumplimentar las diversas actividades y tareas para satisfacer plenamente los preparativos del proceso.

José Antonio llamó al embajador español ante la Unión Europea y concertó una cita en el Ministerio del Exterior; mientras, procedió a informarse hasta el más mínimo detalle de la primera reunión de Bilbao, de los puntos de acuerdo y de las minutas de las cuestiones en conflicto, por lo que, cuando al día siguiente se reunió con el embajador, tenía perfecto conocimiento de los detalles de la Primera Cumbre y conocía la agenda de los pendientes que se manejarían en la segunda reunión, que estaba a punto de llevarse a cabo.

—Buenos días, ministro —saludó con respeto el embajador, que aunque subordinado al Ministerio del Exterior, su dependencia real provenía del jefe de Estado español.

—Buenos días, embajador —contestó José Antonio—, por favor tome asiento.

—Me pidió su excelencia el presidente José María del Vall que me presentase con usted a fin de informaros de la próxima reunión de Bilbao; asimismo, me indicó que era conveniente que usted coordinara esa reunión y con su presencia le diera fuerza para la toma de una correcta decisión, sobre todo tratándose de los puntos que se tornaron conflictivos en la primera reunión.

—He leído vuestros informes pormenorizados, embajador, y tengo muy clara la perspectiva de los puntos encontrados, pero decidme una cosa, el grupo que más se opuso a la solución propuesta por vos, en lo que a la indemnización se refiere, ¿a qué fracción pertenece?

—Bueno, ese grupo es la personalización de la ultraderecha estadounidense infiltrada en la organización que lidereaba con mano de hierro Max, el controvertido líder cubano-estadounidense, pero con su muerte, el grupo se ha desmembrado, y ahora con la dirección de Ballantine tenemos esperanzas fundadas en que su postura se desradicalizará.

»Por otra parte, las pretensiones que esgrimió ese grupo no tienen legitimidad, ya que ese punto deberá ser tratado por un grupo oficial que represente al pueblo de los Estados Unidos, que en este caso sería un grupo nominado ex profeso por la Cámara de Representantes del Congreso de la Unión Americana.

»Por cierto, señor ministro, me ha llamado de la cámara mencionada el congresista Rodríguez, representante demócrata por Texas, y al parecer, vocero del Congreso, posiblemente para pedir participación en la segunda reunión. ¿Habéis tratado el tema con el presidente Del Vall?».

—En efecto, embajador, la opinión del presidente Del Vall y del presidente Cruz es a favor de que participe un grupo que represente a los dos partidos políticos y que esté investido de representatividad y autoridad para que sancione el acuerdo que se tome en la segunda reunión de Bilbao en torno a la indemnización de propiedades de los ciudadanos estadounidenses con motivo de la revolución cubana.

»Así que, si no tenéis inconveniente, os suplico que llaméis al congresista Rodríguez para informarle que ahora estaré a cargo de la coordinación de la reunión, por lo que se le pide en forma atenta que haga contacto con este ministerio para precisar la intervención del grupo, si ese es su propósito».

—Actuaré como vos me lo indicáis, ministro. ¿Hay algún otro aspecto que deseáis conocer?

—Sí, embajador, ¿tenéis conocimiento si la delegación de cubano-estadounidenses es la misma, o si con la muerte de Max se dislocó el grupo, o bien, se incorporó algún otro miembro de la organización anticrucista?

—Nos llegó la confirmación oficial de que será el propio Ballantine quien presida la delegación. Como vos sabéis, Ballantine fue designado líder del grupo anticrucista después de la repentina muerte de Max, por lo que auguramos que la postura del grupo será menos radical y más fácil de encauzar, ya que conocemos la capacidad negociadora de Ballantine.

—Magnífico, embajador, me queda claro, habéis hecho un extraordinario trabajo. Ahora me corresponde culminarlo y cerrar la negociación de acuerdo a las bases firmes que vos habéis construido. Se os reconoce; informaré de ello al presidente Del Vall.

—Gracias, ministro; si no disponéis de otra cosa, me retiro.

—Hasta luego, embajador.

En su despacho, José Antonio comenzó a armar el rompecabezas de la próxima reunión de Bilbao; tenía que actuar con rapidez y efectividad para llevar en su agenda la propuesta de solución a los puntos encontrados a los que no se halló feliz conclusión en la anterior reunión.

Solicitó los antecedentes del proceso de nacionalización de la industria petrolera mexicana, propiciada por el general Lázaro Cárdenas en la década de los treinta, y la solución de la indemnización, ya que era el antecedente más inmediato que podía esgrimirse con cierta validez.

Esa tarde la ocupó en leer con detenimiento el grueso expediente del proceso mexicano. Al día siguiente, su secretaria le pasó una llamada del congresista estadounidense Joe Rodríguez.

—*Hello*, habla el ministro del Exterior de España, ¿con quién tengo el gusto?

—Buenas tardes allá en España, señor ministro, habla el congresista Joe Rodríguez, del estado de Texas; disculpe la mala pronunciación de mi español, ya que por falta de práctica, mi dicción no es buena.

»Señor ministro, he sido designado por la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, coordinador de un grupo de congresistas en número de diez, cinco por el Partido Republicano y cinco por el Demócrata, para que participemos en la reunión de Bilbao y exponamos los intereses del pueblo de los Estados Unidos con relación al tema de las indemnizaciones por parte del gobierno cubano, ya que no reconocemos la postura del grupo anticrucista en esta cuestión. Me pregunto si será posible que nos den ese chance, señor ministro».

Mientras escuchaba al congresista, José Antonio recordó que el español que muchos estadounidenses hablan es producto de una curiosa mezcla de español e inglés, más usual en los estados de gran influencia hispanoamericana, como Texas y California, de donde seguramente provenía el congresista Rodríguez; dicha mezcla la llaman *spanglish*.¹⁰

—Mucho gusto, congresista Rodríguez, oiga —no podía quedarse José Antonio con la curiosidad—, ¿es usted de la ciudad de San Antonio?

—Sí, señor ministro, yo nací en esa ciudad, pero mis padres son mexicanos, nacieron en el Estado de Nuevo León.

—Hermosa ciudad; tuve oportunidad de asistir a un congreso de la hispanidad el año pasado, presidido por el ex alcalde Henry Cisneros, en el hermoso Centro de Convenciones.

—Efectivamente, señor ministro, curiosamente yo asistí también al congreso, pero no lo miré por allá.

—Desgraciadamente estuve sólo en la ceremonia de inauguración, en donde me tocó presentar el discurso oficial, y ese mismo día salí a Washington por asuntos oficiales.

—Sí lo recuerdo, ministro —dijo Rodríguez con más confianza—. Celebro que seas tú quien comande la segunda reunión de Bilbao.

»Bueno, ¿y la chanza?»¹¹

José Antonio sonrió, tomó su tiempo y contestó.

—¿Se refiere usted a la participación de los congresistas estadounidenses en la segunda reunión de Bilbao?

10 *Spanglish*, contracción de *Spain* y *english*.

11 El vocablo *chanza*, *chance*, se utiliza muy a menudo y es una derivación del verbo inglés *chance* que quiere decir oportunidad.

—Sí, señor.

—Bueno, debo decirles que si ustedes han sido autorizados por el Congreso de los Estados Unidos, y están oficialmente capacitados para tomar decisiones, por nuestra parte no hay ningún inconveniente en su participación.

—Gracias, ministro. Sí, sí estamos autorizados y precisamente la participación de los congresistas de partidos diferentes dará validez a los acuerdos, que serán respetados por las fracciones en la Cámara; ese es el *agreement, you know*. También quiero preguntar, ministro, si por parte del Gobierno de Cuba no hay oposición a que *váyamos* un grupo de gringos metiches a la reunión de Bilbao, *you know what I mean?* —dijo riéndose Rodríguez.

José Antonio festejó la broma, que reflejaba la postura inocente del congresista estadounidense, y reflexionó antes de contestar.

—El presidente de Cuba, congresista, ve con buenos ojos la participación de ustedes; yo mismo soy testigo de tal afirmación, expresada por el propio presidente Cruz en mi presencia. Él considera que vuestra asistencia dará validez a los acuerdos, y espera vuestra benevolencia y comprensión respecto al tema.

—Hombre, qué buena noticia me das, ministro, *this is a good news, I mean*, es extraordinaria, esto hace más plano el camino.

»Quiero adelantarte algo, ministro —dijo en tono de confidencialidad Rodríguez—. Personalmente me he dado a la tarea de investigar a las empresas más radicales que atosigan al Congreso de Estados Unidos con sus absurdas peticiones a Cuba; son posturas que se han traducido a través del tiempo en leyes aprobadas por los republicanos, *you know*, la ley Helms-Burton, la ley Torricelli, y sobre todo, la postura inflexible contra Cuba por parte del go-

bierno estadounidense. Nosotros creemos que esto debe cambiar; ya no hay razón para este tipo de conducta. La burra tenía razón de estar arisca, pero hoy ya no existe ese motivo».

»Pues bien, ministro, me he encontrado por casualidad, al investigar a las empresas, que noventa por ciento de ellas ya han cobrado las indemnizaciones al pueblo estadounidense, por lo que el problema se reduce a un diez por ciento de la pretensión original. Te voy a explicar, porque esto suena raro, ¿verdad?

»Fíjate que al revisar los estados contables de las empresas, en el rubro de pago de impuestos por utilidades de cada año fiscal, las empresas que sufrieron pérdida de bienes de capital en Cuba, o bienes de consumo e inversiones, han estado declarando una utilidad menor a la real, ya que deducen anualmente una cantidad proporcional por las pérdidas sufridas, por lo que en veinte años ya han recibido, en ahorro de impuestos, los valores que según sus libros perdieron con motivo de la revolución.

»Solamente diez por ciento de empresas que no siguieron trabajando, por no disponer de capital, o bienes de producción, los cuales se quedaron en la isla, no hicieron valer el acuerdo que el Tesoro de los Estados Unidos tuvo con las empresas que se vieron afectadas por la revolución. ¿Cómo la ves, ministro? Una bomba, ¿verdad? Es un verdadero cuete, como decía mi viejo. ¿No crees?».

—Esta noticia es de primera, congresista Rodríguez; ¿quién comparte con vos la primicia?

—*Nobody*, ministro, solamente yo, y ahora tú, conocemos esta investigación, así que te pido no la divulgues, no la *váyamos* a regar, ¿ok?

—Por mí, podéis estar seguro de mi discreción, congresista.

»Le haré llegar, vía fax, la información detallada de la reunión de Bilbao, y me dará mucho gusto saludarlo y platicar personalmente con usted, señor Rodríguez.

—Igualmente, ministro. Gracias por todo, *I'll see you in Bilbao*.

José Antonio estaba demasiado excitado por la confianza de Rodríguez; nunca se le hubiese ocurrido que la oposición más fuerte al tratado de Bilbao, que debía allanar el camino al Comandante Cruz, se debilitaría enormemente por el descubrimiento del congresista. Se imaginaba a Rodríguez, en la Cámara de Representantes, con su estilo franco y directo y con cierta rusticidad, producto de su origen humilde, restregando en la cara de los republicanos de la ultraderecha el argumento de que las transnacionales ya habían recibido, en ahorro de pago de impuestos, vía deducción por pérdidas, el valor en libros de sus bienes incautados, lo que los dejaba al margen de cualquier discusión. Sería ahora el grupo de congresistas, a quien correspondería tomar la decisión.

Se le ocurrió una idea. Debía oponer la menor resistencia al acuerdo, sobre todo por el diez por ciento de las empresas que debía representar un menor costo de indemnización.

Pediría autorización al presidente Del Vall para hablar con el Comandante Félix y solicitar su anuencia con el propósito de que la delegación de Cuba no se opusiese al pago integral, valor en libros, de las indemnizaciones faltantes, así Estados Unidos podría festinar que se había logrado obtener la indemnización al cien por ciento del valor de las empresas afectadas.

Tomó el teléfono de la red.

—Comunicadme con el presidente, soy el ministro del Exterior.

—Sí, señor ministro, permitidme.

—José Antonio, no os esperaba tan pronto, ¿qué pasa?

—Señor presidente, perdonad lo inoportuno de mi llamada, pero ha surgido algo de sumo interés para la próxima reunión de Bilbao.

—Adelante, enteradme.

—Acabo de tener una reveladora conversación con el congresista estadounidense Joe Rodríguez, quien será el responsable del grupo de congresistas autorizados por la Cámara de Representantes de Estados Unidos para asistir, con absolutas facultades, a la Segunda Cumbre de Bilbao. Bien, señor presidente, sintetizo:

»Resulta que el congresista Rodríguez, y esto no lo ha revelado a nadie, descubrió que noventa por ciento de las empresas más fuertes, sobre todo las transnacionales, que fueron afectadas por la revolución cubana, ya han recibido el pago de los valores perdidos al declarar pérdidas durante veinte años, equiparables a su valor en libros. ¿Me explico, señor presidente?».

—Sí, sí, perfectamente, sigue.

—Bien, pues el congresista Rodríguez está dispuesto a aceptar que la indemnización se reduzca solamente al pago del diez por ciento por las empresas que no se sometieron a este procedimiento de deducción fiscal, y ello porque en su gran mayoría fueron empresas pequeñas que perdieron todo y no siguieron trabajando, así que el problema se reduce en su dimensión real a un diez por ciento del número y quizá a un porcentaje menor de la cantidad a pagar. Por ello, presidente, considero, salvo vuestro mejor juicio, que es conveniente hablar con el Comandante Cruz y ponerlo al tanto para lograr su aceptación del pago total, valor en libros, de ese diez por ciento de empresas. ¿Cuál es vuestra opinión sobre el particular?

—Es muy juicioso tu razonamiento, José Antonio; si logramos convencer al presidente Cruz de que acepte pagar las indemnizaciones al cien por ciento del valor en libros, Estados Unidos se anotaría una batalla a su favor, aunque nosotros y ellos sabríamos que fue pírrica, ya que únicamente se pagaría el diez por ciento o menos de los valores incautados. Considero que políticamente es conveniente convencer al presidente Félix Cruz Ruiz de que acepte este planteamiento.

»Ahora bien, maneje dos instancias; tú hablarás primero con él, ya que por el contacto inmediato que habéis tenido sobre el tema os corresponde intervenir, y él no lo sentirá mal. Dejadme a mí la segunda instancia, si es necesario. Así que adelante, José Antonio, tenéis mi autorización. Mantenedme informado, ¿vale?».

—Vale, señor presidente —contestó también en tono festivo José Antonio.

Miró su reloj, las manecillas marcaban las seis menos cinco de la tarde. Hizo su cuenta mental del horario en Cuba y llegó a la conclusión de que eran las once de la mañana en ese país, por lo que sin dilación alguna procedió a hacer la llamada; decidió hacerla personalmente para evitar complicaciones de conexión, así que marcó él mismo a La Habana. Una voz cálida le contestó:

—Oigo. Oficina del presidente del Consejo de Estado.

—Señorita, habla el ministro del Exterior de España, José Antonio Cabezas y Argote; deseo hablar con su excelencia el presidente Félix Cruz Ruiz.

—Permítame un momentico, señor ministro, ahora le comunico.

—Señor ministro, ¿a qué debo el honor de su llamada? —se escuchó la voz fuerte y bien timbrada del Comandante. Aún por teléfono, su personalidad era sobresaliente.

—Señor presidente, qué gusto volver a escuchar su voz. Quise hacer de su conocimiento, dada la inminencia de la segunda reunión de Bilbao, cierta información que el presidente José María del Vall considera importante que vos compartáis.

—Le escucho, ministro.

—Señor presidente, el Congreso de los Estados Unidos de América ha confirmado la presencia de un grupo de diez congresistas, cinco por cada partido político, para asistir, con vuestra venia, a la segunda reunión, y tratar de allanar el camino para un arreglo, sobre todo en lo que respecta a las indemnizaciones de los bienes de ciudadanos y empresas americanas. Tengo entendido que ellos no tratarán nada relativo a los bienes de los cubanos exiliados. Además, quien coordinará el grupo de parlamentarios, señor presidente, es un representante demócrata de ascendencia mexicana, Joe Rodríguez, quien se muestra muy dispuesto a allanar el camino de la negociación.

—Oiga usted, señor ministro —dijo Félix cortando la conversación—, esto que me está comentando es de buen augurio. Fíjese usted que el congresista Rodríguez ha sido un constante defensor, en el Congreso de los Estados Unidos, de los derechos del pueblo de Cuba; su postura ha sido ineludible y mucho nos ha ayudado para atenuar los efectos del bloqueo a los que hemos sido sometidos. Así que me brinda usted una magnífica noticia.

—Celebro que sea de su agrado la información, señor presidente; hay algo que deseo añadir, si me permitís.

—Sí, sí, por supuesto, lo escucho con atención, ministro.

—Bien, señor presidente, tenemos información de primera mano, en el sentido de que la Cámara de Representantes investigó a la mayoría de las empresas estadounidenses afectadas por el proceso revolucionario y encontró que existió un convenio celebrado con la Tesorería de los Estados Unidos de América para deducir, vía pago de impuestos en sus declaraciones anuales, un monto un cinco por ciento anual del valor de lo incautado, según libros. Por ello esas empresas ya han recibido, por exención fiscal, el pago al cien por ciento de sus indemnizaciones, así que ellas no tienen nada que reclamar. Por su parte, el congreso considera que de existir una deuda, sería de naturaleza fiscal, y ésta tiene un plazo de prescripción de cinco años, así que esa deuda no es exigible a nadie.

»Y ahora lo mejor, señor presidente; las empresas que se ajustaron a ese convenio con el Tesoro de los Estados Unidos constituyen un noventa por ciento del total, y en inversión, creo que es del orden del 95 o 96 por ciento, ya que hablamos de las más importantes».

—Oiga, señor ministro —interrumpió cortésmente el Comandante—, esto si que es una tremenda noticia; esto desde luego ya debe ser del conocimiento de Rodríguez, ¿no cree?

—Tengo entendido que Rodríguez posee en forma reservada esta información y piensa utilizarla para bien en la reunión de Bilbao, por eso mi atrevimiento en llamarle, señor presidente, porque esto nos permite actuar de diferente forma a lo acordado con vuestra autorización.

—Hizo usted bien en llamarme, señor ministro, esto es tremendo, nos será de enorme utilidad en la reunión.

»A ver, permítame reflexionar en voz alta. Si el congresista Rodríguez, nuestro amigo, anuncia en la reunión de Bilbao que un porcentaje importante de empresas estadounidenses ya han

sido satisfechas en sus peticiones de indemnización, vía las exenciones fiscales otorgadas por Estados Unidos, sería improcedente su reclamación de pago al pueblo y Gobierno de Cuba; entonces quedaría por satisfacer únicamente la pretensión de un diez por ciento de empresas que juntas constituyen un cuatro o cinco por ciento del capital total. ¿Así es, ministro?».

—Sí, señor presidente, ése sería el procedimiento.

—Magnífico, entonces mire usted, voy a dar instrucciones a la delegación cubana de que si este proceso se manifiesta como nosotros creemos, entonces que se allanen y ofrezcan pagar el cien por ciento de las indemnizaciones, valor en libros y sin capital añadido por interés o cualquier otra cuestión. Así, de esa manera nosotros cumpliremos con una petición reiterada del Gobierno de los Estados Unidos, y ellos podrán decir al mundo que han satisfecho sus pretensiones, sin claudicar.

»Adelante, mi buen amigo José Antonio, defendamos esta cuestión, en usted confiamos. El pueblo y el Gobierno de Cuba le agradecen sus buenos oficios».

—Gracias, señor presidente, trataré de no defraudarlos. Hasta pronto.

—Hasta luego —contestó el Comandante y colgó el auricular.

José Antonio sintió un leve mareo, le pareció que la sangre le circulaba con mayor rapidez de lo ordinario y se sintió eufórico, rara sensación en él, tan dueño de sí y tan propio. Se sentía parte del juego y disfrutaba a plenitud tal sensación.

Ordenó de nuevo su mente; la reunión tendría lugar el próximo fin de semana en un salón privado del moderno Museo Guggenheim de Bilbao, en el corazón del País Vasco. Sabía que el mundo entero había puesto los ojos en dicha reunión y no debía

fallar. Así pues, se preparó como nunca antes para emprender una de las tareas más importantes de su vida diplomática.

El viernes por la mañana tomó el avión rumbo a Bilbao y se presentó en punto de las once horas en el salón acondicionado del museo, el cual se encontraba en el segundo piso del moderno edificio, perfectamente resguardado de las miradas indiscretas de la prensa internacional.

Poco a poco, el salón se fue llenando con personas representantes de las diversas delegaciones; la cubana, con el canciller del Exterior al mando; la de cubano-estadounidenses, con su líder Ballantine; los congresistas estadounidenses, con Joe Rodríguez; y los españoles, como anfitriones y mezclándose entre todos los grupos para evitar desaguisados.

Gentiles edecanes se desvivían en atender a todos por igual, ofreciendo café, galletas, té y bebidas refrescantes. A las 11.30 en punto, el jefe del ceremonial pidió a los presentes que pasasen a sus respectivos lugares.

—Si os parece bien —dijo solemne el jefe de ceremonial—, vamos a dar inicio a la segunda reunión conciliatoria a la que fuimos convocados en la pasada cumbre. Permitidme presentar a vuestra consideración a la persona propuesta por el gobierno español para coordinar los trabajos de esta reunión: el señor ministro del Exterior de España, don José Antonio Cabezas y Argote.

El público presente rubricó la presentación con un entusiasta aplauso que denotaba la simpatía que generaba la designación.

—Aunque es ocioso, por el recibimiento que habéis brindado al ministro, pregunto a vosotros si estáis de acuerdo con tal designación —los presentes, como una sola persona, levantaron su mano derecha en señal afirmativa.

—Aprobada la designación —dijo el jefe de protocolo—. En esa virtud, solicito al señor ministro que ocupe el lugar designado para que presida estos trabajos. Acto seguido, y con su venia, señor presidente, daré a conocer a la honorable Asamblea, el orden del día de estos trabajos, el cual servirá de guía en caso de ser aprobado por vosotros:

1o.-	Lectura del acta de la Primera Cumbre, con la exclusión de los discursos de apertura y de clausura, que serán entregados a vosotros en una separata del documento principal.
2o.-	Lectura del documento que contiene los puntos de acuerdo.
3o.-	Lectura de los puntos controvertidos y su análisis en la mesa de discusión.
4o.-	Nombramiento de la comisión relatora.

—Está a vuestra consideración el orden del día de esta segunda reunión.

—Se aprueba —dijeron los presentes levantando la mano derecha.

—En tal virtud, entrego la conducción de la reunión al presidente para que desahogue los puntos del orden del día aprobados por esta honorable Asamblea.

—Honorable Asamblea —José Antonio se dirigió a los presentes en un tono que denotaba sencillez y que inspiraba confianza—, agradezco a todos y cada uno de vosotros la confianza que habéis depositado en mi persona para coordinar estos trabajos, que deberán concluir, con voluntad y buena fe, en un acuerdo positivo que pueda servir al mundo de ejemplo para dirimir, con alto sentido de civilidad, los problemas añejos que aún están en disputa y que enfrentan a hermanos con hermanos, o lo que es peor, a pueblos enteros.

»Vosotros habéis dado un paso ejemplar; el simple hecho de haber aceptado sentarse a la mesa de las negociaciones y de participar en esta cumbre, con el ánimo de ventilar un problema que tiene cuarenta años insoluble, habla de la buena voluntad que os anima y de la excelencia de vuestra calidad humana.

»Esta Primera Cumbre, que culminó con extraordinario éxito, animó al Gobierno de los Estados Unidos de América, el gran ausente, a participar a través de diez miembros distinguidos de la honorable Cámara de Representantes del Congreso de la Unión Americana, cuyo *speaker* es el excelentísimo don Joe Rodríguez. Bienvenidos, amigos estadounidenses a esta Segunda Cumbre».

Los presentes brindaron nuevamente un caluroso aplauso a los congresistas, quienes se pusieron de pie en cuanto la traducción instantánea terminó de hacer la presentación y agradecieron las muestras de simpatía levantando la mano en señal de saludo.

—Pongo de relieve —siguió hablando José Antonio— que la participación de vosotros, señores congresistas, no sólo es bien recibida, sino que, de no haberse producido, hubiese dejado un vacío difícil de llenar, ya que los intereses en conflicto de los ciudadanos estadounidenses deben ser tratados y dirimidos ante quien ostente representatividad y autoridad para solucionarlos, de acuerdo a las partes interesadas. Así que, reunidas en esta Segunda Cumbre todas las partes en conflicto, os aseguro que pondremos nuestra mejor voluntad, esfuerzo y buena fe para que, en un acto de comprensión y de civilidad, se resuelva de una buena vez esta causa que ha dividido a familias enteras y ha causado encono y resentimientos impidiendo la normalización de relaciones entre dos naciones vecinas. Sin nada más que añadir, ruego al jefe de ceremonial que dé lectura al Acta de la Primera Cumbre.

La lectura del acta transcurrió sin mayores sobresaltos y fue aprobada por unanimidad. El jefe de ceremonial continuó con la lectura de los puntos de acuerdo autorizados en la Primera Cumbre que, de ser ratificados, pasarían a la Comisión de Relatoría para la redacción final del documento.

Al término de la lectura, el coordinador de la delegación cubano-estadounidense, Francisco Ballantine, pidió hacer uso de la palabra.

—Señor presidente, compañeros de esta asamblea: en mi carácter de coordinador de la delegación de cubanos con residencia legal en los Estados Unidos de América, quiero enfatizar sobre el punto de acuerdo que en principio fue discutido y resuelto en la primera reunión, pero que, desde nuestro particular punto de vista, todavía no queda claro en algunas cuestiones que garanticen su definitividad.

»Me explico: en principio, cuando se discutió la forma en que el Gobierno de Cuba indemnizaría a los cubanos despojados de sus propiedades en la isla, aceptamos que las indemnizaciones no se hicieran en numerario y que tampoco, por la imposibilidad material, se podía reivindicar dichas propiedades a sus legítimos dueños, ya que ello causaría un enorme daño social a los actuales poseedores que las usufructúan en calidad de dueños.

»Conscientes de ese problema, transigimos y aceptamos recibir terrenos baldíos en zonas turísticas y residenciales, ya urbanizados, para edificar en ellos de acuerdo a nuestro interés y posibilidades. Ahora bien, es nuestro deseo que se aclaren algunos aspectos de carácter secundario y se añadan al documento final, que servirá de compromiso entre las partes.

»En primer término, solicitamos que la asignación de los terrenos esté sujeta a la previa aceptación de las partes interesadas.

»Solicitamos que se designe, por parte del Gobierno de Cuba, una comisión especial que resuelva, sin contratiempos ni trámites burocráticos, lo relacionado a la asignación, escrituración y entrega de las propiedades.

»Es deseable, también, que el documento consigne el plazo para edificar en los terrenos asignados, que solicitamos deba ser no menor de tres años para que nos den oportunidad de conseguir recursos para tal propósito.

»Asimismo, solicitamos que el documento consigne que no hay obstáculo alguno cuando se pretenda la construcción de algún complejo turístico, al aportar en sociedad el terreno a empresas particulares de cualquier nacionalidad para la consecución de tal objetivo. Y finalmente, deseamos que los terrenos que se nos otorguen en propiedad estén sujetos al mismo régimen de las inversiones extranjeras en tal rubro; es decir, en adquisición para construcción.

»Solicito, señor presidente, que estos puntos sean puestos a la consideración de la delegación cubana antes de aprobar el texto correspondiente, que deberá engrosar el documento final».

José Antonio se dirigió a la delegación cubana y expresó:

—Pongo a vuestra consideración la petición que hace el señor Ballantine. ¿Es vuestro deseo abordarla en este momento, o disponéis su análisis a posteriori para la mesa de discusiones?

La delegación cubana hizo un breve intercambio de opiniones, y a través del ministro del Exterior, pidió hacer uso de la voz.

—Señor presidente, señores asambleístas: considero, y hablo a nombre de la delegación de Cuba, que no hay necesidad de postergar este acuerdo que ya está discutido y aprobado y que únicamente requiere, como lo solicita el señor Ballantine, algunas precisiones y confirmaciones por parte nuestra, que adicionen y

complementen el documento original. Así que, con su venia, daré respuesta y satisfacción a lo solicitado.

El ministro tomó su cuaderno de notas y leyó el texto anotado con antelación.

—El Gobierno de Cuba, por mi conducto, acepta los siguientes puntos:

»PRIMERO. La asignación de terrenos en compensación se hará, previa aceptación de las partes interesadas, con la decisión claramente especificada en un documento en que conste la ubicación y características del terreno.

»SEGUNDO. No existe inconveniente alguno para que se integre una comisión especial a fin de que resuelva de manera expedita la consecuencia de este acuerdo.

»TERCERO. Es aceptada la petición de otorgar un plazo no menor de tres años para que se satisfaga el requisito de construir sobre los terrenos otorgados. Dicha constancia se otorgará por escrito.

»CUARTO. Finalmente aceptamos que los bienes inmuebles, materia de este acuerdo, se sujeten a las mismas reglas de la inversión extranjera en Cuba, pudiendo, en consecuencia, asociarse para promover cualquier tipo de desarrollo turístico, sin más límite que los ordenamientos que precise la construcción y el medio ambiente.

»Con lo anterior, señor presidente, se satisface la petición hecha por el señor Ballantine. En tal virtud, solicito se pase a aprobación este punto».

El presidente se dirigió a la delegación cubano-estadounidense y les preguntó si había alguna objeción. Al aceptar las propuestas, se aprobó el punto con sus adiciones.

Lo que presagiaba una tormenta resultó una brisa que refrescó el ambiente. La postura de los cubanos, antes reacios a cualquier concesión, sorprendió y agradó a todos, tornando el ambiente más relajado.

El presidente declaró un receso de una hora para almorzar, por lo que de inmediato se trasladaron a un exclusivo restaurante ubicado en la tercer planta del museo, acondicionado para ellos.

José Antonio tomó las escaleras y junto con él, en animada plática, iba Joe Rodríguez, el mexicano-texano, que se sentía feliz de practicar su español salpicado de anglicismos y de arcaísmos, lo que divertía sobremanera al ministro.

Al llegar al rellano de la escalera, y habiéndose cerciorado de que se encontraban solos, Joe Rodríguez detuvo el paso, y en voz más baja, como en tono de complicidad, le confesó a José Antonio:

—Hace dos días me llamó personalmente, a mi casa, el presidente Félix Cruz Ruiz. Ya sabrás como me sentí, me fui *pa'tras*.¹² Me saludó y me dijo que se había enterado de que yo iría a Bilbao con un grupo de congresistas estadounidenses; me felicitó por mis intervenciones en el congreso en favor de Cuba, que él sabía que eran producto de mis convicciones honradas y que me agradecería y en mucho valoraría que esa postura guardara en Bilbao. Ya te has de imaginar, ministro, la emoción; bueno, pues tú eres el único en compartir mis secretos. Qué buen detalle, ¿verdad?

José Antonio, con cara de asombro, asintió y le brindó una cálida sonrisa a Joe. Tomándolo del brazo, compartió su secreto. No cabía duda, Félix sabía manejar con finura la sensibilidad de las personas. Había sido sutil y oportuno. Se había arriesgado, sí,

¹² Irse *pa'tras*, o irse para atrás, significa en el español mexicano que se habla en zonas rurales, caerse de la sorpresa.

pero el riesgo merecía la pena. Ahora podía estar seguro de que Joe Rodríguez no sería obstáculo para el acuerdo final.

El ambiente en el almuerzo fue de lo más cordial; los grupos se mezclaron a su elección y se notó una distensión y disposición al diálogo, como en ninguna reunión. Los cubanos y los contras departían amigablemente, y salían a colación infinidad de preguntas sobre la isla, tal o cual barrio, el restaurante equis y el bar fulano; hasta personajes y familias.

Los congresistas estadounidenses, con su habitual franqueza, ponían la nota cómica por sus preguntas o comentarios salpicados de inocencia, producto del desconocimiento, o a lo mejor por la ausencia de diplomacia, arte que evidentemente no les interesaba practicar.

La reunión se renovó, observándose en los asistentes un inmejorable buen humor, producto de las dos o tres copas de vino que acompañaron el almuerzo.

José Antonio fue directo al grano.

—Señores asambleístas, tengo en mi poder el documento de la relatoría de la Primera Cumbre que refiere los puntos controvertidos que no se pudieron votar en dicha reunión y se reservaron para esta segunda ocasión, en la que no sólo comparecen las partes, sino que se fortalece este grupo con la presencia de los representantes del pueblo y Gobierno de los Estados Unidos. Ante esta excepcional circunstancia, y contando con la representación de la parte afectada daré lectura a los puntos motivos de la controversia, a fin de que, si las partes están de acuerdo, tratemos las cuestiones conflictivas.

—Señor presidente, pido el uso de la voz —dijo el congresista Rodríguez.

—Está en su derecho, señor congresista, os escuchamos.

Rodríguez pasó al frente del salón y ocupó el atril y el micrófono, sacó un documento cuidadosamente empastado y con el logotipo en sus forros de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América; se caló unas gafas pequeñas y se aprestó a leer.

—El Gobierno de los Estados Unidos, a través de la Cámara de Representantes, ha comparecido a esta reunión porque consideró que los intereses de los ciudadanos americanos no estaban siendo adecuadamente protegidos y que el reclamo no provenía de parte legítima, sin pretender lastimar a nuestros conciudadanos de origen cubano, que desde luego no tienen la representatividad para dirimir estas cuestiones.

»Ante esta circunstancia, y después de hacer un examen minucioso de los puntos controvertidos, nos percatamos de que esta reflexión debe plantearse nuevamente, con nuevos argumentos y con la representación que nos ha brindado el pueblo y Gobierno de los Estados Unidos; solamente de esa manera estaremos en posibilidad de llegar a un acuerdo».

José Antonio se sensibilizó ante las palabras del congresista Rodríguez, por lo que, aprovechando el planteamiento, rápidamente acotó:

—La representación de los Estados Unidos hace una petición concreta; solicita a vuestra consideración exponer las condiciones para la solución del tema de las indemnizaciones a los ciudadanos estadounidenses, haciendo a un lado las cuestiones surgidas en la primera reunión.

»En virtud de la legitimidad y congruencia de tal solicitud, es mi obligación preguntaros si aceptáis la propuesta del honorable congresista Joe Rodríguez».

Todos los presentes levantaron la mano derecha en señal de aceptación.

Satisfecho, Rodríguez volteó a ver a José Antonio, quien diligente precisó.

—Se aprueba la moción; puede continuar, señor Rodríguez.

—La Cámara de Representantes de mi país ha seguido con mucho interés el proceso en torno a la Primera Cumbre de Bilbao, que tiende a resolver un enojoso problema entre ciudadanos de un mismo país, que se vio dividido merced a un proceso revolucionario no compartido por la totalidad de los habitantes del mismo, lo que ocasionó el éxodo de cientos de miles de personas hacia el territorio de los Estados Unidos de América.

»Este acontecimiento, que en un principio se creyó no duraría, ha permanecido durante cuarenta años, lo que ha evidenciado la legitimidad y aceptabilidad del mismo por parte del pueblo cubano.

»Ahora bien, la postura radical del grupo cubano, en connivencia con diversas administraciones del Gobierno de los Estados Unidos de América, le ha dado permanencia al conflicto y no ha permitido ventilarlo, hasta ahora, en un plano de civilidad y de comprensión.

»Por otra parte, justo es decirlo, la postura inflexible del gobierno cubano, de no reconocer indemnización alguna por ese proceso revolucionario, contrario a las prácticas internacionales, dificultó aún más algún proceso de solución, lo que a la postre radicalizó la postura de ambas partes, llegando al extremo de un bloqueo económico de acuerdo a la impopular ley Helms-Burton, que ningún país del mundo comparte.

»Ante esta situación, esta representación plantea a ustedes lo siguiente:

»PRIMERO. El Gobierno de los Estados Unidos de América, a través de esta delegación de representantes, es el único legítimamente autorizado para reclamar una justa indemnización por parte del Gobierno de Cuba, por los bienes incautados a empresas y ciudadanos americanos, con motivo del proceso revolucionario de ese país.

»SEGUNDO. La indemnización que deberá cubrir el Gobierno de Cuba, a nuestros ciudadanos, no podrá ser menor al cien por ciento del valor de bienes y propiedades, según valores de la época y remunerables en divisa americana, dejando a salvo la posibilidad, a los propios particulares, de que reciban pago en especie.

»TERCERO. La cuantificación y procedencia de las indemnizaciones serán calificadas por la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, que las hará llegar al Gobierno de Cuba para su análisis y cumplimentación.

»CUARTO. La procedencia de la reclamaciones de indemnización se ajustará a la lista de empresas y ciudadanos americanos que se registraron ante el Departamento de Estado y el Tesoro de los Estados Unidos; los valores de la reclamación se tasarán de acuerdo a libros contables y valores catastrales de la época, quedando exceptuadas aquellas empresas que se sometieron al régimen fiscal de excepción, que permitió deducir pérdidas con un porcentaje de cinco por ciento anual en sus declaraciones fiscales, quienes a la postre ya han recibido, vía ahorro de impuestos, el pago de sus indemnizaciones.

»QUINTA. Tomando en consideración que una gran mayoría de empresas, no así ciudadanos y empresas de menor envergadura, se sometieron al régimen especial, el porcentual de reclamación se reduce considerablemente toda vez que el débito se convirtió de

naturaleza fiscal, y éste no puede ser reclamado porque, de acuerdo a su naturaleza, ha prescrito.

»Éstos, señor presidente, son los puntos que esta representación somete a la consideración de esta cumbre».

La lectura del documento dejó estupefactos a los asistentes; los cubanos no podían dar crédito a semejante declaración, que prácticamente allanaba el camino de la negociación. Por su parte, los contras estaban azorados por el cambio de actitud del gobierno estadounidense, pues era cierto que el presidente Armstrong había iniciado una política de entendimiento, entiéndase la visita del Papa, la intervención de la CIA en el atentado al Comandante, el juego de béisbol entre Baltimore y un equipo de la isla, en los dos países, y otras muestras de simpatía, como el aplazamiento de la ley Helms-Burton, pero esto era demasiado; algo estaba pasando y ellos eran ajenos a ese cambio. Esto los sensibilizó.

José Antonio se dirigió a la asamblea, y en forma pausada, dijo:

—Está a vuestra consideración el documento que acaba de leer el congresista Joe Rodríguez, cuyo original me ha entregado. Si vosotros aceptáis, declararé un receso de quince minutos para reproducir y entregar a cada uno de vosotros un ejemplar para su lectura y análisis, previo a que se reanude la reunión en mesa de discusión.

—Se acepta la moción —expresaron al unísono los asistentes.

—Bien, disponéis de quince minutos para tal fin. Os ruego que no abandonéis el recinto.

Los quince minutos transcurrieron en un santiamén; el documento fue ávidamente analizado y comentado por las delegaciones, especialmente la cubana, que era la contraparte y directamente implicada en dichas cuestiones, así que, agotado el tiempo,

todo mundo tenía clara la postura que iba a adoptar al reanudarse la sesión.

El presidente preguntó a los asistentes si deseaban añadir algo a la petición de la delegación americana, y al no haber respuesta en tal sentido, abrió el debate para la discusión.

—Con permiso, señor presidente.

El ministro del Exterior de Cuba, y vocero de la delegación, solicitó hacer uso de la voz.

—Adelante, señor ministro, ¿es vuestro deseo utilizar el pódium?

—Sí, señor presidente.

—Estáis autorizado.

—Honorable Asamblea. Muy pocas veces en la historia de la humanidad, por diferencias de ideas políticas, económicas o religiosas, los pueblos y ciudadanos se han visto envueltos en conflictos y divididos o enfrentados, la tarea de reconciliación se torna, la mayoría de las veces, de una dimensión inconmensurable, difícil de superar.

»La crisis cubana, como la ha llamado el mundo, lo dijo certeramente el compañero congresista Joe Rodríguez, no se ha resuelto por el empecinamiento de las tres partes involucradas en el conflicto y por las razones de peso que cada una de ellas ha esgrimido, con razón o sin ella. Sin embargo, hay que reconocer que esta Cumbre de Bilbao ha servido para evidenciar la buena fe de todas las partes para superar situaciones de facto, que son irremediables, histórica, social y económicamente. El mundo entero está pendiente de esta cumbre. Nuestro ejemplo servirá para dirimir muchos conflictos que aún pesan entre numerosos pueblos: Irlanda, la propia España, el problema de los kurdos, la crisis racial

de algunas zonas de Europa del Este, el problema tribal de África, por mencionar algunos, que seguirán, sin duda, después de Bilbao, la senda de la negociación.

»La buena fe y honradez del planteamiento que hace la delegación estadounidense pone en evidencia el deseo de ese país de resolver, en el plano de la cordialidad y la justicia internacional, un problema que empañaba y empantanaba nuestras relaciones como países vecinos; en esa virtud, y en reconocimiento de esa buena fe y honradez, a nombre del Gobierno de Cuba, aceptamos la propuesta que hace la delegación de Estados Unidos de América».

Los asistentes, puestos en pie, brindaron un prolongado aplauso al canciller cubano y reconocieron de esa forma el esfuerzo de las partes por dirimir un conflicto que tanto ha afectado al pueblo de Cuba.

La reunión prácticamente había concluido; la Comisión de Relatoría, una vez designada, se dio a la tarea de redactar el documento final, que sería leído y entregado en la ceremonia de clausura, la cual se llevaría a cabo al día siguiente, con la honrosa presencia del presidente español José María del Vall. Esa tarde todos asistieron, a invitación del alcalde de Getxo, pueblecito conurbado a Bilbao, a una tradicional cena a la vasca, rica en pescados y buenos vinos.

A la mañana siguiente, los principales diarios del mundo daban la noticia: «La Cumbre de Bilbao abre un mundo de esperanza para los cubanos, y pone de ejemplo, a todas las naciones en conflicto, las vías pacíficas de solución».

El presidente de España había desplegado en los últimos días una inusual energía. Había viajado a Bruselas a entrevistarse con el presidente del Parlamento Europeo y sostuvo una reunión privada con los líderes de los partidos políticos españoles. La prensa especulaba que se debía a una petición relacionada con la política económica de apoyo al euro. Asistió a la Cumbre de Bilbao y, finalmente, viajó a Dublín a la reunión de jefes de Estado y de Gobierno de los países europeos, en donde sostuvo una reunión privada con el presidente estadounidense Armstrong, quien asistió como invitado de honor.

A la siguiente mañana, la prensa nacional daba la noticia del inminente viaje del presidente español a Cuba, Honduras y El Salvador, haciendo escala, medio día, en Washington, a invitación del presidente Armstrong.

El citado viaje obedecía fundamentalmente al propósito del gobierno español de encauzar la ayuda para la reconstrucción de Honduras y El Salvador, tras el desastre ocasionado por el huracán Mitch. La fecha, informaba la prensa, sería a finales del mes de enero.

José Antonio había visto crecer su prestigio; la Cumbre de Bilbao fue ampliamente comentada por la prensa internacional. El Parlamento Europeo recomendaba reuniones de entendimiento similares para dirimir los actuales conflictos en Europa del Este; el ministro español sería, indudablemente, invitado de honor en cualquiera de estas reuniones.

Su trabajo en la Segunda Cumbre había sido concienzudo y nada fue dejado al azar; cuidó hasta el último detalle y nunca dejó sueltos los hilos de las relaciones personales con los líderes de las delegaciones. De esa manera había logrado que el documento final fuese aprobado sin objeción en la sesión solemne de clausura. El presidente José María lo había felicitado y le pidió que fuese a visitarlo a su regreso de Dublín. A José Antonio no le sorprendió la llamada de la oficina del presidente pidiéndole con todo comedimiento que se presentase al día siguiente al Palacio de la Moncloa.

Llegó puntual, de acuerdo a su costumbre, y se arrellanó en la butaca de piel del privado del presidente; contempló las fotos del rey y la reina, símbolos de la unidad española. «Qué distintos estos monarcas —pensó—, de aquellos que han evidenciado esta noble institución y que han escandalizado a la vieja Europa».

Él era fiel defensor de la monarquía europea, tradición que se consolidó en la temprana Edad Media, con la invasión Goda y Visigoda que dio lugar a los reinos peninsulares como Asturias, León, Galicia, Castilla, Aragón, etcétera, los cuales fueron baluartes en la reconquista cristiana contra el invasor Nazarí. Sin embargo, reconoció que la institución medieval se conservaba más por la inercia histórica o por la nostalgia trasnochada de la generación de los treinta y cuarenta, que era la clase gobernante en ese momento.

«Ah, si España hubiese tenido capacidad de tolerancia con los pueblos vencidos en la Guerra de la Reconquista, judíos, árabes y españoles hubiesen construido juntos una nación más grande y próspera. Quizá, con el tiempo, España hubiese sido la nación guía de Europa, y el papel que durante más de cien años desempeñó Inglaterra, España lo hubiera hecho mejor.

»Pero qué triste realidad; perdimos vergonzosamente en Trafalgar, y en Cuba, y pasamos a ser una nación de segunda, que ni siquiera se significó en la Gran Guerra; fuimos testigos mudos, simples marionetas. Recordó a Unamuno, el gran filósofo vasco, “Crímenes son del tiempo y no de España”».

Unos pasos resonando en el lustrado piso de madera del recinto lo devolvieron a la realidad. Apenas alcanzó a ponerse de pie para recibir al presidente español.

—José Antonio, permitidme abrazaros, que en Bilbao no hubo oportunidad de felicitaros adecuadamente. Enhorabuena, amigo.

El ministro se ruborizó por lo inesperado del saludo y la efusividad del mismo, pero agradeció comedidamente el cumplido.

—Vos sabéis que cumplí mi deber lo mejor que pude, por vos y por España —contestó modesto.

—Anda, dejad la modestia para otra ocasión, que buena la habéis hecho en Bilbao. Fijaos, me allanasteis el camino de la negociación final; los partidos políticos están a partir de un piñón en lo de Cuba. El Parlamento Europeo festejó con bombo y platillo la negociación, y lo mejor, el presidente Armstrong dio el visto bueno a la integración, siempre y cuando se respete el proceso democrático a los cubano-estadounidenses. Me invitó a visitar Washington después de mi estancia en Cuba, a fin de consolidar el acuerdo, así que, como vos podéis constatar, tengo motivos

fundados para agradeceros vuestro empeño, dedicación y buenos oficios en la segunda reunión de Bilbao.

—Bueno, pero ahora a mi cita con el Comandante; ¿cómo sentís el momento? —preguntó José María.

—Estoy seguro de que encontraréis al presidente Félix de extraordinario talante; el arreglo final con Estados Unidos, en lo que respecta a las indemnizaciones, limó todas las asperezas existentes con el gobierno de Armstrong, y ya veis, las relaciones se han distendido, al grado que en unos días más un equipo profesional de béisbol jugará con un equipo cubano en la propia Habana, con visitas recíprocas. Además, el presidente Armstrong ha suspendido la aplicación del capítulo III de la ley Helms-Burton, ya que, según declaró al Congreso, «la suspensión del capítulo es necesaria para los intereses de los Estados Unidos y acelerará la transición a la democracia en Cuba», por lo que el momento es el adecuado.

—Y en lo que respecta a las concesiones al Gobierno de Cuba para su integración, ¿hasta donde podemos ceder? —preguntó preocupado José María.

—Éste es un punto no definido casuísticamente por la Constitución, pues ésta únicamente prescribe que las comunidades autónomas históricas podrán conservar sus costumbres, idioma, creencias, gobierno, etcétera, mientras no contraríen la Constitución General de España; así que, mientras se respeten los principios constitucionales, Cuba preservará, si así lo desea, sus instituciones y forma de gobierno.

—¿Y la figura del Comandante?

—Él podrá optar por varias opciones; la más importante sería conservar su actual estatus, con el carácter de presidente de la

Comunidad Autónoma de Cuba, situación que tendría que ser confirmada en el referéndum y que, desde luego, podría conservar hasta su muerte, ya que es reelegible por votación. También podría coordinar los trabajos del Parlamento de la comunidad cubana. Y la última, más dolorosa, retirarse de la vida política y dedicarse a recorrer el mundo envuelto en un hábito de prestigio, como el gran revolucionario que transitó de la guerra a la paz y de la revolución a la globalización, sin pasar por la transición, etapa que superó con éxito en vida.

»Imaginaos, presidente, tamaña figura en las universidades más prestigiosas del mundo y en los altos círculos intelectuales, así como en los foros internacionales, dando cátedra y componiendo el mundo».

—Creo que existe otra posibilidad —dijo emocionado José María.

—¿Cuál es, presidente?

—¿Olvidáis que ya como ciudadano español puede ser votado para las Cortes, o al Senado del país, o puede ser diputado al Parlamento Europeo?

—Estáis en lo cierto, lo cual no le disgustaría nada al Comandante. ¿Imaginaos a Félix en el Parlamento Europeo hablando sobre el problema de Kosovo y los Balcanes, o de las posibilidades del euro, o de la política del neoliberalismo asfixiante?

Ambos festejaron y se asombraron de las múltiples posibilidades que tenía el Comandante para concluir con éxito su controvertida existencia.

Se hizo un breve silencio. Finalmente José Antonio habló:

—Os hago entrega, presidente, de diez ejemplares empastados de la Cumbre de Bilbao.

»Asimismo, del documento oficial de petición por parte del presidente cubano que permitirá a ambas partes iniciar el procedimiento de incorporación. Este documento deberá ser firmado por ambos presidentes y ratificado por los ministros del Exterior. En nuestro caso, en su momento, deberá ser sancionado por el rey.

»Esto es lo más relevante; la conclusión del procedimiento podrá llevarse todo el año, ya que requiere la aprobación del pueblo cubano, a través de la Asamblea Nacional del Poder Popular, que deberá sancionar la aprobación y convocar a referéndum nacional, con la inclusión de los cubanos en el extranjero. De ser aprobada la incorporación, el documento formal pasará a las Cortes Españolas para su sanción final.

»Como veis, se requiere de mucho tiempo para consolidar la incorporación, amén de los procesos económicos, liquidación de compromisos internacionales y tantos detalles más que llevarán buen tiempo para su formalización y operación».

—Quedo satisfecho con vuestra amplia información, José Antonio; voy bien pertrechado a mi reunión con el presidente cubano, y que sea lo que Dios quiera, por el bien de nuestros pueblos hermanos.

—Suerte de la buena, señor presidente —dijo a manera de despedida José Antonio, y respetuoso, esperó a que el presidente tomase la iniciativa.

—He decidido —dijo sonriendo José María— vuestra integración a la modesta comitiva que me acompañará a América, así que anda, preparaos, que en un par de días partiremos. Mi jefe de ayudantes os hará llegar los pormenores del viaje.

José María acompañó al ministro hasta la salida, y con un «hasta luego», rubricó la reunión.

Al día siguiente, un mensajero de la Moncloa, vistosamente uniformado, hizo llegar al ministro el sobre con la invitación a la «Gira a América». El ministro abrió el sobre y leyó la carta invitación para asistir a la gira presidencial.

La hora de reunión se fijó a las diez menos veinte en el hangar presidencial del aeropuerto Barajas. El traslado se haría en un avión Boeing 727 de la fuerza aérea española, especialmente acondicionado para uso de la presidencia en vuelos intercontinentales.

A petición del presidente, el avión ostentaba orgulloso el nombre de *El Quijote* en la parte baja de la cabina exterior.

El sobre contenía información histórica política y cultural de los países a visitar, así como datos del clima y sugerencias del tipo de ropa a usar.

Un grupo de empresarios españoles de la industria del turismo y de la construcción integraban la comitiva, así como el ministro de Salud y el de Vivienda.

José Antonio llegó al hangar justo a tiempo y después de cerciorarse de que su equipaje fuera recibido para su embarque, se integró al grupo de invitados, en su gran mayoría viejos conocidos y colegas de la administración.

El presidente arribó segundos más tarde, y en unos cuantos minutos toda la comitiva se había trasladado al hangar, en donde estaba dispuesta una escolta con bandera, una banda de música y una compañía del ejército español. Se llevó a cabo una emotiva ceremonia de honores a la bandera y se escuchó con solemnidad el himno nacional español. Finalmente, la comitiva abordó el avión presidencial.

La amplitud del avión permitió a los invitados, que no pasaban de diez personas, disfrutar del viaje con toda comodidad, de-

liciosamente atendidos por diligentes azafatas, por lo que el tiempo de vuelo, a través del Atlántico, casi no se notó. La ciudad de Nueva York apareció por la parte derecha del avión; la gran urbe se mostraba orgullosa, como antaño, cuando miles y miles de irlandeses, alemanes, ingleses, italianos, judíos y quién sabe de cuántas nacionalidades más, entraban a América asombrados por la enorme Estatua de la Libertad, regalo de los franceses al pueblo estadounidense recién emancipado de Inglaterra. La bahía Hudson se mostraba espléndida y los enormes puentes que comunican la isla de Manhattan perfilaban su estilizada silueta.

El avión viró casi imperceptiblemente noventa grados en dirección al sur. La primer escala sería Cuba; arribarían a ese país, según confirmó el capitán de la nave, a las once horas menos quince minutos; la temperatura sería de 28 grados y bajo un cielo despejado.

Tomaría un par de horas el viaje de Nueva York a La Habana. Desde el avión, el Mississippi aparecía como una serpiente gigantesca. Alguno de los viajeros recordó los viejos cuentos de Mark Twain y se solazó con los relatos del escritor, quien inmortalizó no sólo al Mississippi, sino a las letras costumbristas estadounidenses.

El avión cruzó a 35 mil pies de altura la ciudad de Orlando, en la Florida, y en unos cuantos minutos pasó por Miami, para luego iniciar su descenso al Aeropuerto José Martí de La Habana.

Al entrar a territorio aéreo de Cuba, un par de aviones MiG de la fuerza aérea cubana se incorporaron al itinerario del avión, escoltándolo hasta que el aeropuerto estuvo a la vista. A una señal de comunicación, los pilotos cubanos iniciaron un vistoso desplazamiento lateral, uno a la derecha y el otro a la izquierda del

avión, mostrando cada cual el fuselaje, y en unos cuantos segundos desaparecieron.

El avión presidencial tocó delicadamente la pista y comenzó el correteo a la plataforma central.

La terminal número tres del Aeropuerto José Martí había sido primorosamente acondicionada para la recepción.

Más de cinco mil niños de elemental, con sus uniformes guinda y blanco, y con banderitas de España y Cuba, daban la bienvenida al presidente y a su comitiva.

Un disciplinado destacamento del ejército del pueblo cubano, perfectamente uniformado y armado con modernos fusiles, conformaba un ala de la plataforma.

Una escolta con las banderas de Cuba y de España, y una banda de música cerraban el cuadro. En la parte central, ante una escalerilla y un gran tapete rojo, el Comandante Félix, vestido con el uniforme verde oliva de campaña, su hermano Roque, jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, los ministros del Exterior, del Interior, de Economía y Turismo, el presidente de la Asamblea Nacional Popular, el historiador y el alcalde de La Habana y el embajador de España conformaban una multicolor comitiva.

El sol brillaba en todo su esplendor cuando el presidente José María apareció en la parte alta del Boeing 727. Los niños comenzaron a gritar vivas y a agitar las banderitas de España y Cuba. Sonriente, José María bajó las escalerillas y fue recibido por el presidente Félix; después posaron para los fotógrafos y, reunidas las dos comitivas, escucharon los himnos nacionales de ambas naciones; los dos presidentes pasaron revista a la tropa.

Contra su costumbre, Félix quiso acompañar al presidente español hasta su hotel y aprovechó el momento en que estuvie-

ron solos en el auto para comentarle el resultado del Congreso Internacional de Economistas, cuya sede había sido La Habana, justo una semana antes, y su postura ante la crisis mundial desatada por la política del neoliberalismo económico.

José María dejó hablar al Comandante, quien se encontraba a sus anchas recordando el congreso.

Mientras el auto se desplazaba por las avenidas de La Habana, el presidente español confirmó lo que la prensa internacional y la televisión habían anunciado días antes: La Habana se encontraba limpia de *jineteras* y *pingueros*; una bien disciplinada policía anti-crimen recorría en vehículos militares la ciudad, que se veía casi desierta.

Félix pareció adivinarle el pensamiento.

—Hemos anunciado al mundo la aplicación de severas medidas disciplinarias para atacar conductas delictivas que antes no se conocían en la isla; me refiero a la prostitución, el proxenetismo y el narcotráfico, este fenómeno delictivo, que afecta fundamentalmente a los polos turísticos del país, mantiene una tendencia creciente. Se aprecian algunos niveles de organización y de vínculos con otras tipicidades delictivas graves, tales como la droga, el contrabando, la corrupción de menores y el delito contra extranjeros. Por ello usted podrá notar, durante su estadía en La Habana, ciertas medidas disciplinarias en contra de personas acostumbradas a esa conducta antisocial.

José María asintió con la cabeza; medidas de esa naturaleza solamente se podían aplicar en un país como Cuba, en donde todavía no se transitaba al ámbito de protección de los derechos fundamentales de las personas, y en donde una acción desbordante y violenta de la policía es justificada. Ahí sí funcionaba la

máxima de que el fin justifica los medios. No quiso polemizar; no era el momento ni el lugar, así que guardó silencio.

Sin embargo, no dejó de reconocer que la medida había funcionado a corto plazo; lo difícil era sostener una acción de tal envergadura cuando la atracción por el turismo y por las divisas extranjeras era tan fuerte y necesaria en una economía cada vez más dolarizada, como la que en ese momento padecía Cuba por necesidad.

El auto se detuvo en el amplio espacio de recepción del Hotel Meliá de La Habana; los dos mandatarios bajaron y el Comandante acompañó a José María al vestíbulo. Una vez integradas las comitivas, los presidentes se despidieron afectuosamente con la promesa de continuar la charla al día siguiente en el Palacio de la Revolución.

José María no quiso aceptar ninguna reunión extraoficial; «no hasta que me reúna con el Comandante», le comentó a José Antonio, quien coordinó el protocolo de la visita. El resto del día la comitiva descansó y se adecuó a su nuevo horario de siete horas menos que en España. Un pequeño grupo aprovechó para hacer turismo cultural y visitar el centro de La Habana Vieja, como le llaman los habitantes de la ciudad al espacio declarado por la Unesco, Patrimonio Cultural de la Humanidad, por sus características arquitectónicas y urbanas de gran belleza y valor.

Esa noche el grupo cenó en la Bodeguita del Medio, famoso restaurante de comida criolla, donde se sirven platillos y bebidas cien por ciento regionales.

El día de la esperada entrevista por fin había llegado. José María se sentía con la mente despejada; había descansado a satisfacción y esa mañana desayunó únicamente zumo de naranja y un

par de huevos pasados por agua, con una rebanada de pan tostado. Una taza de café lo reanimó totalmente, por lo que, después de asearse y vestirse de acuerdo a la ocasión, esperó paciente la hora de partir.

José Antonio llamó a su habitación para comunicarle que en quince minutos llegarían al hotel el ministro del Interior y el presidente de la Asamblea Nacional Popular de Cuba, para acompañarlo a su cita en el Palacio de la Revolución.

José María tomó su portafolios y sin prisa bajó al vestíbulo del hotel; allí lo esperaba un grupo de colaboradores, quienes lo acompañarían y aprovecharían la ocasión para ayudar a conformar el protocolo de la próxima Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos que se celebraría en Cuba en unos meses más. Reunidos los funcionarios, la comitiva salió rumbo al Palacio de la Revolución.

Félix, avisado de la inminente llegada de su homólogo español, acudió a la puerta de palacio a esperar la comitiva. Los autos llegaron con puntualidad al lugar de la cita; el Comandante se adelantó dos pasos y esperó la salida del presidente español del auto, le dio la bienvenida con un cordial apretón de manos y unas afectuosas palmadas en el hombro y lo invitó a pasar al histórico recinto.

El presidente Cruz estaba de excelente humor, su conversación era fluida y amable; una que otra broma a costa de sus colaboradores cercanos denotaba el talante del Comandante esa mañana, por lo que la reunión se celebraría en las mejores condiciones.

El grueso de la comitiva de cubanos y españoles fue trasladado al gran salón de recepciones, donde trabajarían en el protocolo de la próxima cumbre iberoamericana.

Félix y José María se acomodaron sin complicaciones protocolarias en un pequeño salón primorosamente decorado.

El piso de caoba y las cubiertas de las paredes del mismo material esparcían en la habitación un aroma agradable a los sentidos.

Un hermoso librero labrado cubría todo un costado del salón, en el que múltiples volúmenes de historia, economía, literatura y política daban un toque distintivo y evidenciaban la cultura de su propietario.

Una mesa central de madera, compacta y delicadamente acabada, con doce pesadas sillas labradas y tapizadas en terciopelo rojo, completaban la decoración. Diversos paisajes, pinturas y fotografías de la revolución cubrían las paredes restantes. José María se sintió cómodo en la cálida habitación. Un discreto aparato de aire acondicionado mantenía la temperatura a 28 grados, por lo que el confort era total.

—Aquí podremos conversar a nuestro gusto, señor presidente —dijo cándidamente Félix.

José María sonrió y afirmó con un movimiento de cabeza.

Ambos personajes estaban cara a cara, igual que en un juego de ajedrez, así que había que esperar la primera jugada.

—Debo felicitarlo —dijo en tono sincero el Comandante—, señor presidente, por el extraordinario apoyo que nos proporcionó en la pasada segunda reunión de Bilbao, que permitió conciliar una cuestión delicada que nos mantenía en una situación incómoda con Estados Unidos de América. Estoy enterado de todos los detalles y debo reconocer el excelente trabajo del ministro José Antonio Cabezas y Argote, quien condujo magistralmente los trabajos; tremendo colaborador, presidente —dijo riéndose Félix.

—Aprecio vuestros comentarios, Comandante, realmente a vosotros correspondió una parte importante del éxito de la cumbre, la cual, sin vuestra disposición para conciliar el arreglo final, no hubiese avanzado. El mundo entero le reconoce su actitud tolerante y absoluta disposición para dar punto final a la disputa de las negociaciones, por lo que nosotros sólo hicimos nuestra parte. Desde luego que el canciller José Antonio Cabezas fue un elemento clave, gracias a que había sensibilizado el problema en la entrevista que vos le concedisteis.

—Estoy enterado, presidente, de que en la reunión de jefes de Estado europeos en Dublín sostuvo una charla privada con el presidente estadounidense Armstrong; ¿trató usted el caso de Cuba?

La pregunta era directa, por lo que no daba lugar a maquillar las verdaderas intenciones de Estados Unidos, así que José Antonio decidió jugar franco y contestó también de manera directa.

—El presidente Armstrong, Comandante, sostiene un punto de vista peculiar sobre las relaciones con vuestro país; realmente a él ha correspondido un viraje en la actitud tradicionalmente hostil de su país durante casi cuarenta años. Él ha comprendido que los motivos que orillaron a Estados Unidos, a principios de siglo, a endurecer su actitud, prácticamente han desaparecido, y que a estas alturas es inconcebible que se sostenga una política de aislamiento, sobre todo porque militarmente el Caribe dejó de ser un punto estratégico para la defensa de Estados Unidos. Fijaos en su disposición para romper el bloqueo: el congelamiento del capítulo III de la ley Helms-Burton; la apertura con la comunidad cubana de Miami y su postura con el Congreso de la Unión, al participar en la Cumbre de Bilbao.

—Es encomiable esa conducta y el apoyo que nos ha demostrado, pero, en relación a la posibilidad de que Cuba transite a un proceso globalizador de la mano con España, ¿cuál es su criterio?

José Antonio meditó muy bien la respuesta, a sabiendas de que de ésta dependería en gran parte la continuación de las negociaciones. Sabía que el Comandante nunca iba a permitir, por principios, la intromisión de Estados Unidos en los asuntos internos de la isla; tampoco iba a aceptar directrices, así que le dio un manejo sutil a su respuesta.

—El presidente Armstrong tiene una excelente disposición para empezar a resolver el problema de los países caribeños que se vieron afectados en su evolución histórica-política natural por las circunstancias de los intereses bélicos de ese país. Me comentó que aceptó la propuesta de los nacionalistas puertorriqueños, de independizarse, en un plan de absoluto entendimiento, y el único requisito que les solicitó fue que la voluntad del pueblo se expresase antes de tomar una decisión.

»El caso de Puerto Rico es muy parecido al de vuestro país; una gran cantidad de ciudadanos de la isla viven en Nueva York y en otras ciudades americanas, pero mantienen fuertes vínculos familiares, sociales y económicos con su tierra, por lo que su participación en el referéndum es importante para validarlo.

»Yo creo, Comandante, que si vosotros os adelantáis a cualquier exigencia internacional al respecto, es decir, a que exista la obligación de convocar a un referéndum, con la participación de los cubano-estadounidenses, y dan a conocer al mundo vuestra disposición, tendríais ganado el *round* más importante y no habría obstáculo alguno para que el mundo entero acepte vuestra decisión».

—Cuba, presidente, está preparada para transitar a un mundo de modernidad; la voluntad del pueblo no riñe con nuestros principios revolucionarios. Estos cuarenta años de vivir sufriendo y gozando nuestra revolución, nos han dado consistencia como nación. Yo no veo obstáculo alguno ni tampoco temo convocar a un referéndum nacional que ratifique la soberana decisión del pueblo cubano expresada, en primera instancia, en la Asamblea Nacional Popular.

»Por el contrario, habiendo finiquitado los puntos en disputa con los cubano-estadounidenses, esto es, lo relativo a las indemnizaciones, la decisión de que Cuba modernice sus estructuras les favorece, pudiendo optar en su momento por una doble nacionalidad, como está sucediendo con los ciudadanos mexicano-americanos, muy arraigados ya en los Estados Unidos, pero que siempre tienen la nostalgia de regresar algún día a su tierra natal.

»Estoy seguro de que, de optar por la incorporación a España, transitaremos con la absoluta decisión de todos los cubanos, así que en su momento anunciaríamos al mundo nuestra decisión, la que tendré que sopesar, consultar y consolidar, ya que, como en vuestro caso, no podemos arriesgarnos a un rechazo.

»En otro orden de ideas, presidente, estos últimos meses he estudiado con detenimiento el impacto que como país independiente causaría la incorporación, sobre todo en el orden económico y militar, y aunque los beneficios son obvios, no dejo de preocuparme por lo trascendente de la medida.

»Nuestro país no tiene deuda con ningún otro; antes bien, somos acreedores de algunos países de la región, por lo que Cuba no sería carga alguna para España. También he analizado la posibilidad de que nuestras disciplinadas fuerzas armadas se incorporen

a los ejércitos de España y de la OTAN, y los que no tengan esta posibilidad, que se integren a nuestras fuerzas especializadas de la Policía Nacional Revolucionaria, ya que nuestro propósito es tener la mejor policía del mundo.

»He observado que las opciones de la clase política cubana se amplían con el acuerdo, ya que el abanico de participación se extiende a España y al Parlamento Europeo, por lo que ellos aceptarían gustosos. Por mi parte, podría pensar en lanzar mi candidatura para la Presidencia de la Primera Comunidad Autónoma, lo que garantizaría el tránsito sin sobresaltos ni actitudes dubitativas por parte de algunos grupos.

»En lo que se refiere a la simpatía por España y su gente, ésta es manifiesta y cada día se consolida más. La presencia de usted, y próximamente de los reyes españoles, servirá para crear ese ambiente de amistad recíproca que siento que se encuentra en su mejor nivel en los últimos cincuenta años.

»No olvido tampoco que la mayoría de los cubanos que han salido del país hacia Estados Unidos, la mayoría es de origen hispano, y muchos de ellos aún tienen lazos familiares en España, lo que facilita, desde luego, la decisión a tomar. Sin embargo, presidente José María, también existen grandes obstáculos».

El Comandante se había adueñado de la entrevista y parecía hablar a las multitudes.

—Los grandes intereses del capitalismo neoliberal no estarían muy contentos con una decisión de esta naturaleza. Ellos pretenden seguir medrando a costa de los países pobres, y el Caribe, en especial Cuba, es un bocadillo muy apetitoso.

»Por otra parte, los intereses de los grandes cárteles internacionales de la droga, de los que no son ajenos las mafias america-

nas, la rusa y la propia cubana de Miami, verían con malos ojos esta decisión, que los alejaría del control del territorio, que tanto han ambicionado; por ello apuestan por la caída del régimen.

»Existen intereses muy fuertes en los Estados Unidos, principalmente de la ultraderecha. Finalmente, en nuestro propio país encontramos una oposición a ultranza, es decir, de aquellos que aún ven el triunfo del socialismo radical y exacerbado, quienes desde luego se convertirían en nuestros más activos críticos.

»Pero aún así, sopesando todas estas cuestiones, la balanza se inclina favorablemente por la decisión que históricamente consideramos correcta. Cuba no aguanta más tiempo, so pena de un mayor sufrimiento de nuestro pueblo, lo que no podemos permitir al padecer esta situación de aislamiento económico y de bloqueo que ha interrumpido nuestro desarrollo».

Félix hizo una pausa y de nuevo continuó.

—Preparemos el documento de intención, y en su momento les haré entrega del mismo, debidamente ratificado, para que vuestro país inicie los preliminares del arreglo. Dejemos estos pormenores a nuestros cancilleres, que ambos lo harán de la mejor manera.

»En un par de meses vendrán los reyes de España, a quienes se les hará un gran recibimiento, y en nuestra próxima reunión a finales de año, en la cumbre iberoamericana, os avisaré de la decisión del pueblo cubano. Mientras tanto, le ruego, presidente, actuemos con la más absoluta discreción».

—Estad seguro de ello, Comandante. Celebro y comparto vuestra decisión, y de nuestra parte, os aseguramos absoluta discreción y un buen manejo, cualesquiera que sea vuestra determinación final.

Félix se puso de pie y de inmediato su jefe de ayudantes trajo un hermoso busto del presidente español tallado en madera y una

colección de la obra del gran humanista cubano José Martí, obsequios que entregó como corolario de su entrevista.

José María, por su parte, reciprocó el regalo con una bella colección de los clásicos de la literatura española, edición facsimilar encuadrada en fina piel, con ribetes de oro, y a su vez, entregó un bronce de José Martí, producto de un afamado escultor español. Los mandatarios sellaron la reunión con un abrazo y ambos se dirigieron a la salida del hermoso recinto.

José María se sentía exhausto; los dos días de tensión y el cambio de horario habían hecho sus estragos. Relajado, después de la exitosa reunión, prefirió descansar en su hotel y cenar privadamente con la comitiva y el personal de alto rango de la embajada. Por la mañana continuaría su gira a El Salvador y Honduras.

Al día siguiente, después del ceremonial que se rinde a los jefes de Estado, los dos presidentes, sonrientes y amables ante los ojos del mundo, se despedían con un cariñoso abrazo.

Tres días más duró la gira del presidente español por tierras americanas; el pueblo y sus gobernantes, en todos los países visitados, se mostraron cordiales, respetuosos y en muchos momentos se desbordó la alegría popular.

En Washington su estancia fue breve; compartió el almuerzo con el presidente Armstrong, a quien notó preocupado por el problema del juicio de *impeachment* que, como espada de Damocles, pendía sobre su cabeza.

El presidente estadounidense supo disimular su principal preocupación y su charla fue animosa y directa. José María le aseguró que, de aceptarse en ambos países la incorporación por reconocimiento de derechos históricos, la decisión tendría que ser sometida a voluntad popular, vía referéndum, de todo el pueblo

de Cuba; los de la isla y los de fuera. Esto satisfizo sobremedida a Armstrong, que expresó que continuaría con su política de apertura a la isla; que para ello veía con buenos ojos las relaciones culturales y deportivas que se estaban intensificando.

Pidió a José María que lo mantuviese informado y, sin otras cosas importantes que tratar, el almuerzo continuó con otros tópicos de conversación.

El regreso a España fue tan placentero como el viaje de ida. Todos tenían motivos para estar contentos por la gira; las perspectivas de desarrollo turístico en Cuba y el Caribe eran excelentes. Los ministros habían desplegado eficiencia en los programas de apoyo, que les valió el reconocimiento del presidente, y los arreglos finales en Cuba, tanto de la visita de los reyes como de la cumbre iberoamericana, habían concluido felizmente.

José María cumplió cabalmente su promesa de discrecionalidad; la prensa y la opinión pública no sospechaban el importante acuerdo sostenido con el Comandante Félix que, por cierto, era el personaje del momento en España.

El rey fue informado puntualmente de todos los pormenores de la entrevista con el presidente Félix y con el presidente Armstrong. Los partidos políticos y el presidente de las Cortes habían mostrado su beneplácito por la medida; ahora todo era cuestión de tiempo.

Juan Luis, el diligente embajador de España en Cuba, no podía dar crédito a la rapidez con que el tiempo había transcurrido. El trabajo en la embajada, desde hacía casi un año cuando recibió la carta de su amigo y jefe el canciller del Exterior de España, José Antonio Cabezas y Argote, instruyéndole para iniciar una delica-

da misión, se había intensificado notablemente, para beneplácito de los diplomáticos de carrera y del personal español, que volvieron a vivir momentos intensos de su verdadera vocación.

Todo comenzó con aquella reunión de los embajadores con motivo de su cumpleaños; después acudió a visitarlos el propio canciller del Exterior. Su emoción fue mayúscula cuando el personal en pleno fue invitado a sendos almuerzos, primero con el presidente José María del Vall, y después con sus majestades los reyes de España.

En todas estas reuniones, Juan Luis había sido invariablemente distinguido y, en algunas ocasiones, felicitado.

El propio monarca Juan Felipe de Borbón le había reconocido por el esfuerzo desplegado de la embajada en la cariñosa y bien ordenada recepción durante su reciente visita a la isla.

Después fueron los preparativos para la cumbre iberoamericana.

Apenas podía creer que diez meses habían transcurrido desde la lectura de aquella carta. Su vida había cambiado. La cancillería lo consideraba uno de los mejores embajadores en activo, y posiblemente el ascenso vendría después de la cumbre. Juan Luis no había olvidado sus planes con Damaris. La mulata se había convertido en un bálsamo para el embajador, y éste tenía para ella las mejores intenciones.

Todo eso pasaba por la mente de Juan Luis con una rapidez asombrosa.

Pero ahora Juan Luis, el decano de los embajadores en Cuba, asistía a la ceremonia inaugural de la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos; a su diestra y siniestra se encontraban todos los embajadores de los países latinoamericanos.

Los jefes de Estado y de Gobierno iberoamericanos, sin excepción, ocupaban sus lugares en el presidium. El recinto se encontraba pletórico; un ambiente de fiesta y cordialidad se sentía en el magnífico centro de convenciones, el cual fue cuidadosamente decorado. Las banderas de todos los países miembros daban marco al foro del Palacio de Convenciones. Al frente de cada mandatario, una pequeña bandera de España, Cuba, y del país correspondiente, indicaba cada lugar, además del personificador con el nombre del mandatario. Todos los cancilleres iberoamericanos y el de Portugal estaban situados en las primeras filas. Su jefe y amigo, de excelente humor, se distinguía entre los ministros.

Juan Luis realmente disfrutaba de aquel ambiente. Era la fiesta a la que tanto esfuerzo dedicó, era el momento de saborear las mieles del éxito. Realmente era una de las más cálidas cumbres iberoamericanas de las que él tenía memoria.

Nuevamente se ubicó en el momento, cuando el jefe del ceremonial anunció por el sonido:

—El excelentísimo presidente de los Consejos de Estado y de ministros de Cuba, Comandante Félix Cruz Ruiz, hará la declaratoria inaugural de esta Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos.

El Comandante, con paso tranquilo, se acercó al pódium; su cara seria y las sienas blancas por el paso inexorable de los años matizaban el cansancio natural de su rostro; su figura delgada y la severidad de su uniforme lo mostraban como el Quijote de las causas nobles, dispuesto a combatir contra los imaginarios monstruos de los mil brazos.

Se mantenía sereno ante un auditorio multifacético, pues los flashes y cámaras televisivas no perdían detalle alguno. Miró al

público de frente, sonrió consigo mismo, apuró un trago de agua y con voz clara y engolada, inició.

—Excelentísimos jefes de Estado y de Gobierno de los países hermanos de Iberoamérica. Dignísimas majestades de España. Respetables ministros y cancilleres. Honorables embajadores. Amigos representantes de los medios de comunicación social. Respetables damas. Ciudadanos:

»Éste es un gran día para Cuba; es el día en que nuestros pueblos hermanos, unidos por fuertes vínculos de sangre, tradición, cultura, idioma, religión e historia compartida se reúnen para afrontar juntos el reto de la historia. Es un gran día en que nuestra modesta patria sirve como anfitriona de este magno acontecimiento.

»Qué orgullosos nos sentimos los cubanos con vuestra presencia. Qué orgulloso estaría José Martí al saber que muchos de sus anhelos e inquietudes se tratarán en esta cumbre. Qué orgullo, hermanos de Iberoamérica, que vosotros puedan constatar por sí mismos los sufrimientos y los alcances de un pueblo hermano que se atrevió a luchar por su dignidad, por su libertad y por su derecho a escoger su destino.

»Por eso Cuba es un país con orgullo, que ahora lo ve acrecentado con la celebración de esta cumbre. Sean bienvenidos, hermanos nuestros; el pueblo cubano los abraza emocionado».

Un aplauso cerrado rubricó la calurosa bienvenida. El Comandante, visiblemente emocionado, tomó su vaso y apuró su contenido. Dueño de la situación, continuó:

—Este momento, en otras circunstancias, sería el lugar ideal para confirmar nuestra convicción nacionalista y nuestras ideas revolucionarias; no es mi intención y no creo necesario aprovechar esta importante tribuna para hacer una apología de la revolución

cubana. Ustedes serán testigos, en estos cuatro días que dure la cumbre, de los éxitos y de los fracasos de nuestro movimiento social; pero quiero ser claro: Cuba no se arrepiente del ejercicio de su libertad ni de las consecuencias de su autodeterminación. Cuarenta años han transcurrido desde aquel crucial 1959 en que nuestro pueblo levantó la frente y mostró con orgullo un rostro nuevo.

»El pueblo entero avaló el movimiento social más importante de la segunda mitad de esta centuria; nuestros niños y jóvenes transitaron y se formaron en un nuevo ideal patrio; Martí fue nuestra inspiración, las circunstancias orientaron nuestro destino. Cuba ha luchado desde entonces, vaya que ha luchado. Los enemigos de la revolución nos hubieran querido ver postrados, implorando misericordia. Hemos padecido tremendas presiones en todos los órdenes; nuestro pueblo se ha depauperado como consecuencia de un bloqueo irracional e inhumano. El grito que desgarró nuestras entrañas, cuando estábamos al borde la desesperación por la falta de alimentos y de medicamentos, no fue «¡Perdón!», sino que, a pesar de nuestra enorme desgracia, el pueblo entero gritó al mundo «¡Patria o muerte!».

»Es cierto, la pobreza es evidente, somos muy modestos para luchar contra el empecinamiento del imperio más poderoso de todos los tiempos, que vio afectados su orgullo y vanidad de nuevo rico, y como un niño a quien le han arrebatado su juguete, ha endurecido su postura sin importarle el sufrimiento de todo un pueblo.

»Grupos poderosos, económica y políticamente, se han unido en nuestra contra y todos buscan nuestra ruina. Sería prolijo e inoportuno dar a conocer tantos y tantos episodios que en estos cuarenta años hemos padecido.

»No obstante esta lucha desigual, Cuba no se ha postrado; nuestro sufrido pueblo ha permanecido unido con estoicidad; hemos avanzado en la guerra contra el hambre, las enfermedades, el analfabetismo, la falta de vivienda, etcétera. En nuestro país no hay analfabetas; el Sistema Nacional de Salud es uno de los más avanzados del continente; hemos construido cuatro veces más viviendas para trabajadores en los últimos veinte años. Nuestro deporte es reconocido internacionalmente; el promedio de vida se ha incrementado; nuestro pueblo está adecuadamente alimentado.

»Es verdad, carecemos de muchos satisfactores, pero sabedlo, la revolución no ha querido esto, no ha buscado ni la pobreza ni el atraso, pero qué difícil ha sido avanzar en contra de la voluntad del amo del mundo, a quien no reconocemos y ante el cual no nos postramos. Este hálito de dignidad nos ha costado, pero a fin de cuentas vale más un pueblo digno y libre que uno opulento pero deshonrado. Al menos es el sentimiento que compartimos los cubanos».

Nuevamente el auditorio le brindó a Félix un prolongado aplauso. El Comandante, emocionado casi hasta las lágrimas, agradeció modesto. Él sabía que los pueblos hermanos de Iberoamérica reconocían a Cuba y a su presidente su valentía y dignidad, actitud que compartían, pero que estaban impedidos a propiciar en sus propios países; el monstruo los tenía bien aprisionados en sus afiladas garras. «Pobre Latinoamérica», pensó, «tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos».

—Es de justicia —continuó, acallando los aplausos—; es de justicia reconocer el apoyo ineludible de dos grandes países hermanos, que aún, a costa de fuertes presiones y medidas económicas en su contra, siempre han defendido la causa de nuestro

pueblo, México y España; España y México han sido el bálsamo que nos ha permitido sobrevivir con dignidad. Gracias, hermanos españoles y mexicanos por vuestro cariño, comprensión y solidaridad.

»No tenemos nada en contra de los demás países hermanos: circunstancialmente hemos recibido apoyos de toda índole, conocemos su situación y compromisos, nada tenemos que reprocharles. A todos vosotros, nuestro reconocimiento y gratitud».

Félix sudaba copiosamente; la excitación producida por la confesión de los éxitos y fracasos de la revolución ante el escenario más importante del mundo hispano le produjo fiebre y una fuerte dosis de adrenalina.

Dueño del escenario y de su enorme capacidad histriónica, continuó:

—Hace unos pocos meses Cuba enfrentó con dignidad y orgullo un proceso de consulta internacional para dirimir el viejo conflicto de las indemnizaciones que generó el triunfo de la revolución. Nuestra postura permitió resolver, por la vía del consenso, el viejo litigio. Esta actitud del pueblo y del gobierno cubano pone de manifiesto ante el mundo que no somos intransigentes ni intolerantes; somos un pueblo que ha luchado por escoger su propio destino, buscando, ante todo, el bienestar colectivo y la supresión de privilegios que constituyen la esclavitud más deleznable; esto es, el hombre no debe ser el amo del propio hombre. Nuestro pueblo ha buscado la libertad para decidir; hemos luchado contra las desigualdades sociales, contra el hambre, el analfabetismo, la insalubridad, la discriminación racial y la explotación de mujeres y niños.

»Hemos proclamado al mundo el derecho de los campesinos a la tierra, el derecho del obrero al fruto de su trabajo, el derecho de

los niños a la educación, el derecho de los enfermos a la asistencia médica y hospitalaria, el derecho de los jóvenes al trabajo, el derecho de los estudiantes a la enseñanza libre, experimental y científica, el derecho de los negros y de los indios a la dignidad plena del hombre, el derecho de la mujer a la igualdad civil, social y política, el derecho del anciano a una vejez segura. Hemos insistido con vehemencia en que nuestros pobres países de Latinoamérica deben luchar por convertir sus fortalezas militares en escuelas y a armar así a sus obreros, a sus campesinos, a sus estudiantes, a sus intelectuales, al negro, al indio, a la mujer, al joven, al anciano, a todos los oprimidos y explotados para que defiendan por sí mismos sus derechos y sus destinos.

»Esas son las ideas exóticas que nuestros enemigos han proscrito; ese es el crimen que la revolución cubana ha cometido. Nuestra insistencia por la liberación de nuestros pueblos hermanos, oprimidos, colonizados, explotados o agredidos, sea cual fuere el lugar del mundo en que éstos se encuentren, ha sido la provocación más grande que ha despertado la ira del amo del mundo.

»Por eso hemos sido agredidos. No se nos ha permitido ejecutar con libertad nuestros programas; nuestro desarrollo ha sido brutalmente interrumpido; se ha impedido el libre acceso de medicinas, mercancías y tecnología, atentando contra las clases más necesitadas; se han propiciado invasiones, embargos, propaganda subversiva, actos terroristas y contrarrevolucionarios sólo porque nos atrevimos a denunciar injusticias e iniquidades.

»Ante estas graves agresiones, el pueblo de Cuba responderá siempre de la misma manera; ante este foro ratificamos, como un compromiso histórico, nuestro dilema irrenunciable: «¡Patria o muerte!».

CAPÍTULO XIV
LA DECISIÓN INTERRUMPIDA

El grado de paroxismo era total; el auditorio nunca había visto tal grado de excitación en el Comandante; estaba realmente poseído. Una fuerza interior lo hacía sublimarse y proyectar su figura e ideas con una convicción como nunca antes la había sentido.

—Nuestra patria, hermanos hispanoamericanos, merece mejor suerte, por eso les pido a todos vosotros que comprendan y apoyen la trascendental decisión de nuestro pueblo que hoy expresaré en este sin igual foro.

El Comandante respiró profundamente: las enormes fotografías de los héroes de la revolución cubana lo contemplaban; el enorme letrero que rezaba «Patria o muerte» lo animó:

—Éste es el día más importante para Cuba, después del triunfo de la revolución. Quiero que ustedes compartan con nosotros esta decisión que significa una esperanza real para nuestro pueblo.

El auditorio, atónito. Un dramático silencio tomó por asalto el gran salón. El Comandante prolongó la pausa; la incertidumbre lo invadió. Ya no había sitio para otra palabra más.

Una gran expectación se apoderó de los presentes...

Momentos antes del memorable discurso, el Comandante Félix sopesó la trascendencia de su decisión. No le quedaba otro camino; el tiempo, su tiempo, se le estaba acabando. Su salud se había quebrantado en los últimos meses, por lo que su médico de cabecera le había aconsejado absoluto reposo.

«Descansar, cómo puedo descansar cuando llevo en mis espaldas a mi querida patria. Cuba se les puede descomponer de la noche a la mañana, debo tomar el camino que nos permita un tránsito pacífico al progreso y a la unidad», pensó.

Así pues, la decisión estaba tomada y nadie, absolutamente nadie de su grupo cercano, había sido consultado; esa era su responsabilidad. El pueblo, con el voto, le daría su confianza.

En esa virtud, Félix se preparó para dar a conocer el rumbo histórico en que encausaría a su patria. Pensó detenidamente cómo abordar el tema. En fracción de segundos todo le parecía muy claro; recordó aquella plática con su amigo, el ex presidente español Felipe González, quien había recomendado que solicitase la incorporación de Cuba a España como una comunidad autónoma, lo cual le daría derecho a formar parte de la Unión Europea y así saldar el enorme escollo de su proceso revolucionario inaca-

bado y con riesgo de fracasar. Esa era la salvación de Cuba, que pasaría de la revolución y el ostracismo a la modernidad. La suerte estaba de su lado, los grandes líderes internacionales habían aprobado las medidas e incluso su gran enemigo, Estados Unidos, veía con buenos ojos la decisión. España estaba lista para reincorporar a Cuba como una comunidad autónoma, como Ceuta y Melilla o como las Canarias. Era un hito en la historia de la España moderna: la unión en vez de la desintegración. Tal vez esto influiría en el ánimo del pueblo vasco o del catalán.

A todos beneficiaba la decisión que tomaría el Comandante Félix; éste seguiría manteniendo un alto nivel de prestigio internacional, seguiría siendo un personaje carismático. Por ello, estaba seguro de que el pueblo cubano aprobaría en su momento, en las urnas, la elección de reivindicar sus derechos históricos ante España. La baraja estaba echada, como se dice en Cuba. Se aclaró la garganta y, cuando se preparaba para emitir el histórico juicio, sintió que el escenario le daba vueltas. Se apoyó en el atril con las dos manos; sus piernas, incapaces de sostener su cuerpo, se doblaron. Cayó inconsciente sin haber podido emitir palabra alguna.

El recinto se convirtió en un caos; de inmediato entró a escena el servicio de seguridad del Comandante, y en vilo se llevaron el cuerpo exánime de su jefe al hospital militar. El ministro del Exterior tomó el micrófono y pidió calma a los presentes; les informó que se haría un receso mientras se esperaban noticias del estado de salud del Comandante Félix. Los corresponsales de todo el mundo se apresuraban a dar la noticia de su posible muerte, tal y como se comentaba en los diversos corrillos que se habían formado en el amplio vestíbulo del Palacio de Convenciones.

Mientras tanto, el bien entrenado grupo de guardias de élite del Comandante llevaba al pie de la letra el protocolo preestablecido para esos menesteres, y los médicos más prominentes de Cuba esperaban a Félix en la sala especial de urgencias, con todos los medicamentos disponibles para cualquier eventualidad.

En cuestión de minutos el grupo de guardias arribó y, todavía inconsciente, el Comandante fue cuidadosamente acomodado en la camilla que habían dispuesto afuera del hospital y trasladado a toda prisa a la sala especial de emergencias.

El equipo médico se aprestó a evaluar la salud del Comandante. Se le tomó la presión y un electrocardiograma, se cercioraron de la función cerebral a través del examen de los ojos para descartar un accidente vascular cerebral, etcétera. Finalmente se optó por aplicar oxígeno directo y suministrarle suero hidratante por vía intravenosa.

Descartadas las primeras hipótesis de un infarto al miocardio o un accidente vascular cerebral, habría que buscar la causa del desvanecimiento. El médico gastroenterólogo recomendó practicar una endoscopia estomacal para estar más seguros de la salud de los órganos internos.

Poco a poco, el Comandante fue tomando conciencia de su estado; su mente lúcida no podía comunicarse con rapidez y transmitir sus pensamientos, por lo que las palabras se escuchaban entrecortadas y sin coherencia; sin embargo, hizo un esfuerzo y logró hacerse entender. Llamó a su jefe de seguridad, a quien ordenó:

—Vaya inmediatamente al Palacio de Convenciones y dígame a mi hermano Roque que estoy bien, que continúe la cumbre sin mi presencia; que siga el protocolo que él ya conoce. Vaya inmediatamente y transmita mi mensaje.

De inmediato, el jefe de seguridad se dirigió personalmente al Palacio de Convenciones, en donde aún reinaba la confusión y el desasosiego; al llegar localizó al hermano del Comandante, a quien en privado le transmitió el mensaje.

Roque inhaló profundamente y dejó escapar el aire poco a poco para calmarse, luego ordenó al maestro de ceremonias convocar a todos los presentes para que ocupasen su lugar. La gente volvió a sus lugares, la prensa nacional e internacional ocupó sus plazas y el mundo entero, a través de la televisión, estaba a la expectativa del desenlace.

Roque, en su carácter de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, hizo su entrada al recinto y ocupó el lugar que momentos antes tenía su hermano Félix, líder indiscutible de Cuba.

Si alguien conocía a Félix, si alguien adivinaba su pensamiento y conocía los grandes secretos del gobierno cubano, era precisamente su hermano menor, compañero fiel desde sus andanzas de estudiantes en la Universidad de La Habana. Después, su hombre de confianza en el asalto al cuartel Moncada; su camarada de presidio en la Isla de la Juventud y, una vez libres, su acompañante en el exilio en la Ciudad de México, para finalmente, un 25 noviembre de 1955, abordar en Tuxpan, Veracruz, el Gran Ma, un pequeño yate que los llevaría a su adorada Cuba para empezar la revolución en contra el dictador Batista.

Por la mente de Roque pasó toda una vida de sinsabores, de esfuerzos, de ideales compartidos, de triunfos y fracasos, de luchas inacabadas, de proyectos más o menos viables para resolver la grave crisis de su adorada isla. Sin embargo, curiosamente en ese momento, la memoria de sus queridos padres, Ángel y Lina, y la

vida en su tranquila casa de Birán, en el oriente de Cuba, ocuparon su atención.

Cuán lejos estaba aquella hermosa época, cuando los hermanos Cruz estudiaban en La Habana y el periplo desde el pequeño poblado, provincia de Oriente en Cuba, duraba quince horas, viaje que hacían todos juntos al comienzo de clases y al regreso de vacaciones.

Don Ángel, hombre previsor, cuando se trasladó a Oriente con su familia, compró tierras para consolidar lo que a la postre sería su Hacienda Manacas, llamada así por el riachuelo del mismo nombre que atravesaba la finca, en ese entonces lugar virgen, únicamente con tierra sin desmontar, y con unas veinte personas como vecinos.

Conforme se desarrolló, el pequeño poblado de Birán fue adquiriendo la fisonomía de las casas y los pueblos del Caribe; sus paredes pintadas de colores fuertes, con el predominio de amarillo con blanco.

La casa familiar de los Cruz era amplia y bonita. Construida sobre pilotes, al estilo español, tenía en especial una cierta influencia de las casas de Galicia. A los niños les gustaba la recámara de los padres, que era grande, y desde allí podían ver el espectáculo de las montañas de Oriente. Roque prefería el ambiente familiar que prevalecía en la cocina, donde acudían los siete hermanos a saciar su apetito o a obtener algunas golosinas.

La vida en Birán era apacible. La actividad de sus moradores era la agricultura. No había carreteras y los únicos caminos eran terracerías; el ferrocarril pasaba a veinte kilómetros de la casa y correspondía a la ruta La Habana-Santiago de Cuba, y en el poblado de Alto Cedro se hacían paradas para desde allí conectarse a Central Marcané.

Birán tuvo en aquellas épocas su primera sala de cine gracias a la actitud emprendedora de Juanita Cruz —hermana de Roque y de Félix—, quien se dedicó en cuerpo y alma a desarrollar la primera empresa de diversiones en Birán. La modesta sala se llamó Cine Juanita, y para el día de la inauguración se presentó la película *Juntos, pero no revueltos*, con el actor mexicano Jorge Negrete.

El cine de Birán se convirtió en lugar de reunión, de tertulias y fiestas populares, en donde los Cruz eran parte integrante de la diversión. Ellos fueron, durante su vida en el pueblo, una familia común y corriente, unida y feliz. El viaje a La Habana para estudiar iba a cambiar el panorama de la familia.

Félix, recordaba Roque, siempre fue un joven reservado, de pocos amigos; le encantaba la cacería y siempre tenía rifles y pistolas a su alcance. Su pasatiempo preferido era leer, de modo que a nadie sorprendió que en 1945, cuando se graduó de bachiller en el Colegio de Belén, decidiera ese mismo año estudiar Derecho en la Universidad de La Habana.

Félix fue el primero de los hermanos en entrar a la universidad. También en el ambiente universitario se despertó su espíritu rebelde, como cuando conspiró para derrocar al dictador de la República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo, tarea que abortó por presiones del presidente cubano Ramón San Martín.

Roque rememoró sus propios años juveniles en la universidad, en especial su conversión a la doctrina de izquierda, tan de moda en aquel tiempo. Recordó su viaje a Europa y su cita en Rumania para participar en el Cuarto Festival Mundial de la Juventud.

Esto le valió que al regresar a Cuba, el dictador Fulgencio Batista ordenara detener a los jóvenes de la delegación cubana

y propinarles una brutal golpiza como escarmiento por sus actividades subversivas. Estos golpes tardaron en sanar, y aunque no dejaron huella física, de la mente de los jóvenes nunca se borró el agravio y la ignominia que padecieron por parte del dictador; grave error al querer imponer por la fuerza una forma de pensar, pues de esa acción surgieron muchos revolucionarios cubanos.

Para el asalto al cuartel Moncada aquel 26 de julio de 1953 no hubo más que un paso y unos pocos años de trabajo y preparación. Esa acción iba a convertirlos en héroes, y sirvió para preparar la verdadera revolución.

De pronto Roque volvió a la realidad, y con voz clara y calma dijo a los presentes:

—Señores, tengo la encomienda de informar a ustedes que el Comandante Félix Cruz se encuentra a salvo; su estado de salud no es delicado y me pide que les trasmita a ustedes su enorme deseo de que los trabajos continúen con toda normalidad. Él estará atento a los resultados de esta trascendental cumbre y les anticipa que Cuba se suma, como uno más, a los anhelos del mejoramiento sustancial de nuestros países, de su progreso, de la educación como arma para el desarrollo y de los afanes por vivir en paz, privilegiando el principio universal de solidaridad. Hispanoamérica puede y debe dar ejemplo de un nuevo proyecto de vida al mundo. Ojalá esta cumbre sea el espacio donde nuestras ilusiones construyan una nueva realidad. Bienvenidos a Cuba, hermanos de Hispanoamérica.

El auditorio estaba eufórico; los presentes habían sido testigos de un hecho inédito. Primero fue el discurso inacabado de Félix Cruz, cuyo mensaje había sido truncado por el desmayo; después el aviso de que se encontraba fuera de peligro, y finalmente las

palabras de Roque, el hombre de confianza de Félix y segundo en importancia en la isla, quien curiosamente no despejó la incógnita de la trascendental decisión que se había anunciado y que mantuvo en vilo a los jefes de Estado de los países de América Latina y a la prensa nacional e internacional. Miles de conjeturas se tejieron alrededor del tema, algunos se atrevieron a predecir el fin del régimen y el comienzo de la democracia en la isla, como una forma de salvar el prestigio del viejo líder; sin embargo, los más avezados descartaban esa solución, merced a las circunstancias existentes entre los poderosos grupos de cubanos en el exilio y el gobierno de Félix, lo cual era un obstáculo a la apertura democrática, tanto por los intereses encontrados como por los apetitos que surgirían, lo que desencadenaría un nuevo caos.

Habría que esperar a que el controvertido Comandante apareciera en escena, si es que estaba en condiciones de hacerlo, para que despejara la incógnita.

CAPÍTULO XV UNA NUEVA ÉPOCA

La Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos se desarrolló tal como se había preparado cuidadosamente. La Habana, dispuesta como nunca para ser anfitriona, lució sus mejores galas. La ciudad, una de las más bellas en el Caribe, joya indiscutible de la reminiscencia colonial española, acogió con agrado a los miles de turistas y congresistas hispanoamericanos, quienes disfrutaron la alegría de los bares en donde todavía se respira el ambiente bohemio que tanto gustó a Hemingway, o los lugares de esparcimiento cultural que tanto disfrutó Alejo Carpentier.

Sin embargo, la cumbre, sin el Comandante Félix, no tenía lucimiento. Esto lo comprendió él mismo, por lo que decidió organizar en su casa un almuerzo con los jefes de Estado, en un *petit comité*, con lo que acabaría con los rumores propagados con toda intención por la CIA. El almuerzo se llevaría a cabo en la finca de la Calle 3, rumbo a bahía Hemingway, en un lugar reservado y discreto que se prestaba para la seguridad.

Félix llamó a su jefe de ayudantes y le ordenó citar al ministro del Interior y al del Exterior, junto con su hermano Roque, jefe de

las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, para preparar de inmediato la reunión.

Por la mañana, el Comandante Félix, con el semblante cansado, pero en aparente buen humor, recibió al Secretario del Minint y al ministro del Exterior, enfundado en su traje de deporte con la leyenda de Cuba en la parte frontal de la camisa y apoltronado en su cómodo sofá de piel. Su hermano Roque ya lo acompañaba en el recinto desde antes de la llegada de los invitados.

Una vez reunidos, les pidió tomar asiento y les obsequió una taza del aromático café cubano, bien cargado y dulce, al estilo oriental. Allí, con voz grave y queda les informó su deseo de recibir, en un almuerzo privado, a los jefes de Estado de los países participantes en la cumbre.

Se intercambiaron impresiones sobre la forma en que se desarrollarían los trabajos, pero en el fondo la preocupación general la acaparó el tema de la salud del Comandante y la forma en que se había especulado con la noticia, la cual se había difundido con rapidez y con una cierta intervención por parte de la CIA. El Comandante, débil aún, dejó en claro que aparecer ante los jefes de Estado, aunque fuera en una reunión privada, con la prensa autorizada de por medio, despejaría cualquier incógnita, por lo que todos estuvieron de acuerdo con la reunión.

La cumbre concluiría al día siguiente por la noche, el almuerzo sería a la mañana siguiente, así que el tiempo apremiaba y había que cuidar todos los detalles. El ministro del Exterior sería el encargado de llevar a cabo el protocolo del evento, de modo que fue instruido en ese momento para cuidar todos los pormenores de la recepción y llevar a buen término la reunión, la cual debería celebrarse con toda familiaridad.

Esa noche, en las habitaciones reservadas para los jefes de Estado, circuló una discreta invitación de parte del Comandante Félix Cruz:

El pueblo y el Gobierno de Cuba suplican a usted su presencia en el almuerzo que ofrecerá el Comandante Félix Cruz Ruiz, en la casa número 257 de la Calle 3, el día viernes 11 de junio de 1999 a las 13:00 horas.

Vestido informal.

Poco más tarde, la cumbre entera estaba enterada de la aparición del Comandante en un acto no oficial, pero relacionado con las actividades de esa importante Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países Iberoamericanos. La expectativa que causó la noticia fue espectacular; tanto la población de la isla como los habitantes de los países de habla hispana habían seguido las noticias relativas a la salud del Comandante y el futuro de Cuba, por lo que la reunión del día siguiente despejaría muchas incógnitas que flotaban en el ambiente.

Aquella mañana la isla lucía resplandeciente; el ambiente no podía ser mejor. Una temperatura de veintiocho grados permitía sentir el calor confortante del Caribe, sin el agobio de las altas temperaturas o el padecimiento constante del sudor. El camino obligado a la casa del Comandante era bordeando el malecón, donde había carteles alusivos a la cumbre y a los países invitados. Las aguas azul turquesa de la bahía obsequiaron a los transeúntes, quienes además admiraban las construcciones de influencia hispano-francesa, los chalets de la Calle 3, en donde se ubicaban muchos de los consulados de los países de América Latina.

Justo una cuadra antes de llegar al domicilio donde se serviría el almuerzo había un hermoso parque, con sus vetustos árboles que mostraban su señorío derramando sus ramas a ras del suelo, y creaban un enjambre con sus raíces, lo que propiciaba una atmósfera de misterio.

Personal bien adiestrado y perfectamente uniformado atendió a los comensales; uno a uno accedieron a los amplios jardines, que mostraban su preciosismo con la influencia de plantas y flores de toda América, en los que una enorme carpa, inmaculadamente limpia, daría cobijo a la reunión.

Mesas redondas con capacidad para diez personas fueron dispuestas en semicírculo y vestidas con un hermoso mantel de manta con ribetes bordados, y de sobremesa, manteles cuyo juego de colores bien pudiera decirse que representaban las banderas de los países invitados. La cubertería era de plata y el servicio, de cristal; los platos, de cerámica de Puebla, México, que tiene gran influencia de la cerámica española de Talavera de la Reina. En los asientos asignados a cada comensal, un estilizado pedestal de plata sostenía la tarjeta con el nombre del invitado y la bandera del país al que representaba. Todos los detalles habían sido cuidados a la perfección, incluso la atención personalizada a los jefes de Estado, quienes fueron conducidos a sus lugares, con precisión, por bellísimas y discretas edecanes. El ambiente estaba preparado para el mágico momento de la aparición del Comandante.

El maestro de ceremonias anunció la entrada del Comandante Félix al salón. Los comensales, como uno solo, se pusieron de pie y brindaron un sostenido y caluroso aplauso al viejo líder, quien sonriendo y caminando con aparente tranquilidad y seguridad, pasó a ocupar su asiento.

El almuerzo fue servido en forma inmediata y los comentarios en torno a la salud de Félix suscitaron nuevamente mil interrogantes. El Comandante, siempre sonriente, dejaba traslucir un semblante demacrado y enfermizo, lo cual no pasó inadvertido entre los jefes de Estado iberoamericanos.

Al concluir el almuerzo, Félix se levantó de su asiento y tomó el micrófono para agradecer a los invitados su presencia.

—Amigas y amigos, jefes de Estado y de gobierno de los queridos países hermanos.

»Cuba ha estado de plácemes; primero, porque vosotros habéis determinado que fuese esta pequeña isla del Caribe la anfitriona de tan histórica reunión. Después, porque por primera vez en la historia de las reuniones de jefes de Estado y de Gobierno no ha faltado ningún mandatario de los países iberoamericanos. De plácemes porque los trabajos y los acuerdos signados ofrecen una mejoría sustancial al proyecto de desarrollo sostenido que ha sido una preocupación constante de nuestros proyectos de nación. Cuba se siente parte de esta paradigmática reunión porque su insistencia en lograr la unidad económica y el desarrollo sostenido que beneficia a las clases más desprotegidas por fin ha sido tomado en cuenta y forma parte de la agenda aprobada. Nos queda el enorme reto de lograr el consenso en nuestras naciones, en nuestros órganos legislativos para que esta agenda sea autorizada y surta efectos vinculantes en nosotros.

»Latinoamérica por fin siente que va por el camino de la transformación y de la consolidación; habremos de luchar contra las enormes desigualdades sociales, contra la pobreza extrema, contra la ignorancia, la insalubridad, la violencia y el flagelo de las drogas, contra el alcoholismo y el tabaquismo. Privilegiemos la

educación, la ecología, el derecho a la salud, el trabajo y el deporte como remedios para crear una sociedad más justa.

»Nuestros pueblos no esperan que privilegiemos ideologías ni ismos políticos; la sociedad de hoy quiere respuestas: orden, igualdad, seguridad, empleo, vivienda, pero sobre todo quieren políticos comprometidos con las mejores causas sociales.

»En la medida en que los gobernantes latinoamericanos estemos dispuestos a confrontar una nueva cruzada en favor de una sociedad más justa; en esa misma medida estaremos impulsando un proyecto social compartido, cuya agenda hemos aprobado en esta cumbre.

»Felicito a todos y a cada uno de vosotros por este magnífico ejemplo que estamos dando al mundo; Iberoamérica es nuevamente un referente en estos momentos de convulsión».

El auditorio escuchaba embelesado la fina retórica del decano de los jefes de Estado de los países iberoamericanos; el Comandante Félix, al igual que en aquel juicio histórico, cuando intentó tomar el cuartel Moncada, hablaba para la posteridad. La historia debería de absolverlo, pensó.

—Hago votos —continuó Félix— para que la agenda acordada en esta cumbre se lleve a cabo a plenitud y nos permita continuar navegando por las aguas tranquilas del progreso y del desarrollo; los pueblos de Latinoamérica nos lo agradecerán.

El grupo prorrumpió en un aplauso sincero, aceptando así el mensaje del Comandante y reconociendo la importancia de la cumbre; todos se sentían parte de ese esfuerzo y compartían el éxito.

Se hizo un silencio. En aquel hermoso jardín se podía oír el zumbido lejano de un pequeño enjambre de abejorros que hacían

su trabajo y polinizaban el huerto. El leve aire proveniente del océano refrescaba el ambiente y un fuerte olor a jacintos y gardenias impregnaba la atmosfera.

Félix fijó la vista en los presentes; su garganta se hizo nudo y su voz se negaba a fluir, sin embargo, apuró un trago de té helado y continuó:

—Estoy seguro de que en la ceremonia de clausura de la cumbre, a la cual no podré acudir, el mundo entero, al enterarse de este maravilloso esfuerzo compartido, lo rubricará en todas sus partes. Somos la esperanza de un nuevo devenir, no flaqueemos; seamos más solidarios y más hermanos, no sólo por la sangre y la cultura que nos une y nos distingue, sino por la alteza de miras que en esta cumbre hemos consolidado. Que el ser supremo nos ilumine en esta nueva jornada.

Las últimas palabras salieron de lo más profundo del Comandante Félix; él mismo se sorprendió por la espontaneidad. Nunca antes había pronunciado un discurso de tal forma, sin embargo, se sintió satisfecho y se relajó cuando nuevamente los invitados le brindaron un gran aplauso.

Nuevamente se hizo un silencio total, el momento era mágico: el lugar se asemejaba a un espejismo y la figura delicada del Comandante se agigantó, fue un rayo de luz que cubrió el espacio y su voz inundó nuevamente el ambiente.

—Amigas y amigos míos; entrañables colegas: vosotros habéis sido testigos de mi intempestiva recaída física y debo decir que no es nada que nos deba preocupar; pero también debo reconocer que mi estado de salud es delicado y requiere atención médica y, sobre todo, tranquilidad y reposo. Estoy consciente que mi situación frente a los retos que a todos nos esperan no me permite estar

al frente de la alta responsabilidad de gobernar Cuba. He decidido, y hago pública mi definitiva resolución, renunciar al honroso cargo de Primer Ministro que me confirió el pueblo de mi amado país. Presentaré en esta semana de manera formal mi renuncia al Supremo Congreso, y que sea la nación quien decida la integración de la nueva dirigencia nacional.

»Prometo estar cerca de quien será el nuevo Primer Ministro y prometo también seguir compartiendo con todos ustedes mi más profunda preocupación y entusiasmo por las mejores causas de nuestras naciones americanas.

»Desde aquí les agradezco a todos su presencia y los abrazos con el afecto de toda la vida».

El personal prorrumpió en sollozos; muchas lágrimas rodaron en los semblantes recios de los jefes de Estado. La intervención inesperada del Comandante era verdaderamente un hito: una época se cerraba, América no sería la misma sin el protagonismo y la controvertida personalidad del Comandante Félix.

Todos se pusieron de pie, y como uno solo brindaron un gran aplauso al viejo líder.

El mundo entero sería testigo de un nuevo devenir en la historia de Cuba en las relaciones con los Estados Unidos, en el cambio a una nueva política de reivindicación y de armonía entre todos los cubanos, en el reconocimiento gradual de los derechos humanos y en la apertura económica de la isla. Todo un reto para las nuevas generaciones.

Félix cayó rendido en su cómoda silla. Finalmente había dado el paso esperado, lo había hecho en el mejor escenario y en el mejor momento. Había perdido la partida contra el tiempo; su estado de salud no le permitió transitar por la anterior vía elegida. Cuba

debería esperar mejores tiempos para aspirar integrarse a la Comunidad Económica Europea y formar parte de España mediante la reivindicación de los derechos históricos.

Se limpió el sudor de la cara con un lienzo blanco, apuró lo que le restaba del té helado y un súbito pensamiento inundó su mente: «¡La historia me absolverá!».

NOTA ACLARATORIA

Se utilizaron las siguientes referencias como fuente:

- Castro, Fidel. *La historia me absolverá*. Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 143-173 y pp. 189-191, La Habana.
- Castro, Fidel. «Primera declaración de La Habana» (del 2 de septiembre de 1960), en *José Martí. El autor intelectual*. Editorial Política, 1983, La Habana.
- Castro, Fidel; Gianni Miná. *Un encuentro con Fidel*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1987, pp. 363, La Habana.
- Castro, Juanita; María Antonieta Collins. *Fidel y Raúl mis hermanos, la historia secreta*. Aguilar, 2009, pp. 432.
- Periódico *Mural*. Sección Internacional, domingo 27 de diciembre de 1998, p. 12A, Guadalajara.
- Periódico *El Occidental*. «Acción sorpresiva. Suspende Clinton aplicación del capítulo III de la Helms-Burton», sábado 16 de enero de 1999, p. 2B, Guadalajara.
- Periódico *Granma*. «Discurso pronunciado por el aniversario XL de la Constitución de la Policía Nacional Revolucionaria», suplemento especial del 8 de enero de 1999, La Habana.

¿LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ?

Prólogo	7
Capítulo I. La carta	11
Capítulo II. Entrevista con el rey	25
Capítulo III. Tejiendo fino	37
Capítulo IV. El cuerpo consular	45
Capítulo V. El consenso	51
Capítulo VI. Cojimar	61
Capítulo VII. Los preparativos	69
Capítulo VIII. El atentado	81
Capítulo IX. La historia me absolverá	109
Capítulo X. ¿Convencidos?	129
Capítulo XI. El viaje	141
Capítulo XII. La Cumbre de Bilbao	185
Capítulo XIII. Cara a cara	217
Capítulo XIV. La decisión interrumpida	245
Capítulo XV. Una nueva época	253
Nota aclaratoria	262

¿La historia me absolverá?

de José Guillermo Vallarta Plata

se terminó de imprimir en mayo de 2012

en los talleres de Editorial Pandora S.A. de C.V.,

Caña 3657, Guadalajara, Jalisco.